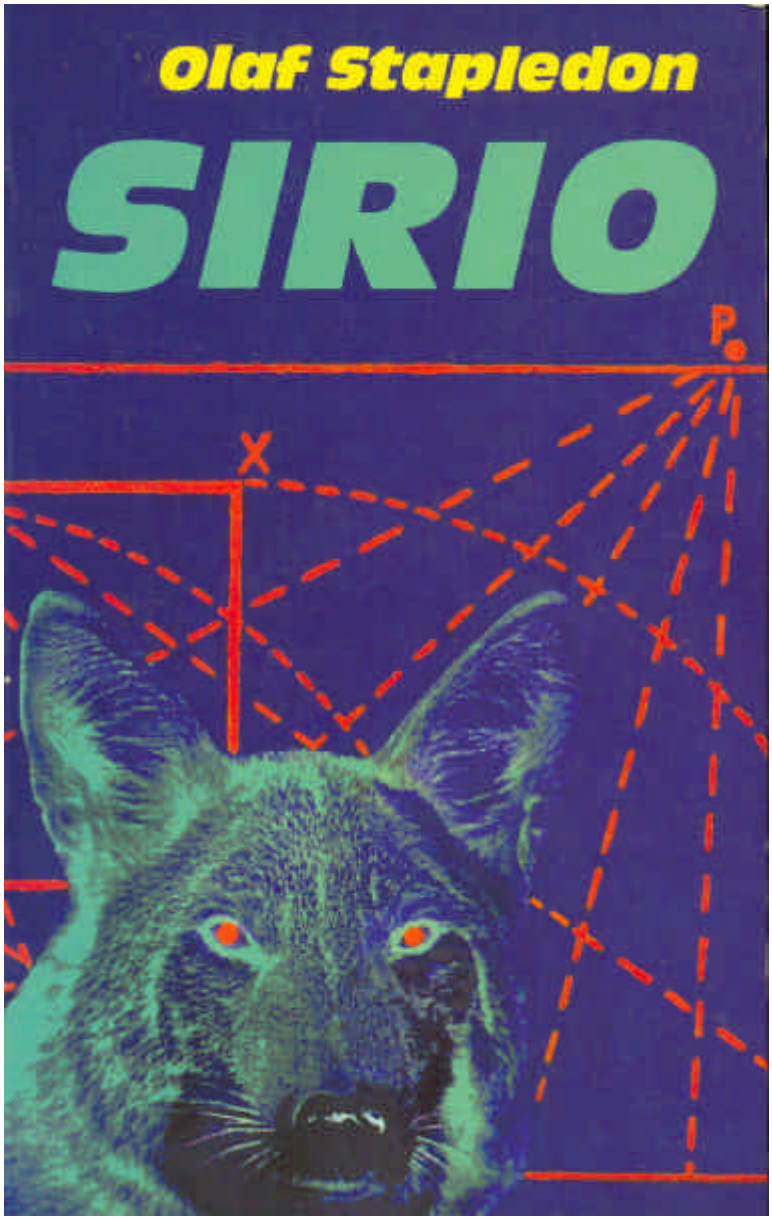
LIBRO dot.com

SIRIO

OLAF STAPLEDON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Fantasía de amor y discordia

1
Primer encuentro

Plaxy y yo habíamos sido amantes; amantes un tanto inquietos, pues ella nunca hablaba francamente de su pasado, y a veces se envolvía en una nube de reserva y abatimiento. Pero a menudo éramos muy felices, y llegué a creer que nuestra dicha empezaba a arraigarse más profundamente.

Luego, con la última enfermedad de su madre, Plaxy desapareció. De cuando en cuando me enviaba alguna carta donde sugería que podía escribirle a la oficina de correos de cierta aldea -nunca la misma del norte de Gales. En cuanto al tono, las cartas pasaban de una amabilidad superficial al sincero deseo de reunirse otra vez conmigo. Había misteriosas referencias a «un extraño deber» vinculado, decía ella, con las experiencias de su padre. Yo sabía que el eminente fisiólogo se había dedicado a trabajar con éxito notable en el cerebro de los mamíferos superiores. Había obtenido así algunos perros ovejeros maravillosamente inteligentes, y la muerte lo sorprendió, se dijo, entregado a investigaciones aún más ambiciosas. Una de las cartas más frías de Plaxy hablaba de una «recompensa inesperadamente dulce», en relación con sus nuevos deberes, pero en otra, más apasiona-

da, clamaba contra «esta vida imperiosa, fascinante y deshumanizadora». Parecía a veces torturada y confundida por algo que no debía explicar. En una de sus cartas se mostraba tan perturbada, que temí por su salud. Decidí, por lo tanto, dedicar mis ya cercanas vacaciones a una caminata por el norte de Gales, con la esperanza de encontrarla.

Pasé diez días vagando de taberna en taberna, en las aldeas indicadas por Plaxy, preguntando en todas partes si alguien conocía en las cercanías a cierta señorita Trelone. Al fin supe de ella. En Llan Ffestiniog había una joven de ese nombre, que vivía en la choza de un pastor, al borde del páramo, un poco más arriba de Trawsfynydd. El tendero local que me dio esta información dijo con tono misterioso:

-En verdad es una joven extraña. Tiene amigos, y yo soy uno de ellos, pero también tiene enemigos. Siguiendo sus indicaciones, caminé unos kilómetros a lo largo del serpenteante camino de Trawsfynydd, y luego doblé a la izquierda por un sendero. Al cabo de otro par de kilómetros, vi al borde del páramo desnudo una casita de toscas losas de esquisto, rodeada por un jardincito y árboles achaparrados. La puerta estaba cerrada, pero de la chimenea salía humo. Llamé. Nadie respondió. Atisbé por una ventana, y vi la típica cocina de la región, pero en la mesa había una pila de libros. Me senté en un destartalado asiento, en el jardín, y contemplé las pulcras hileras de coles y guisantes. Más allá, a mi derecha, del otro lado del desfiladero de Cynfal, se extendía Ffestiniog: una manada de elefantes color gris pizarra que seguía a su jefe, la iglesia sin campanario, colina abajo, hacia el valle. Atrás se veía la cordillera Moelwyn.

Fumaba mi segundo cigarrillo cuando oí a lo lejos la voz de Plaxy. La había oído por primera vez en un café, a mis espaldas, sintiéndome instantáneamente arrobado por aquel sonido. Y ahora, una vez más, la oía sin verla. Durante un momento escuché con placer su charla, que, como yo había dicho a menudo, se parecía al fresco parloteo centelleante de las olas en los guijarros de la playa de un lago, en un día de estío.

Me incorporé, e iba ya a su encuentro, cuando algo extraño me detuvo. Entretejiéndose con las observaciones de Plaxy advertí no otra voz humana, sino un sonido distinto, articulado, pero inhumano.

-¡Pero, querido, no insistas tanto en tu torpeza! La has dominado maravillosamente -dijo luego, ya muy cerca, la voz de Plaxy.

Siguió un fluir de sonidos extraños, y en seguida Plaxy y un perro enorme entraron en el jardín. Plaxy se detuvo, con los ojos muy abiertos, sorprendida y (esperé) contenta. Pero inmediatamente frunció el ceño. Puso una mano sobre la cabeza del animal y me miró en silencio. Alcancé a observar que había cambiado. Llevaba unos pantalones de pana, bastante embarrados, y una camisa azul. Los mismos ojos grises; la misma boca amplia, pero decidida, que en apariencia no armonizaba con su carácter; la misma mata de cabellos castaños, levemente rojizos. Pero la tez antes pálida era ahora morena, y sin ningún maquillaje. Ni siquiera tenía los labios pintados. Las oscuras ojeras y una cierta dureza en la boca contradecían aquel aspecto de ruda salud. Es curioso, pero basta un par de segundos para ver muchas cosas, cuando se está enamorado.

La mano de Plaxy abandonó la cabeza del perro y se tendió hacia mí.

-Oh, bueno -dijo ella, sonriente-. Ya que nos encontraste, será mejor que confiemos en ti. -Había cierta turbación en su tono, pero también, quizás, algo de alivio.

-¿No es cierto, Sirio? -agregó contemplando al perrazo.

Y entonces, por primera vez, observé a la notable criatura. No era, por cierto, un perro común. Tenía aspecto general de alsaciano, quizá con algo de gran danés o mastín, pues era enorme. El cuerpo parecía de lobo, pero más esbelto, debido a su alzada. La pelambre, aunque corta, era muy espesa y sedosa, principalmente en el cuello, donde se cerraba en un turbulento collar. Su sedosidad no llegaba a parecer femenina merced a una leve, pero empecinada dureza. Alambre de seda, la llamó Plaxy en una ocasión. En el lomo y la cabeza el pelo era negro, pero en los flancos y patas, y en la parte inferior se aclaraba hasta un austero gris tostado. Dos manchas color canela sobre los ojos daban a la cara un raro aspecto de máscara, y parecían las aberturas de los ojos en un casco griego echado hacia atrás. Pero Sirio se distinguía sobre todo por su enorme cráneo. No era, en rigor, tan grande como uno hubiese esperado, en una criatura de inteligencia humana, pues, como lo explicaré más tarde, la técnica de Trelone no sólo había aumentado la masa del cerebro, sino que había afinado también las fibras nerviosas. No obstante, la cabeza era mucho más alta que la de cualquier perro normal. Por la elevada frente, junto con la sedosidad de la pelambre, se parecía al famoso perro pastor dé la frontera, el más notable tipo de ovejero. Supe más tarde que esta brillante raza había contribuido, efectivamente, a su composición. Pero su cráneo era mucho más grande que el del pastor. La bóveda llegaba casi a la punta de las grandes orejas alsacianas. Los músculos muy desarrollados del cuello y los hombros sostenían adecuadamente el peso de la cabeza. En aquel instante tenía una apariencia en verdad leonina, pues la desconfianza le había erizado el pelo a lo largo de la columna vertebral. Los ojos grises parecían de lobo, pero las pupilas eran redondas y no rasgadas. En fin, un animal formidable, esbelto y membrudo como una criatura de la selva.

Sin dejar de mirarme, abrió la boca, exhibiendo unas sierras de marfil, y emitió un raro sonido que terminaba en una inflexión ascendente, como interrogativa. Plaxy contestó:

-Sí, es Robert. Es un buen amigo, recuérdalo. -Me sonrió, implorante, y en seguida agregó:- Y puede sernos útil.

Sirio agitó cortésmente la cola velluda, pero no apartó los fríos ojos.

Hubo otro incómodo silencio hasta que Plaxy dijo: -Hemos trabajado todo el día con las ovejas, en el páramo. No almorzamos y tengo un hambre del demonio. Entra, prepararé té. -Y agregó, mientras pasábamos a la cocina embaldosada:- Sirio entiende todo. Tú no lo entenderás al principio, pero yo te ayudaré.

Mientras Plaxy iba de un lado a otro preparando el té, yo le hablaba sentado en la cocina. Sirio, echado en el suelo, junto a mí, me miraba con evidente ansiedad. Plaxy lo advirtió y dijo bruscamente, aunque terminando con una nota de dulzura:

-¡Sirio! Te he dicho que es un buen amigo. ¡No seas tan suspicaz! -El perro se incorporó, dijo algo en su extraña jerga, y salió al jardín.- Ha ido a buscar leña -explicó Plaxy, y añadió en voz más baja-: Oh Robert, me alegra verte, aunque no quería que me

encontrases. -Me puse de pie, para abrazarla, pero ella me susurró enfáticamente: No, no, ahora no. Sirio volvió con un leño entre las fauces. Lanzándonos una mirada, y dejando caer la cola, puso el leño en el fuego, y volvió a salir.

-¿Por qué no ahora? -exclamé, y Plaxy murmuró:

-Por Sirio. Oh, pronto entenderás. -Luego de una pausa, añadió:

-Robert, no esperes que sea enteramente tuya, y para siempre. Estoy demasiado complicada en... este trabajo de mi padre. -Insistí y la abracé.- Robert, tan bueno y humano... -suspiró ella, apoyando la cabeza en mi hombro. Pero en seguida se apartó y exclamó con énfasis-: No, no lo dije yo, lo dijo el animal humano femenino. Yo digo que no puedo jugar a lo que quieres que juegue, no de todo corazón.

Luego gritó a través de la puerta abierta:

-¡Sirio, el té!

Sirio contestó con un ladrido, y entró evitando mirarme.

Plaxy colocó un tazón de té sobre un mantel tendido en el suelo, mientras explicaba:

-Comúnmente hace sólo dos comidas: almuerzo y cena. Pero hoy es distinto. -Puso en el suelo una corteza de pan, un trozo de queso y un platillo con un poco de dulce.- ¿Te alcanzará? -preguntó.

El perro aprobó con un gruñido.

Plaxy y yo nos sentamos a comer el pan y la mantequilla racionados de tiempos de guerra, y ella me narró la historia del perro. De vez en cuando yo hacía una pregunta o Sirio interrumpía con su raro lenguaje de gemidos y gruñidos.

En los capítulos que siguen daré la sustancia de esta y muchas otras conversaciones. Entretanto debo decir lo siguiente: sin la presencia real de Sirio no hubiera creído en el relato; pero sus moduladas interrupciones aunque caninas e ininteligibles, expresaban una inteligencia humana y provocaban respuestas inteligibles de Plaxy. Sirio, evidentemente, intentaba seguir la conversación, hacía comentarios, y vigilaba mis reacciones. Y así, no sin incredulidad, aunque por cierto con asombro, me enteré del origen y la carrera de Sirio. En un principio escuché con grave ansiedad. Entendí entonces por qué en nuestro amor había habido siempre un elemento de inquietud, y por qué Plaxy no había vuelto. Empecé a discutir conmigo mismo cómo liberarla de esa «inhumana esclavitud», pero a medida que la conversación avanzaba reconocí que esa extraña relación de muchacha y perro era fundamentalmente hermosa, y en cierto modo sagrada. (Así se lo dije a Plaxy.) Mi problema se hizo de ese modo mucho más difícil.

En cierto momento, cuando Plaxy me dijo que había deseado con frecuencia volver a verme, Sirio pronunció un pequeño discurso, se acercó a ella, apoyó las patas delanteras en el brazo del sillón y la besó en la mejilla con delicadeza y suavidad. Plaxy aceptó la caricia modestamente, sin apartarse como hacen por lo general los seres humanos cuando los perros tratan de besarlos. Pero el saludable rubor de su rostro se acentuó, se le humedecieron los ojos, acarició la revuelta suavidad del cuello del perro, y me dijo mirándolo aún:

-Quiere que te diga, Robert, que él me ama como sólo pueden amar los perros, y más ahora que he venido a él, pero que no debo sentirme obligada, pues ya puede defenderse a sí mismo. De todos modos, yo... ¿cómo lo dijiste, Sirio, mi querido tonto? -El perro emitió una rápida frase y ella continuó:-Ah, sí; yo soy el rastro que seguirá siempre, en la cacería de Dios.

Plaxy se volvió hacia mí con una sonrisa que no olvidaré. Tampoco olvidaré el desconcertante efecto de la pequeña declaración, sincera y casi formal, del perro. Más tarde yo notaría que cuando Sirio estaba particularmente emocionado, recurría a un estilo algo pomposo. El perro hizo en seguida otra observación, con una mirada taimada, y la cola temblorosa. Plaxy se volvió riendo, y le golpeó con suavidad la cara.

-Bruto -dijo-. No le diré eso a Robert.

Cuando Sirio la besó, me sentí sorprendido por un repentino espasmo de celos. (¡Un hombre celoso de un perro!) Pero la traducción de Plaxy provocó en mí sentimientos más generosos. Comencé a hacer planes. De acuerdo con ellos, Plaxy y yo podríamos ofrecer a Sirio un hogar permanente, y ayudarlo a realizar su destino, cualquiera fuera éste. Pero, como se verá más tarde, nos esperaba otro futuro.

Durante la extraña comida, Plaxy me dijo que, como yo había adivinado, Sirio era la obra maestra de su padre. Había sido criado como miembro de la familia Trelone; y ahora ayudaba a dirigir un criadero de ovejas. Ella cuidaba la casa y a veces trabajaba con él para compensar su falta de manos.

Después del té la ayudé en la cocina, mientras Sirio rondaba en torno, celoso, creo, de mi habilidad manual. Al fin Plaxy dijo que convendría recorrer la granja y terminar el trabajo antes de que oscureciese. Decidí regresar a pie a Ffestiniog, recoger mi equipaje, y volver en el tren nocturno a Trawsfynydd, donde podría albergarme en la taberna local. Advertí que Sirio al oírme bajó la cola. Y la bajó aún más cuando anuncié que me proponía pasar una semana en las vecindades, esperando ver a Plaxy con más frecuencia.

-Estaré muy ocupada -dijo ella-, pero quedan las tardes.

Antes de irnos me entregó una colección de documentos que yo podría leer a solas con más tranquilidad. Eran trabajos científicos de su padre, incluso un diario del crecimiento y la educación de Sirio. Estos documentos, junto con otro diario de Plaxy, y breves registros fonográficos del propio Sirio, que llegaron a mis manos en fecha muy posterior, son las «fuentes» principales de mi relato. A esto se agregaron largas conversaciones con Plaxy, y con Sirio, cuando aprendí a entender su lenguaje.

Me propongo utilizar libremente la imaginación para agregar detalles a muchos sucesos que mis fuentes apenas esbozan. Al fin y al cabo, aunque empleado público (hasta que me absorbió la Fuerza Aérea), también soy novelista, y creo que con imaginación y autocrítica es posible penetrar en el espíritu esencial de los acontecimientos, aun cuando las noticias sean superficiales. Por lo tanto, relataré a mi manera la sorprendente historia de Sirio.

2
El nacimiento de Sirio

El padre de Plaxy, Thomas Trelone, era un hombre de ciencia demasiado eminente para que pudiese eludir toda publicidad, pero inició sus trabajos sobre la corteza cerebral de los mamíferos cuando era sólo un brillante y joven investigador, y los desarrolló posteriormente en el más estricto secreto. Sentía una repugnancia exagerada, mórbida, al público. Se justificaba explicando que su técnica podía caer en manos de charlatanes y comerciantes. Sólo

algunos de sus colegas más íntimos de Cambridge, y su esposa, que había colaborado con él, conocieron durante un tiempo esas experiencias.

Aunque he leído todos sus papeles, sólo puedo ofrecer una explicación lega de su trabajo, pues carezco de educación científica. Trelone descubrió ante todo que la introducción de hormonas en la corriente sanguínea de la madre, podía afectar el crecimiento cerebral del ser en gestación. En apariencia, la hormona tenía un doble efecto. Aumentaba la masa real de la corteza, y afinaba a la vez las fibras nerviosas, de modo que en determinado volumen de cerebro había mayor cantidad de tejido, y más conexiones. Creo que Zamenhof realizó en Norteamérica experimentos similares; pero con una importante diferencia. Zamenhof alimentaba al animal joven con su hormona; Trelone, como he dicho, introducía la hormona en el feto utilizando la sangre materna como vehículo. Esto ya era un éxito notable, pues una membrana filtrante aísla eficazmente los sistemas circulatorios de la madre y el feto. La hormona sin embargo no sólo alteraba el crecimiento del cerebro fetal sino también el de la madre, y como el cráneo de ésta era adulto y rígido, se producía inevitablemente una grave congestión. Era necesario por lo tanto aislar el cerebro materno de la droga estimulante. Esta dificultad fue al fin superada, y se aseguró al animal nonato un ambiente adecuado. Después del nacimiento, Trelone reforzaba los alimentos con dosis de hormonas, y luego reducía poco a poco las dosis a medida que el cerebro se aproximaba a las dimensiones máximas aceptables. Había ideado asimismo una técnica que demoraba el cierre de las suturas óseas. El cráneo seguía así ampliándose mientras fuese necesario.

La técnica de Trelone se perfeccionó merced al sacrificio de una gran población de ratas y ratones. Al cabo de un tiempo logró obtener algunas notables criaturas. Aunque la salud de las ratas, ratones, conejillos de Indias y conejos, todos de enorme cabeza, era bastante mala, y alguna enfermedad interrumpía casi siempre sus vidas, podía calificárselos en verdad como modestos genios. Encontraban por ejemplo, con notable rapidez, el camino en un laberinto y superaban a cualquier otro miembro de su especie en las pruebas comunes, revelando una inteligencia propia de perros y monos.

Pero esto fue sólo el comienzo. A medida que la técnica se perfeccionaba, fue necesario encontrar un método que alterara el ritmo de la vida, a fin de que el animal madurara con más lentitud y viviese más tiempo. Esto era de suma importancia. Un cerebro más grande necesita más tiempo para acumular y asimilar mayor número de experiencias. Trelone experimentó con mamíferos superiores hasta alcanzar progresos satisfactorios en ambos órdenes. La tarea, más complicada, no prometía resultados rápidos. Al cabo de unos años Trelone obtuvo algunos gatos macilentos, un mono muy inteligente que no superó su prolongada adolescencia, y un perro con un cerebro tan enorme, que los ojos, comprimidos e inútiles, fueron empujados por la masa encefálica fuera de las órbitas. Esta criatura sufría tanto, que Trelone la destruyó, aunque de mala gana, en su infancia.

Pasaron varios años. Trelone pudo al fin prestar más atención a los problemas psicológicos que a los fisiológicos. Dejó a un lado el plan original y trabajó desde entonces, y principalmente, con perros, y no con monos. Los monos, es cierto, prometían un éxito más espectacular; eran más grandes, el sentido de la vista era más perfecto y tenían manos. No obstante, desde el punto de vista de Trelone, los perros contaban con una ventaja abrumadora. Gozaban en nuestra sociedad de una mayor libertad de movimientos. Trelone confesaba que hubiese preferido trabajar con gatos, animales más independientes; pero el tamaño era un obstáculo grave. Sólo una cierta masa de cerebro (aparte del tamaño del animal) permitiría aumentar las asociaciones nerviosas. Una criatura pequeña, por supuesto, no necesita un cerebro tan grande como un animal mayor de la misma categoría mental. Un cuerpo más desarrollado requiere un cerebro también mayor, sólo para gobernar la maquinaria. El cerebro de un león debe ser mayor que el de un gato. El del elefante es incluso mayor que el del

hombre. Por otra parte, cierto grado de inteligencia, aparte de las dimensiones del animal, exige una masa cerebral compleja. En relación con el tamaño del cuerpo el cerebro de un hombre es mayor que el de un elefante. Para albergar un cerebro de inteligencia humana se requería, pues, un animal bastante grande. Algunas razas caninas eran particularmente aptas. La adición de un cerebro complejo trastornaría en cambio la organización física de un gato.

Y Trelone no esperaba sin embargo, en esta época, obtener un animal de mente humana. Sólo deseaba crear, como él mismo decía, «una inteligencia supersubhumana, una mentalidad de eslabón perdido». El perro parecía admirablemente adecuado. La sociedad humana exigía a los perros tareas que requerían una inteligencia situada en el límite superior de la escala subhumana. Trelone eligió al perro ovejero como el más conveniente. Su ambición reconocida era la de producir un «superovejero».

Pero algo más dictó su elección. Podría pensarse que ya en esta etapa de su trabajo Trelone jugueteaba con la idea de obtener algo más que una inteligencia de eslabón perdido. Por su temperamento, opinaba, el perro estaba más preparado para alcanzar un nivel humano. Los gatos se destacaban por su independencia, pero los perros eran notables por su conciencia social, y según Trelone sólo el animal social puede usar plenamente su inteligencia. Al fin y al cabo, la independencia del gato no es la de una criatura socialmente consciente que afirma su individualidad, sino un ciego individualismo nacido de una conciencia social obtusa. Es cierto que la naturaleza social del perro le hace caer a veces en un servilismo abyecto. Pero Trelone abrigaba la esperanza de que con mayor inteligencia el perro adquiriese un cierto autorrespeto y algo de desapego crítico.

A su debido tiempo, Trelone obtuvo una camada de cachorros de cerebro grande. La mayor parte murió antes de la madurez, pero dos sobrevivientes desarrollaron una excepcional inteligencia. Mas este resultado desilusionó a Trelone. Insistió, y al fin una perra ovejera de raza inglesa engendró una familia de cerebro grande. Tres de los cachorros sobrevivieron y alcanzaron un nivel mental decididamente supercavino.

La investigación continuó varios años. Trelone decidió que debía prestar mayor atención a la «materia prima». No podía olvidar que la más capaz de todas las razas caninas era el pastor de frontera, conocido a lo largo de un par de siglos por su inteligencia y responsabilidad. Todos los campeones modernos eran de esa raza, y todos descendían de un tal Old Hemp, brillante animal nacido en Northumberland en 1893. El pastor de frontera actual es resistente, pero más bien pequeño. Trelone decidió, por lo tanto, que la mejor materia prima sería una cruza entre cierto notable campeón internacional ovejero y otro animal también inteligente, pero mucho más pesado. El alsaciano era la opción evidente. Tras prolongadas negociaciones logró mezclar ambos tipos en distintas proporciones. Luego aplicó su técnica mejorada a algunas madres, y al cabo de un tiempo entregaba a sus amigos unos perros domésticos de «inteligencia casi similar a la del eslabón perdido». Nada de espectacular había en estas criaturas. Todas eran, además, muy delicadas, y todas murieron antes de completar la demorada adolescencia.

Trelone perfeccionó todavía más sus métodos. Obtuvo así algunos animales inteligentes, fuertes, y de aspecto alsaciano.

Le había dicho a su esposa, Elizabeth, que si alguna vez tenía éxito, buscarían una casa en el distrito ovejero de Gales. Allí vivirían ella, los tres niños y el cuarto que estaba en camino, y él los acompañaría en las vacaciones y fines de semana. Luego de muchas idas y venidas encontraron una granja adecuada, no lejos de Trawsfynydd, llamada Garth. Había que instalar un cuarto de baño y excusados. Se ampliaron algunas ventanas. Se tendieron cables de electricidad desde la aldea próxima. Una dependencia auxiliar fue convertida en perrera palaciega.

Tiempo después, nació el cuarto hijo, y la familia se mudó a la casa. Los acompañaba Kate, la vieja criada, que era casi miembro de la familia. La ayudaría una muchacha de la aldea. Una niñera, Mildred, cuidaría a Thomasina, Maurice, Giles y la pequeña Plaxy. Thomas llevó consigo a dos familias caninas: una perra y cuatro perritos resistentes, que quería adiestrar como «superovejeros», y otros cuatro animalitos huérfanos. Los cerebros de estos últimos eran más grandes, pero tres de ellos tenían poca salud. Dos murieron poco después del traslado a Gales. El cuarto, Sirio, una criatura sana y alegre, era aún un cachorro indefenso cuando los miembros de la otra camada se habían convertido ya en activos adolescentes. Pasaban los meses, y ni siquiera podía tenerse en pie. Vivía echado sobre el estómago, con la abultada cabeza apoyada en el suelo, chillando, quizá de alegría, pues no dejaba de mover la cola.

Los otros cachorros crecían también muy lentamente, aunque con mayor rapidez que las criaturas humanas. Cuando eran casi adultos, Trelone los regaló a los granjeros vecinos, reservándose uno que quedó como perro de la familia. Algunos granjeros se resistieron a aceptar, ni aun como regalo, a aquellos animales de enorme cabeza. Pero un vecino, el señor Llewelyn Pugh, de Caer Blai, se entusiasmó con la aventura y posteriormente compró un segundo cachorro como compañero del primero.

Estos superovejeros, y otros que vinieron después, sirvieron de disfraz a la empresa más importante de Thomas. (Sirio era por el momento el único resultado.) La gente diría que la preocupación de Trelone era los superovejeros y otros animales con inteligencia de eslabón perdido. Si el pequeño alsaciano alcanzaba en verdad una estatura mental humana, muy pocos lo advertirían. Thomas repetía una y otra vez que el animalito debía crecer en una decente oscuridad, y madurar del modo más natural posible.

Se permitía, por otra parte, que los superovejeros adquiriesen notoriedad. La mayoría de los granjeros, que los había aceptado de mala gana, descubrió muy pronto que eran dueños de verdaderas perlas. Los animales aprendían con sorprendente rapidez, obedecían las órdenes con rara precisión, y había que repetirlas pocas veces. Los perros nunca tocaban las ovejas, pero jamás les permitían que se alejaran. Yno sólo eso, entendían maravillosamente todas las indicaciones, y las seguían sin supervisión humana. Reconocían por sus nombres pastizales, laderas, valles y páramos. Cuando se les decía que trajeran las ovejas de Cefn, Moel Fach o qué sé yo dónde, lo hacían sin equivocarse, mientras el amo los esperaba en casa.

Del mismo modo llevaban una cesta y una nota a la aldea y traían de vuelta la carne o la lencería pedidas. Todo esto era muy útil para los granjeros y de gran interés para Trelone, a quien se le permitía, por supuesto, estudiar la conducta de los animales. Descubrió así en ellos una notable iniciativa, y una rudimentaria, pero evidente comprensión del lenguaje. Al fin y al cabo eran subhumanos y no podían entender el lenguaje de los hombres, pero parecían mucho más sensibles que los perros ordinarios a las palabras y frases familiares. «Trae leña del cobertizo», «Lleva la canasta al carnicero y al panadero», y cualquier orden similar podían ser entendidas y obedecidas, y sin dilaciones. Thomas escribió una monografía acerca de sus superovejeros, y hombres de ciencia de todo el mundo solían aparecer en Garth para ver a los animales. La fama de los perros se extendió por todo el distrito y hubo mucha demanda de cachorros. Pero éstos eran pocos. Algunos granjeros se negaban a creer que los descendientes no heredaran los dones de los padres. Por supuesto, todas las tentativas de obtener superovejeros a partir de superovejeros, sin la introducción de hormonas en la madre, terminaban en un completo fracaso.

Pero es hora de volver al pequeño alsaciano, a Sirio. Este animal interesó mucho a Trelone desde un comienzo. Cuanto más tiempo tardaba en crecer, más emocionado se mostraba Trelone. Veía en él la posibilidad de realizar sus más caras esperanzas. Discutió con Elizabeth, encendió su imaginación hablándole del posible futuro del perro, y desplegó sus

planes. El animal debía vivir, hasta donde fuese posible, en el mismo ambiente que la niña menor. Un psicólogo norteamericano y su esposa habían criado un chimpancé junto a una hija de ambos. Lo habían alimentado, vestido y cuidado exactamente como a la niña, con resultados muy interesantes. Pero no era eso lo que quería para el pequeño Sirio, pues no se podía tratar a un cachorro como un ser humano, sin violar su naturaleza. Las estructuras corporales eran muy distintas. Deseaba, en fin, que Sirio se sintiera igual, socialmente, a la pequeña Plaxy. Las diferencias en el trato no debían sugerir jamás diferencias de orden biológico o social. Elizabeth se había mostrado ya como una madre perfecta, dándoles a los niños la alegría de sentirse amados por un ser de una sabiduría y generosidad divinas, y alentándolos a la vez a la independencia, sin exhibir ninguna ávida exigencia emocional. Ése era el ambiente que Thomas quería para Sirio. Su matrimonio, comentó, le había enseñado una verdad de extrema importancia. Luego de las experiencias desdichadas de su propia niñez había pensado siempre en la familia como una institución errónea y sin remedio que era necesario suprimir. Elizabeth recordaría sin duda que él había querido aplicar esas ideas a sus propios hijos. Pero ella, Elizabeth, se resistió con habilidad, no permitió que le quitaran sus dos primeros hijos, y antes que naciera el tercero, Thomas creía ya que un buen ambiente familiar era lo mejor para la infancia. Elizabeth, indudablemente, había cometido errores. Él también. Era posible que en cierta medida y de modo involuntario hubiesen malogrado a sus hijos. Ahí estaban la terquedad ocasional de Tamsy, y la timidez de Maurice. Pero en conjunto... Bueno, hubiera sido falsa modestia, y una injusticia, no reconocer que los tres eran criaturas hermosas, amables y responsables, pero también independientes y con un desarrollado sentido crítico. Ésta era la tradición social ideal que convenía al cachorro. Los perros, recordó Thomas a Elizabeth, se inclinaban al servilismo, pero era probable que este vicio no se debiera a algo innato. La gran sensibilidad social de los perros se presentaba quizá como servilismo a causa de la tiranía de la especie más desarrollada. Un perro de inteligencia humana, criado respetuosamente, no sería quizá servil, y podría desarrollar dotes sobrehumanas para una verdadera relación social.

Elizabeth no se decidió en seguida, pues ella sería la más responsable. Más aún, como es natural, deseaba saber qué efectos tendría el experimento sobre su hija. ¿Sufriría de alguna manera la pequeña Plaxy? Thomas le aseguró que no. En verdad, la amistad de la niña y el perro supercanino beneficiaría a ambos. Las relaciones sociales más valiosas, insistió con fervor, se desarrollaban siempre entre personalidades muy distintas, pero capaces a la vez de simpatía mutua. Quizá debamos señalar que Thomas, con escasa capacidad de simpatía, había llegado a intuir la naturaleza esencial de la comunidad. Sería muy interesante, dijo, asistir al desarrollo de esta difícil, pero fecunda relación. Por supuesto, podía no desarrollarse. Era posible que todo se redujera a un mero antagonismo. En verdad, Elizabeth debería mostrar mucho tacto para impedir que la niña dominase al perro valiéndose de sus ventajas humanas. La mano de la niña, en particular, y su vista más sutil serían dones que el cachorro jamás alcanzaría. Y el ambiente, extraño y molesto para el perro, como era inevitable, podría muy bien engendrar una neurosis en una mente no humana, aunque humanamente sensible. Costaría mucho impedir que Sirio se volviese indebidamente sumiso, o de una arrogancia desmedida, como esos seres humanos que sufren de un sentimiento de inferioridad.

Thomas quería que Elizabeth tuviese en cuenta otro principio. Era imposible, naturalmente, saber de antemano cómo se desarrollaría la naturaleza del perro. Quizá Sirio no se acercase nunca al nivel mental humano. Pero debían actuar como si lo contrario fuera indiscutible. Había que criarlo no como un cachorro, sino como una persona, un individuo que a su debido tiempo vivirá una vida activa, independiente. Era preciso, por lo tanto, estimular sus condiciones naturales. Por supuesto, mientras fuese, como decía Thomas, un «escolar», sus intereses serían «escolares»: físicos, primitivos, bárbaros; pero por su naturaleza de perro estos

intereses se expresarían de un modo particular. Habría que encauzarlos como vagabundeos, cacerías y luchas. Aunque más tarde, a medida que se le abriera el mundo de los hombres, necesitaría algún tipo de persistente actividad «humana», como por ejemplo el cuidado de las ovejas, aunque su mente fuese muy superior a la del superovejero típico. Pero, dejando de lado su destino, habría que criarlo «duro como el acero y capaz como el demonio». Ésta había sido la política de Elizabeth para con sus propios hijos; pero Sirio necesitaría algún tiempo para afrontar condiciones mucho más espartanas que las de cualquier grupo humano. No podría obligársele a aceptar simplemente tales condiciones. Elizabeth trataría de que Sirio desease esas condiciones, por orgullo en un principio, y luego para beneficio de su propio trabajo. Esto, por supuesto, no regiría para su infancia, pero en la adolescencia debería buscar voluntariamente la vida dura. Más tarde, abandonaría quizá su carrera de ovejero y se dedicaría a actividades más adultas. Pero los esfuerzos de la juventud dejarían su huella. Sirio sería un animal fuerte, y confiaría en sí mismo.

Elizabeth se mostró mucho más escéptica que Thomas en cuanto al futuro del cachorro. Expresó el temor, que no inquietaba a su marido, de que un ser semejante sufriera una permanente tortura mental. Sin embargo, decidió participar de la experiencia, y esbozó sus planes.

3
Infancia

Antes de aprender a caminar, Sirio mostró la misma vivacidad que Plaxy en su cuna. Pero aun en esta época la desventaja de la falta de manos fue evidente. Como Plaxy, jugaba con un sonajero, pero sus infantiles mandíbulas no podían competir con las manitas de la niña. Se interesaba sin embargo por los juguetes lo mismo que un niño, sin la monomanía destructiva del cachorro común. Agitaba a intervalos el sonajero, gozando del contraste entre el ruido y el silencio. Cuando Plaxy empezó a gatear, Sirio caminaba ya, tambaleándose. Su orgullo ante este nuevo arte y su alborozo ante aquella ampliación del horizonte fueron notables. Ahora superaba a Plaxy, pues su método de locomoción correspondía mejor a su estructura de cuadrúpedo que el gateo de la niña a su forma de bípedo. Antes que Plaxy comenzara a caminar, vagabundeaba ya por la planta baja y el jardín. Pero cuando ella pudo sostenerse al fin sobre sus pies, Sirio se sorprendió mucho, y quiso que lo ayudaran a imitarla. Pronto descubrió que eso no era para él.

La amistad de Plaxy y Sirio -que tanto afectaría sus mentes- se inició ya entonces. jugaban juntos, se alimentaban juntos, se bañaban juntos, se rebelaban o desobedecían juntos. Cuando uno estaba enfermo, el otro se aburría e iba de un lado a otro con aire desdichado; cuando uno se lastimaba, el otro gritaba con él. Se imitaban de continuo. Plaxy aprendió a hacer un nudo, y Sirio debió reconocer, muy acongojado, su incapacidad. Cuando Sirio adquirió la costumbre, observando al superovejero Gelert, de levantar una pata en los postes del portón, Plaxy se resistió a entender que esta operación, aunque adecuada para perros, no convenía a las chiquillas. No la imitó sólo porque le resultaba muy difícil. De un modo similar, aunque pronto advirtió que olfatear los postes era bastante inútil, pues su nariz no era tan sensible como la de Sirio, no entendía por qué esa práctica debía ofender las normas de decencia de la familia. La incapacidad de Plaxy para acompañar a Sirio en sus experiencias de olfateo social,

si puedo darles este nombre, quedó compensada con la torpeza del perro en los trabajos de construcción. Plaxy descubrió muy pronto la alegría de amontonar cubos de madera. Pero un día, Sirio, después de contemplarla con atención, trajo un cubo y lo colocó con torpeza sobre la tosca pared de Plaxy. No fue éste el primer éxito de Sirio en materia de construcciones. En una ocasión había puesto en el suelo tres palitos, formando un triángulo. La hazaña lo dejó muy satisfecho. Había aprendido a «manejar» los cubos y muñecas con mucho cuidado, sin dañarlos con la saliva o los agudísimos dientes. Ya en ese entonces observaba con envidia las manos de Plaxy y su versatilidad. El cachorro común exhibe una curiosidad notable, pero ninguna vocación de constructor. La curiosidad de Sirio era más persistente, y mostraba a veces una verdadera pasión por las construcciones.

Su conducta era en muchos sentidos más simiesca que canina.

Thomas juzgaba que su torpeza con los cubos se debía no sólo a la falta de manos, sino también a una vista deficiente, normal en los perros. Mucho después de la infancia aún no reconocía formas que Plaxy no confundía nunca. Por ejemplo, apenas distinguía un pulcro ovillo de hilo de la confusa maraña que en Garth, como en tantos otros hogares, era el bolso de cordeles. Además, los óvalos pronunciados no eran para él muy distintos de los círculos, los rectángulos robustos eran iguales a los cuadrados, los pentágonos se confundían con los hexágonos, los ángulos de sesenta grados le parecían similares a los ángulos rectos. Por lo tanto, al jugar con los cubos cometía errores que provocaban las burlas de Plaxy. Más tarde corrigió esta incapacidad, en cierto modo gracias a una cuidadosa educación, pero su percepción de las formas siguió siendo hasta el fin muy débil.

En los primeros días no sospechaba siquiera su inferioridad visual, y atribuyó todos sus fracasos como constructor a la falta de manos. Durante un tiempo se temió que esto lo obsesionara y le deformara la mente, sobre todo porque la pequeña Plaxy acostumbraba a reírse de su impotencia. Se le dijo entonces a la niña que no debía mortificar al pobrecito, sino ayudarlo cada vez que fuera posible. Nació así una notable relación donde las manos de Plaxy eran consideradas casi propiedad común, como los juguetes. Sirio corría a pedirle a Plaxy que hiciese cosas para él imposibles, como abrir cajas o dar cuerda a algún juguete mecánico. El propio Sirio desarrolló una sorprendente destreza «manual», donde las patas delanteras colaboraban con los dientes; pero muchas operaciones estuvieron siempre fuera de su alcance. Nunca pudo, por ejemplo, hacer un nudo con un hilo aunque sí con una soga o un grueso cordel.

Plaxy entendió antes que Sirio el lenguaje hablado, pero cuanto la niña empezó a hablar él ya emitía, con frecuencia, pequeños ruidos peculiares, destinados aparentemente a imitar palabras. El hecho de que no pudiera hacerse entender lo acongojaba de veras. Metía la cola entre las piernas y gemía tristemente. Plaxy interpretó, antes que nadie, estos desesperados esfuerzos, y luego Elizabeth, poco a poco, logró relacionar los gruñidos y gemidos del cachorro con algún sonido elemental humano. Como Plaxy, Sirio comenzó a hablar con monosílabos infantiles. Esto fue evolucionando gradualmente hasta convertirse en un equivalente canino o supercanino del inglés culto. Tan ajenos eran sus órganos vocales al lenguaje hablado, que incluso cuando perfeccionó su arte ningún extraño llegaba a sospechar que esos extraños ruidos fuesen palabras. Y sin embargo cada uno de ellos equivalía a un sonido vocal. Era dificil distinguir algunas consonantes, pero Elizabeth y Plaxy y el resto de la familia llegaron a entenderlo tan fácilmente como se entendían entre sí. He descrito su lenguaje como una serie de gemidos, gruñidos y gañidos. Pero hablaba, también, con notable suavidad y precisión, y en su voz había una fluida calidad musical.

Thomas, por supuesto, se entusiasmó al observar que el perro desarrollaba un verdadero lenguaje, signo de una inteligencia de grado humano. El chimpancé criado con una niña se había mantenido al nivel de su hermana adoptiva hasta que ésta empezó a hablar, pero luego

fue retrasándose, y además nunca había intentado, aparentemente, reproducir palabras. Thomas decidió registrar lo que dijese el perro. Compró los aparatos necesarios y grabó algunas conversaciones entre Sirio y Plaxy. No permitió que nadie las escuchara, salvo la familia y sus dos colegas más íntimos, el profesor McAlister y el doctor Billing, que influían en la obtención de fondos para las investigaciones y sabían que la secreta ambición de Thomas iba mucho más allá de la producción de superovejeros. En varias ocasiones Thomas invitó a los distinguidos biólogos para que viesen a Sirio.

En un momento pareció que estos discos de gramófono serían la única prueba material y duradera del triunfo de Thomas. A pesar de la vacuna, Sirio enfermó de moquillo. Día tras día, noche tras noche, Elizabeth cuidó del desdichado animalito, dejando a su hija en manos de Mildred, la nodriza. Si no hubiese sido por la habilidad y devoción de Elizabeth, Sirio no hubiera curado totalmente. Es probable que hubiera muerto. Este incidente tuvo dos importantes resultados. Desarrolló en Sirio un apasionado y exigente afecto hacia su madre adoptiva, de modo que durante semanas enteras Elizabeth no podía dejarlo sin que el perro hiciese un alboroto; y engendró en Plaxy la espantosa creencia de que el amor de su madre estaba dedicado totalmente a Sirio. Plaxy se transformó en una criatura solitaria y celosa. Una vez que Sirio se recobró, Elizabeth, ya en condiciones de prestar más atención a su hija, se dedicó a corregir el problema. Pero entonces le tocó sufrir al perro. El clímax llegó cuando Sirio, al ver que Elizabeth consolaba a Plaxy de una caída, se precipitó sobre la niña como una fiera y le mordió la piernecita desnuda. La escena fue espantosa. Plaxy gritó. Elizabeth se enojó, esta vez realmente. Sirio aulló de remordimiento, y pareciéndole que era necesaria alguna reparación, hasta intentó morderse una pata. Las cosas empeoraron aún más con la intervención del superovejero de la familia, Gelert, que había acudido a la escena del alboroto. Al ver la pierna lastimada de Plaxy, y a Elizabeth furiosa con el cachorro, Gelert pensó que el caso exigía un severo castigo, y se lanzó sobre el abyecto culpable. Sirio rodó por tierra y Gelert lo atacó a mordiscos. El remordimiento del cachorro se convirtió en terror y sus gimoteos en plañideros aullidos. A esto se añadieron los gritos de espanto de la llorosa Plaxy. Los otros niños aparecieron en escena, seguidos por Kate y Mildred, con escobas y un rodillo de amasar. Incluso la pequeña Plaxy tomó a Gelert de la cola y trató de apartarlo. Pero fue Elizabeth quien arrancó a Sirio de las garras de la muerte (así lo creyó él) maldiciendo rotundamente al oficioso Gelert.

Este incidente tuvo varias e importantes consecuencias. Sirio y Plaxy advirtieron hasta qué punto vivían el uno para el otro. Plaxy comprendió que su madre no prefería a Sirio. Y éste supo que Elizabeth lo quería a pesar de lo ocurrido. Sólo el desdichado Gelert no tuvo ningún consuelo.

El único castigo que recibió Sirio fue su propia vergüenza. Elizabeth lo trató con frialdad. Plaxy, a pesar de reconocer secretamente que Sirio le era muy caro, al verlo libre de las garras de Gelert se compadeció otra vez de sí misma. Para castigar a Sirio, exhibió entonces un violento afecto por el gatito Tommy, recientemente importado de una granja próxima. Sirio se sintió torturado por los celos y tuvo una buena oportunidad de practicar el dominio de sí mismo. No le costó mucho trabajo, pues una vez que quiso atacar al gatito, se encontró con sus uñas. Sirio era muy sensible a las censuras y la indiferencia. Cuando sus amigos humanos le mostraban su desagrado, sólo se interesaba en su propia desdicha. No quería jugar, no quería comer. En esta ocasión se dedicó a reconquistar a Plaxy con variadas y pequeñas atenciones. Le regaló una hermosa pluma, luego un guijarro blanco maravilloso, besándole cada vez tímidamente la mano. Un día, de pronto, Plaxy lo abrazó y ambos estallaron en cabriolas. Con Elizabeth, Sirio era menos audaz. La miraba de reojo, la cola le temblaba débilmente cuando ella lo observaba. Tan cómico era el espectáculo, que Elizabeth tuvo que reírse. Sirio fue perdonado.

En esta época, poco después del incidente, Gelert despertó la respetuosa admiración de Sirio. El animal, apenas mayor que él, biológicamente adulto, y supersubhumano, lo trataba con negligente desprecio. Sirio seguía a Gelert de un lado a otro y remedaba todos su actos. Un día, Gelert tuvo la suerte de atrapar un conejo y se lo devoró, gruñendo de mala manera cuando Sirio se le acercaba. El cachorro lo contempló con admiración y horror. El espectáculo de la veloz persecución y la captura despertó en él el instinto de caza del perro normal. Pero el grito del conejo, su lucha, su repentina flaccidez y su repugnante desmembramiento lo confundieron sobremanera. Era de naturaleza amable e imaginativa, y Elizabeth había educado a su familia en una actitud de respeto y ternura por todos los seres vivientes. Nació entonces en Sirio un conflicto que lo acongojaría toda la vida, un conflicto, como diría más tarde, entre su «naturaleza de lobo» y su compasiva mentalidad «civilizada».

Como resultado inmediato Sirio sintió una fuerte y culpable atracción por la caza, y una pasión intensa y temerosa por Gelert. La conejera lo obsesionaba. Olfateaba la entrada una y otra vez y gimoteaba excitado. Durante un tiempo, olvidó a Plaxy. La niña intentó reconquistarlo, inútilmente. El perro no quería participar de sus juegos. Plaxy rondaba en vano la conejera, aburrida y enojada. Uno de esos días, Sirio atrapó una rana, e intentando comérsela la mutiló desagradablemente. La niña se echó a llorar a gritos. Sirio, horrorizado, olvidó por un momento sus instintos de cazador. Se precipitó gimoteando sobre su amada y la besó con una boca húmeda.

Sirio dejó de admirar a Gelert al descubrir que al superovejero sólo le interesaban la caza y la comida. Enfrentó otro conflicto. No había para él mayor alegría que la caza, pero era una alegría culpable, una exigencia religiosa, un sacrificio reclamado por el oscuro dios de la sangre. Un sacrificio en fin no muy atractivo. El horror de Plaxy lo inquietaba además profundamente. Por otra parte, borrada la obsesión de los primeros momentos, empezaban a interesarle otra vez las actividades que compartía con la niña. Estas actividades no tenían para Gelert ningún interés.

Cuando Sirio entendió que Gelert no sólo no quería hablar, sino que además no podía, la desilusión fue total. El silencio de Gelert le había parecido sospechoso, pero al principio lo había atribuido a un carácter altanero. Un día, sin embargo, la verdad fue demasiado evidente. El joven Sirio, con una locomoción cuadrúpeda más desarrollada que los correteos de Plaxy, había seguido a Gelert en los comienzos de una expedición de caza. De pronto encontraron una oveja con una pata rota. Aunque Gelert no cuidaba ovejas, sabía que estos casos requerían auxilio. Sabía también que el señor Pugh, de Caer Blai, era el hombre indicado. Corrió por lo tanto a Caer Blai, aventajando rápidamente al cachorro de débiles patas. Cuando Sirio llegó a la granja encontró a Gelert que armaba un inarticulado alboroto tratando en vano de que el señor Pugh subiera la colina.

Sirio advirtió que él tampoco podría hacerse entender por Pugh, pero que podía explicarle la situación a cualquier miembro de su propia familia. Volvió sobre sus pasos y encontró a Giles camino de la escuela. Le relató la historia, jadeando, y los dos corrieron a Caer Blai. Giles olvidó por un momento el tabú familiar («no hay que hablarle a la gente de Sirio») e informó a Pugh:

-Sirio dice que hay una oveja con una pata rota en Nant Twll-y-cwm, y que podría ahogarse.

Pugh lo miró con desconfianza, pero la seriedad del chico y las cabriolas de los perros lo impresionaron. Los acompañó valle arriba, y allí estaba la oveja. Después de este incidente Sirio consideró a Gelert un idiota, y el granjero sospechó que Sirio era un super superovejero.

El descubrimiento de que Gelert no podía hablar, y de que en otros sentidos era también un poco tonto, conmovió a Sirio. Gelert parecía insuperable en todo aquello en que él superaba a su vez a sus amigos humanos: velocidad, resistencia, olfato, oído. Durante un tiempo le había

parecido un modelo. Y hasta imitando la taciturnidad de Gelert había decidido no hablar. Tuvo tanto éxito, que Elizabeth, en una de sus cartas a Thomas, dijo que la mentalidad humana de Sirio parecía decrecer. Al descubrir que el otro perro no hablaba, Sirio modificó su actitud. Se transformó de la noche a la mañana en un charlatán, y trató de mantenerse constantemente a la altura de Plaxy. Le hablaba sin cesar al superovejero, y fingía que el silencio de Gelert se debía a un temperamento sombrío y taciturno. Gelert no prestó mucha atención, en un principio, al parlanchín; pero al advertir que los espectadores se reían empezó a sospechar -su mente era supercanina, aunque subhumana- que el cachorro se burlaba de él. Oía la charla inmóvil y perplejo, hasta que al fin se precipitaba sobre el insolente.

Por ese entonces Plaxy empezaba a aprender a leer y escribir. Su madre dedicaba una hora diaria a esa tarea. Esta extraña ocupación no interesó mucho a Sirio en un principio, y siguiendo una vez más el ejemplo de Gelert abandonó las lecciones y se dedicó a la caza. Elizabeth no insistió en que siguiera sus estudios. La falta de interés del perro podía ser transitoria, o su mente no era bastante supercanina, y obligarlo a estudiar podía terminar en un desastre. Pero con la caída del ídolo, Sirio volvió a sus lecciones. Había perdido muchas, y Elizabeth trató de que alcanzara a Plaxy. Por supuesto, la falta de manos le impedía escribir sin algún aparato especial. Se descubrió asimismo que aparte de esta imposibilidad obvia, su tosco sentido de la vista sería siempre un serio obstáculo en sus lecturas. Plaxy deletreaba fácilmente una palabra con su caja de letras, pero Sirio apenas distinguía la C de la G; la D, la O y la Q ; o la B de la P, la R y la K. Confundía del mismo modo la E y la F, la S y la Z, la A y la H, la H y la K. Más tarde, cuando iniciaron el aprendizaje de las letras de los cubos más pequeños, las minúsculas, las dificultades de Sirio aumentaron. Parecía a veces que su inteligencia era al fin y al cabo subhumana. Elizabeth, que a pesar de su evidente imparcialidad, había abrigado el secreto deseo de que Plaxy superara al cachorro, escribió a

Thomas diciéndole que Sirio no parecía muy superior a un retardado mental. Pero Thomas, que deseaba en secreto lo contrario que Elizabeth, replicó con una disertación sobre la débil capacidad visual de los perros. Había que estimular a Sirio, dijo, hablándole de su incapacidad canina, alabando sus esfuerzos, y recordándole que aventajaba a los seres humanos en otras esferas. Estas tácticas despertaron en Sirio un notable empecinamiento. Desde entonces dedicó varias horas diarias a la lectura. Progresó realmente, pero al cabo de una semana Elizabeth debió intervenir pues se advertían algunos síntomas de colapso mental. Alabó a Sirio, lo mimó, y le aseguró que aprendería con más rapidez con esfuerzos menos prolongados. Sirio reconoció, por supuesto, que nunca podría escribir como la niña, pero no deseaba prescindir del todo de ese valioso medio, y él mismo inventó un instrumento que supliera su falta de manos. Siguiendo sus indicaciones, Elizabeth le preparó un mitón para la pata derecha donde podía colocarse un lápiz o lapicera. Con la ayuda de este adminículo, Sirio inició sus experiencias en el arte de la escritura. Muy excitado, echado en el suelo, en couchant, sosteniendo el papel con la pata izquierda, apoyó el codo derecho y alcanzó a garrapatear perro, gato, Plaxy, Sirio, etc. La organización neural de las patas y centros motores del cerebro no se adaptaba fácilmente a esta actividad, pero una vez más triunfó aquí su empecinamiento. Al cabo de los años Sirio fue capaz de escribir una carta con caracteres grandes, irregulares, pero legibles. Posteriormente, como él mismo contó, se aventuró a escribir algunos libros.

La hazaña impresionó más a Thomas que a Elizabeth, ya que el doctor apreciaba mejor las dificultades que Sirio había superado.

Sirio, mientras le fuera posible, acompañaba a Plaxy en todas sus tareas escolares. La aritmética era su punto débil, quizás a causa de su escasa potencia visual, pero lograba que la niña -no muy fuerte tampoco en este punto- no lo aventajara. Quizá por el mismo motivo, caía a menudo en errores ortográficos, pero mostraba siempre un extraordinario interés por las

palabras y el lenguaje preciso. La poesía lo afectaba a veces de un modo profundo. Leía abundantemente, a pesar de su deficiencia visual, y rogaba a menudo a los miembros de la familia que le leyeran en voz alta.

Pero debemos volver a Sirio cachorro. Un día pareció conveniente que Plaxy concurriera a la escuela de la aldea. Sirio, por supuesto, no podía hacer lo mismo. Veía irse todas las mañanas a su hermana adoptiva, con los libros bajo el brazo, y sentía entonces los privilegios de la libertad, pero, también, una enorme envidia. Dedicaba ahora mucho tiempo a vagabundeos, y gustaba sobremanera de persecuciones y aventuras en el campo. Pero estaba a la vez preocupado. Plaxy conocía más que él el mundo de los hombres. A la tarde, de regreso de la escuela, la niña le aseguraba que las lecciones eran muy fastidiosas, pero Sirio advertía orgullo y satisfacción en la voz de Plaxy, y adivinaba que en la escuela ocurrían a menudo cosas muy divertidas. Al fin se contentó con sacarle a su amiga, gradualmente, los conocimientos adquiridos ese día, y Plaxy por su parte se acostumbró a trabajar junto con el perro, para beneficio de ambos, en las labores escolares.

Entretanto Elizabeth continuaba la educación de Sirio. Sus lecciones no eran regulares, pero estimulaban siempre al animal. Muy a menudo Sirio pagaba su deuda con Plaxy transmitiéndole los frutos de las lecciones de Elizabeth, aunque la niña lo escuchaba con aire de condescendencia. Sirio le hablaba también de sus conversaciones con Thomas, que lo llevaba a veces a pasear por las colinas, y le hablaba de la historia del mundo y las ciencias. Plaxy los acompañaba de cuando en cuando en estas caminatas; pero Thomas se exigía a sí mismo un ejercicio vigoroso los fines de semana, y su hija no tenía la resistencia de Sirio. En sus años de cachorro Sirio volvía muy fatigado de estos paseos, pero más tarde esperaba con placer el fin de semana y las caminatas por Arenig, los Rhinogs o Moelwyn. Los pensamientos de Thomas fluían entonces en abundancia, y Sirio lo abrumaba a preguntas. El gran fisiólogo respondía pacientemente, como si el perro fuera uno de sus estudiantes. Este frecuente contacto con una mente madura y brillante fue la base de la educación de Sirio. Discutían a menudo acerca del futuro, y Thomas aseguraba que a él, el perro, le esperaba una gran tarea. Pero de esto hablaré más tarde. Me he alejado otra vez de Sirio cachorro.

Sirio era inferior a Plaxy, y a casi todos los seres humanos, no sólo en lectura y escritura. Era absolutamente ciego a los colores. Entiendo que muchos discuten aún la sensibilidad de los perros al color, pues en la retina de estos animales hay, casi, el mismo número de conos y bastoncillos que en el ojo humano. Quizás ocurra que esta especie de ceguera sea más frecuente en los perros que los hombres. En fin, Sirio, por lo menos, no percibía el color. Mucho después de aprender a hablar ignoraba que su vista fuera diferente de la de Plaxy. Thomas le había dicho a Elizabeth que era muy probable que Sirio fuese ciego a los colores, como otros perros, pero ella se había resistido a aceptarlo. El cachorro reconocía por el color, aparentemente, sus distintos vestidos.

-No -dijo Thomas-. Debe de distinguirlos par el olor, o la sensibilidad táctil de la lengua. Presta atención. Cuando Sirio nombra algún color casi siempre se equivoca. De cualquier modo, pongámoslo a prueba.

Thomas compró una caja de cubos infantiles y les cubrió las caras con papeles de distinto color, cuidando de que los valores tonales, el olor y la textura fueran idénticos. Luego les dio los cubos a Plaxy y Sirio. Plaxy formó en seguida un damero rosado y azul. Sirio no mostró especial interés por el juego, pero trató de imitar como le decían el damero de Plaxy. Pronto fue evidente, incluso para el propio Sirio, que Plaxy veía algo que él no podía distinguir. Decidió de inmediato que superaría esta dificultad como había superado los obstáculos de la lectura. Descubriría, con ayuda de Plaxy, qué se le había escapado en los cubos, y se ejercitaría luego hasta poder dintinguirlo con facilidad. La niña señaló los distintos colores,

nombrándolos. Se le mostró luego un grabado coloreado y una fotografía monocroma. Giles trajo un farol de vidrios rojos y azules. Todo en vano. Sirio no advertía diferencias.

Thomas consoló al acongojado cachorro asegurándole que la ceguera para los colores era común a todos los perros, y posiblemente a todos los mamíferos, excepto el hombre y el mono. De cualquier manera los perros, le recordó, tenían un olfato y un oído muy superiores. Sirio sabía, era cierto, que las narices humanas eran instrumentos defectuosos. Plaxy, por ejemplo, era incapaz de olfatear las huellas de su madre en el jardín, ni distinguir una pisada de Gelert de la de otro perro. Más aún, ya había descubierto, desilusionado, la insensibilidad de la niña a los misteriosos y excitantes olores que exhala el campo después de la lluvia. Plaxy se contentaba con gozar dulcemente del aire fragante y fresco, mientras él analizaba con nariz temblorosa innumerables mensajes.

-Caballo -decía olfateando la brisa-. Un caballo desconocido. -Y en seguida:- ¡El cartero! Sube ahora por la loma. -O quizás:- Huele a mar -aunque el mar se encontraba a varios kilómetros, detrás de los Rhinogs.

Un leve cambio en la dirección del viento le traía a veces el olor de una cascada lejana, o el aroma peculiar de algún páramo, o de turba, brezos o helechos. A veces, atraído por un olor especial, se precipitaba en busca de huellas. En una ocasión volvió a los pocos minutos diciendo:

-Un pájaro raro, pero no pude verlo bien.

En otra oportunidad salió corriendo de la casa, husmeó la brisa y fue hacia el páramo. Dio varias vueltas, encontró al fin alguna pista y desapareció detrás de la loma. Una hora después volvió muy excitado, le pidió a Plaxy que sacara el libro de animales y juntos volvieron las páginas hasta llegar al grabado de un zorro.

-¡Ése! -exclamó Sirio-. ¡Qué olor!

Un día, mientras jugaban en el jardín, Sirio se detuvo de pronto, olfateando. Se le erizó la pelambre y metió la cola entre las patas.

-Entremos -dijo-, hay algo horrible en el aire. Plaxy se rió, pero el cachorro parecía tan perturbado que se asustó y entró en la casa. Veinte minutos después llegó Giles de la escuela y dijo que por el camino de Ffestiniog había pasado un zoológico ambulante.

Cuando Giles se enteró de la reacción de Sirio sugirió que debían llevarlo con toda la familia a ver las fieras. El pequeño cobarde aprendería así que los malos olores no eran realmente peligrosos. Luego de muchas discusiones, Sirio aceptó. No olvidó nunca la experiencia. Tan pronto como entraron en el zoológico se sintió desgarrado por una espantosa confusión de olores, unos atrayentes, otros formidables, como si (explicó mucho después) todos los miembros de una orquesta estuvieran afinando a la vez sus instrumentos, estridentemente. Con el rabo entre las patas, y la mirada asustada, Sirio se apretó contra las piernas de Elizabeth mientras el grupo pasaba de una jaula a otra. Algunos animales despertaron en él el ya conocido instinto de caza. Pero los grandes carnívoros, el león, el tigre y el oso, sarnosos y abyectos, que se paseaban tristemente en sus estrechas jaulas, torturaron a Sirio con sus olores: el olor aterradoramente natural, y el olor adquirido en la enfermedad y la miseria. Se reconoció, estremeciéndose, en el lobo de ojos rasgados. Mientras miraba fascinado a ese pariente no muy distante, el león rugió de pronto. Sirio, temblando de miedo, se metió entre las piernas de Elizabeth. Siguiendo el ejemplo del león, los otros animales se pusieron a gritar, y cuando el elefante desgarró el aire con uno de sus trompeteos, Sirio dio media vuelta y desapareció.

Las experiencias de Plaxy en este mundo de los olores eran muy reducidas. El mundo de los sonidos era para ella más amplio, pero mucho menos que para Sirio. Si alguien venía hacia la casa, el perro oía los pasos antes que nadie, y los reconocía sin titubeos.

Describía el grito del murciélago, inaudible para los humanos, como una penetrante aguja de sonido. Plaxy y Elizabeth descubrieron muy pronto que percibía sutilmente los distintos tonos de una voz. Distinguía así con facilidad la alabanza espontánea de una bondadosa frase de estímulo, la verdadera reprobación de la censura condescendiente o divertida. No sólo eso. Parecía descubrir cualquier cambio de humor antes que el propio sujeto.

-Elizabeth -preguntaba de pronto-, ¿por qué estás triste?

-Pero, Sirio, no estoy triste -respondía Elizabeth, riendo-. Al contrario, estoy contenta. El pan se ha horneado bien.

-Estás triste, adentro -insistía Sirio-. Lo oigo perfectamente. Estás contenta sólo en la superficie. Al cabo de un rato Elizabeth confesaba:

-Oh, bueno, quizás esté triste. No sé por qué.

El olor de la gente le revelaba también a Sirio algún estado emocional. Hablaba así de un «olor iracundo», un «olor amistoso», un «olor asustado», un «olor fatigado».

El lenguaje humano, según Sirio, no podía expresar la riqueza de esos dos universos. En una ocasión dijo de cierto olor que había en la casa:

-Se parece más bien al rastro de una liebre seguido por un perro y cruzado hace tiempo por un mulo. Olores y sonidos tenían para él algún rico significado emocional innato o adquirido. Muchos olores desconocidos despertaban su instinto de cazador, y había otros que trataba de evitar. El significado de muchos de estos olores se debía evidentemente a alguna asociación. Un día, en el páramo, se cortó una pata con un trozo de botella. Mientras regresaba renqueando, estalló una tormenta aterradora. Sirio llegó al fin a la puerta de la casa y Elizabeth lo cuidó y le limpió la herida con un conocido desinfectante. El olor del líquido, que hasta ese día le había repugnado, despertó desde entonces en él, y durante toda su vida, un sentimiento de bondad y seguridad.

Muchos ruidos lo sacudían violentamente. El trueno lo aterraba. El rasguido de una tela lo sobresaltaba con un miedo puramente fisiológico, y rompía a ladrar en divertida protesta. Las risas humanas le resultaban sumamente contagiosas. Respondía con extrañas e inconfundibles carcajadas, salpicadas de gañidos. El tono de la voz no sólo le revelaba el humor del interlocutor, sino que despertaba en él emociones muy intensas. Algo similar ocurría con los olores de la emoción.

Como muchos perros, el joven Sirio no soportaba la música humana. Un tema vocal o instrumental aislado era ya un tormento, pero ante la combinación de varias voces perdía totalmente la cabeza. Una buena ejecución de un solo le parecía siempre desafinada. La armoniosa combinación de temas era para él una repugnante cacofonía. Luego de alguna merienda campestre Elizabeth y los niños solían bajar por el páramo cantando rondas. Invariablemente, Sirio abandonaba sus habituales correrías, se acercaba a ellos, y aullaba. Los niños lo ahuyentaban indignados, pero recomenzaban las canciones y Sirio aparecía otra vez con sus aullidos. En una ocasión, Tamsy, el miembro más seriamente musical de la familia, exclamó, implorante.

-¡Sirio, por favor, cállate o vete!

-Pero ¿cómo pueden soportar esa horrible confusión de dulces sonidos? -replicó el cachorro-. Debo acercarme pues los sonidos son tan dulces, y debo aullar pues todo es tan confuso... y podría... ser tan hermoso...

-¿Si yo pintara un cuadro -preguntó en otra ocasión-, no se acercarían? ¿Y no perderían la cabeza al ver todos los colores equivocados? Para mí los sonidos son mucho más excitantes que para ustedes esos extraños colores.

La familia se negó a admitir que sus canciones fueran una confusa masa de sonidos. Decidieron por lo tanto «enseñar música a Sirio». El cachorro aceptó su destino con docilidad y fortaleza caninas. Al fin y al cabo, por más doloroso que fuese el proceso, le ayudaría a

descubrir algo más acerca de los seres humanos. Las diferencias que descubría entre él y sus amigos le preocupaban desde hacía tiempo.

Toda la familia se reunió en la sala. Elizabeth sacó su adorado y olvidado violín. En una ocasión, cuando Sirio lo había oído tocar, había corrido aullando hacia ella. Si la puerta estaba cerrada, se quedaba afuera, ladrando. Si no, entraba en el cuarto y saltaba hasta que Elizabeth dejaba de tocar. En esta ocasión estaba dispuesto a soportar estoicamente la dolorosa operación. Pero la excitación lo abrumó muy pronto. Tamsy estaba al piano. Maurice y Giles aguardaban con sus grabadores de sonido. Plaxy, sentada en el suelo, abrazaba al inquieto pero más bien resignado Sirio «para que no se enoje con nosotros». Pues era evidente que Sirio daría trabajo. Se le escapaba a Plaxy, corría de un instrumento a otro fingiendo atacarlos. Los fuertes coletazos, que expresaban a la vez alegría y angustia, arrancaban el arco de la mano de Elizabeth, o hacían volar un grabador al otro extremo de la sala. El experimento era simplemente un caos.

Aun en brazos de Plaxy, Sirio ladraba con tanta fuerza y virtuosismo que ahogaba el sonido de los instrumentos. Cuando lo convencieron de que debía cooperar seriamente, se descubrió muy pronto que su oído musical superaba al de cualquier miembro de la familia. Elizabeth movía apenas el dedo sobre la cuerda, tan levemente que nadie advertía alguna diferencia, excepto Sirio. La mujer descubrió asombrada que Sirio cantaba también en el tono exacto. En cierta ocasión Sirio no pudo contenerse y respondió al violín con un aullido que correspondía en su parte principal a la nota que acababa de dar el instrumento. Elizabeth le pidió que la repitiera y Sirio emitió la nota pura, sin adornos. Maurice tocó una escala y Sirio cantó al unísono, en perfecta armonía con los tonos inexactos del joven músico en su imperfecto instrumento.

Con su habitual tenacidad, Sirio se dedicó a dominar ese tormento, la música. Mostrando una sorprendente aptitud para el canto, pronto superó a Plaxy en la reproducción de las canciones familiares. A veces cantaba sin palabras, otras recurría a equivalentes caninos. Su jerga (simplemente un inglés mal pronunciado) rimaba y se escandía de manera apropiada.

La música humana, con el tiempo, dejó de torturarlo. Llegó, incluso, a gustarle, si los ejecutantes no desafinaban. A veces se unía a las rondas, antes insoportables, y cuando Elizabeth tocaba el violín se acercaba a escuchar. En algunas raras ocasiones se retiraba a un lugar favorito del páramo, y cantaba allí durante horas, repitiendo las canciones que le había oído a Elizabeth.

Era una familia musical. Bajo la dirección de Elizabeth habían desarrollado un divertido sistema de llamadas, como toques de clarín. Cierta melodía significaba: «hora de levantarse»; otra, «el desayuno está listo»; otra, «podemos empezar el paseo». Plaxy y Sirio, los miembros más jóvenes de la familia, inventaron por su parte algunas llamadas de uso privado. Una de ellas, por ejemplo, quería decir «¡Socorro!». Otras señalaban el descubrimiento de algo interesante, que valía la pena investigar, o una invitación al juego. Un rápido murmullo anunciaba el deseo de orinar. A esto había dos respuestas musicales posibles. Una informaba «Muy bien, también yo», y la otra «No tengo ganas». Curiosamente, si uno de ellos realizaba esta operación, el otro tenía que imitarlo, al estilo canino. Aunque no siempre. Plaxy descubrió muy pronto que no podía seguir el ritmo de Sirio en este aspecto.

Cuando Thomas supo que Sirio practicaba música al aire libre, temió que se hiciera famoso como «el perro cantor» y alguien quisiera explotarlo. Los habitantes de las cercanías se sorprendieron sin duda al escuchar la inarticulada voz inhumana, pero exacta y dulce, de un perro que sentado sobre sus cuartos traseros cantaba melodiosamente. Se empezó a hablar de los siniestros poderes de Thomas, capaz de meter al propio demonio en un animal. Por fortuna, cuanto más crecían los rumores, menos se creía en ellos. El perro cantor no desencadenó ninguna locura similar a la de la mangosta parlante o el monstruo del lago Ness.

Sirio, cachorro, sólo entonaba música humana. Las grandes obras clásicas le interesaron siempre, pero su estructura fundamental le parecía tosca e inadecuada como posible expresión de emociones. Experimentó entonces con nuevas escalas, ritmos y tonos, más conformes a la mayor sensibilidad de su oído. Recurrió así al cuarto de tono y al octavo de tono. A veces, dividía la octava de un modo desconocido en el arte musical humano. De esa manera, sus melodías más peculiares se parecían cada vez más a los ladridos de un perro, aunque este ladrido era curiosamente variado y perturbador.

Sirio no disponía de otro medio de expresión que aquella voz flexible y dulce. Deseó a menudo tocar algún instrumento, para poder experimentar con la armonía, pero sin manos eso no era posible. Se sentaba a veces al piano, tratando de acompañarse en su canto con dos notas, pero sus garras eran demasiado toscas. Durante largos períodos abandonaba totalmente la música, y se paseaba de un lado a otro, cabizbajo, la cola entre las patas, rehusando todo consuelo. Aquella unión de talento e impotencia no dejaba de atormentarlo. Pero se recuperaba al fin, y resolvía que si la música instrumental le estaba vedada, haría cosas maravillosas y nuevas con la voz. Sirio alternó así, a lo largo de toda la vida, entre la piedad que le inspiraba su propia impotencia, y la aceptación desinteresada y hasta irónica de su naturaleza y el medio, adoptando siempre como salida la decisión de triunfar a pesar de todo.

4
Juventud

En el capítulo anterior sólo he hablado de Sirio cachorro, pero al describir sus capacidades y limitaciones tuve que referirme necesariamente a su vida posterior. Inició sus aventuras musicales más serias, por ejemplo, ya en la juventud. Me limitaré ahora, con mayor precisión, a la adolescencia de Sirio y su temprana madurez, preparándome así a relatar esa época donde nuestras vidas se confundieron casi íntimamente.

En la adolescencia Sirio era ya más alto que el ovejero común. Pero su extrema delgadez sugería que el desarrollo no había sido normal. No era tampoco muy valiente. Evitaba el encuentro con otros perros, más aún al descubrir, luego de varias peleas menores, que el peso de la enorme cabeza le impedía atacar eficazmente a sus enemigos. Perdió en parte esta debilidad al alcanzar la madurez, pues el constante ejercicio le desarrolló los músculos del cuello. Pero en la juventud no podía competir con los ovejeros de menor talla, aunque más experimentados. Uno de ellos, lamentablemente un vecino, se acostumbró a perseguirlo en todo momento. Un día la ignominiosa persecución llegó hasta la casa de los Trelone, y Plaxy, la escolar, hubo de recurrir a la escoba. Con golpes e insultos alejó prontamente al animal, que llevaba el adecuado nombre de Diawl Du, demonio negro. Sirio oyó más tarde que Plaxy le narraba el incidente a Elizabeth, y añadía:

-Temo que Sirio no tenga muchas agallas.

Sirio no conocía la palabra «agallas», pero advirtió en la voz de Plaxy, que quería parecer divertida, una profunda mortificación. Fue sigilosamente en busca de un diccionario. Con mucho trabajo, y recurriendo frecuentemente a la lengua húmeda para volver las delgadas hojas, encontró la palabra. No le gustó que Plaxy pensara eso. Pues «agallas», según el diccionario Oxford abreviado, significaba «valor, ánimo, denuedo, intrepidez», y estaba relacionado con «espíritu». Debía reconquistar, de algún modo, el cariño de Plaxy. Ese mismo día la niña pareció dedicar sus mejores atenciones al gatito Trix, sucesor de Tommy. Plaxy, en

verdad, se dedicaba a los gatos siempre que se sentía alejada de Sirio. Esta vez mimaba a Trix sin preocuparle la presencia del perro, y señalaba la suavidad de la tostada pelambre o la delicada nariz. Sirio creyó advertir que la misma Plaxy mostraba en ese momento una naturaleza felina, envolviéndose en un altanero silencio y en una abandonada indolencia, «abrazándose a sí misma», como decía a veces.

Poco después de su derrota frente a Diawl Du, Sirio tuvo un serio disgusto con Trix. El gato miraba a Plaxy pensando si saltaría o no a su regazo, cuando Sirio perdió el dominio de sí mismo y atacó ruidosamente a su rival. El gato arqueó el lomo, y sin dar un paso atrás lanzó un zarpazo a la cara de Sirio. El perro retrocedió gimiendo. El grito de Plaxy se transformó en una carcajada. Llamó a Sirio cobarde y brabucón, y tomando a Trix en brazos lo cubrió de caricias. Sirio se alejó avergonzado y triste.

Dos semanas más tarde se advirtió que Sirio tenía ahora la manía de morder un viejo mango de azada que había en el patio. Cuando tenía a su alcance a algún robusto ser humano, preferentemente Maurice, lo invitaba a que se uniese al juego. Niño y perro tomaban cada uno un extremo del palo y corrían por el jardín. Poco después, Maurice observó:

-Sirio está cada día más fuerte. Ya no puedo sacarle la madera de la boca.

Durante todo este tiempo Sirio eludió cuidadosamente a Diawl Du, pero al fin se sintió preparado. Aunque confiaba ahora en el poder de su dentellada, y en que movía la cabeza con más rapidez y precisión, no podía depender enteramente de la fuerza física. Su estrategia, planeada con gran cuidado, se basaría sobre todo en la astucia. Estudió el campo de batalla -la escena de su anterior derrota-, y ensayó varias veces el ataque que lo llevaría a la victoria, en presencia de Plaxy. Esperó una tarde que la niña volviera de la escuela y corrió luego a Glasdo, la granja de Diawl Du. Se paseó por allí ostentosamente y al fin su enemigo lo vio y salió por el portón como una roca negra que desciende a saltos la falda de una montaña. Sirio se volvió y echó a correr hacia Garth. Para llegar a la puerta de la casa, su objetivo aparente, tenía que cruzar el portón del patio, doblando en ángulo recto. Antes de aminorar la marcha, miró hacia atrás. Diawl Du se encontraba a la distancia correcta. Entró entonces en el patio describiendo una curva cerrada, y llegó nuevamente al portón, pero oculto esta vez por la pared. En ese mismo instante el ovejero cruzaba el portón. Sirio se lanzó sobre él, con el impulso de su propia carrera, por el flanco izquierdo. Diawl Du rodó por el suelo. Sirio rodó también y le clavó los dientes en el cuello, encontrando mayor asidero que en el mango duro de la azada. Se aferró desesperadamente al otro animal, temiendo que si se le escapaba la destreza superior del ovejero se le impondría otra vez. Los apagados aullidos de Diawl Du y los continuos gruñidos de Sirio pronto hicieron salir a los habitantes de la casa. De reojo, mientras rodaba por el suelo con su enemigo, Sirio vio a Plaxy. La sangre caliente de Diawl Du le llenó la boca, amenazando ahogarlo. Sirio tosió, buscando un poco de aire, pero sin soltar la presa. El sabor salado y el olor de la sangre de Diawl Du, explicó más tarde, lo habían enloquecido. Sintió que una energía y una furia contenidas se liberaban por primera vez en él. En cierto instante le pasó por la cabeza como un relámpago, un pensamiento: «Ésta es la verdadera vida, mi vida, y no esas tonterías humanas». Apretó, sacudió, tironeó, mientras Diawl Du forcejeaba cada vez más débilmente. La horrorizada familia Trelone trató por todos los medios de que soltara al ovejero. Lo golpearon, le echaron pimienta a la cara. Sirio estornudó con violencia, pero no abrió la boca. Cayeron sobre él, inmovilizándolo mientras intentaban introducirle un palo entre las mandíbulas. Sirio sintió que su propia sangre se mezclaba a la sangre del ovejero, y la diferencia de sabores lo sorprendió. Plaxy, desesperada, trató de meterle las manos en la boca. Luego, ya fuera de sí, empezó a chillar. Sirio soltó entonces a Diawl Du, que quedó tendido en el suelo.

El vencedor se alejó majestuosamente, lamiéndose el hocico manchado de sangre, con el lomo erizado. Bebió en la artesa, bajo la bomba del patio, y se echó en el suelo, con la cabeza

Librodot

entre las patas, observando la escena. Elizabeth envió a los chicos en busca de agua caliente, desinfectante, vendas, mientras examinaba la herida. Plaxy sostuvo la cabeza del perro inconsciente, mientras Elizabeth ponía en la herida un gran trozo de algodón y vendaba el cuello. Al cabo de un rato Diawl Du dio señales de vida. Movió lentamente la cabeza entre las manos de Plaxy, emitió el fantasma de un gruñido, y al fin un gimoteo. Luego lo llevaron dentro de la casa y lo pusieron ante el fuego de la cocina, con un cuenco de agua.

Nadie prestó atención a Sirio, echado todavía en el patio, tieso, y de mal humor; triunfante, pero también desconcertado y resentido. Si Plaxy quería que demostrase valor, ¿por qué no venía a acariciarlo y elogiarlo?

Pronto salió Elizabeth, y puso en marcha el auto de la familia. Retrocedió hasta la carretera, entró en la casa, y con ayuda de Maurice sacó a Diawl Du en brazos mientras los otros le preparaban un lugar en el asiento trasero del coche. Acostaron cómodamente al perro, sobre una alfombra, y Elizabeth partió hacia Glasdo.

Los niños se volvieron hacia Sirio.

-Caray -dijo Maurice-. Esta vez la hiciste buena.

-Te matarán como a un animal peligroso -comentó Tamsy.

-Fue casi un asesinato -contribuyó Giles. Plaxy sólo dijo:

-¡Oh, Sirio!

Sirio la miró en silencio, tratando de entender qué había en la voz de Plaxy. Reproche y horror, sin duda, pero también algo más, alegría por la proeza de su perro quizás, o superioridad humana. De cualquier modo, ¿qué le importaba a él? Inmóvil, con la cabeza apoyada en las patas delanteras, se quedó mirando a plaxy. En ese momento llegó Trix, el gato, y frotó el lomo contra las piernas de la niña. Sirio se incorporó rápidamente, con el pelo otra vez erizado, y emitiendo un sonido ronco, mezcla de bufido y gruñido, se alejó con consciente dignidad y cruzó el portón.

La lucha con Diawl Du fue un punto importante en la carrera de Sirio. Había probado el sabor del triunfo. Los animales de escasa inteligencia no volverían a amedrentarlo. Pero, además, había encontrado cómo expresar su naturaleza más profunda, su naturaleza inconsciente. Había descubierto algo mucho más satisfactorio en verdad que el artificio humano. Estos pensamientos no eran aún muy claros para él, pero así lo explicó más tarde, al recordar el incidente.

Elizabeth le advirtió que si insistía en tratar de matar a alguien podría haber dificultades serias. -Recuerda que para los extraños -le dijo- eres sólo un perro. Ninguna ley te ampara. Si alguien decide librarse de ti, no lo acusarán de asesinato. Tendrá quizás algunas dificultades, porque eres propiedad nuestra, pero nada más. Sirio, ¿cómo pudiste hacerlo? -concluyó-. Fue horrible, una cosa animal.

Sirio no respondió a la ofensa. Olió y oyó la despectiva hostilidad de Elizabeth. Era probable que la mujer hubiera dado salida a un odio reprimido y oculto. Sirio vio claramente la insensatez de su conducta, y el peligro que podía encerrar, pero las últimas palabras de Elizabeth lo pusieron fuera de sí.

-¡Al diablo con todos ellos! -dijo interiormente, pero no dio señal alguna de haber oído a su madre adoptiva. Estaba sentado junto al fuego, y luego del insulto de Elizabeth alzó una pata y se rascó las partes pudendas con gran cuidado y ostentación, costumbre a la que recurría,

con gran éxito, cuando quería molestar a los miembros femeninos de la familia.

A medida que los meses se convertían en años, Sirio era menos tímido con los otros perros. A su peso y fuerza creciente se añadía una notable inteligencia, y no había ovejero en la región que no reconociera su superioridad. En cuanto a «agallas», parece que durante toda la vida fue en el fondo una criatura pusilánime, que se mostraba audaz sólo por desesperación, o

cuando no dudaba del resultado, o en esas raras ocasiones en que era dominado por el oscuro dios de la sangre.

No puedo hablar de sus relaciones con animales de su especie sin citar sus aventuras sexuales. Mucho antes de la pelea con Diawl Du, había empezado a mostrar un perplejo interés por cualquier perra en celo que se le cruzara en el camino. Casi todas lo recibían con indiferencia, considerándolo sin duda un cachorro agrandado. Pero una perra negra, grande y de bastante edad, parecía encontrar muy atractivo al insistente y joven gigante. Sirio practicaba con ella, periódicamente, una buena cantidad de volubles juegos amatorios. Thomas observaba muy interesado las travesuras de la pareja, pues advirtió muy pronto que Sirio carecía de la aptitud intuitiva del perro común. Los animales correteaban, se lanzaban el uno sobre el otro en fingido combate, complaciéndose sin duda en el deleitable contacto corporal. Pero al cabo de un rato, Sirio, inmóvil, meneaba tontamente la cola, preguntándose qué haría luego. Esta falta de objetivo, ciertamente, es una etapa normal en el desarrollo sexual de los perros, aunque se resuelve pronto en la copulación. Pero Sirio no había visto copular a otra pareja canina, y parecía desconcertado. Sólo al presenciar cómo otro perro, mucho más joven que él, pero más instintivo, y fisiológicamente más maduro, poseía a su amada, descubrió lo que su cuerpo deseaba hacer.

En adelante sus amores culminaron normalmente. En el plano fisiológico se encontraba aún en la fase «escolar», y las perras maduras no lo juzgaban muy atractivo. El sexo, por otra parte, no lo obsesionaba. Le parecía más un símbolo de madurez -algo que podían hacer los perros mayores- que un fin en sí mismo. Comparado con Plaxy, y aun los otros chicos, Sirio parecía sexualmente precoz, pero sólo por que sus nada restringidos amores acrecentaban constantemente su experiencia y su técnica. Para los niños aquél sería en cambio durante mucho tiempo un territorio inexplorado.

Según Sirio aquellos lances amorosos eran, en cierto aspecto, deplorablemente insatisfactorios. La amada de la hora, aun con la figura, la piel y el olor más deleitables, le parecía invariablemente una pobre idiota. No hablaba, no entendía las palabras de cariño. Nada sabía de las aventuras de la mente. Y cuando la época de celo concluía, revelaba una frigidez devastadora y una falta total de atractivos. La fragancia había desaparecido. Sólo quedaba la mentalidad de retardada.

Thomas se interesó sobremanera en las desenfadadas confidencias de Sirio. Cuando el doctor le preguntaba:

-Pero ¿qué te atrae en ella? -el joven Sirio sólo podía responder: -El olor, un olor maravilloso-. Más tarde, ya en la madurez, habló más claramente. En cierta ocasión, Sirio me dijo:

-Sí, lo más importante es ese olor. No puedo explicar su poder, pues el olfato humano es muy deficiente. Pero los poetas han hablado a menudo de las formas y colores deliciosos de la amada, que parecen expresar un espíritu encantado, con frecuencia engañoso. Pues bien, traduzca todo eso a términos de fragancia. La fragancia del deseo de Morwen es como el aroma matinal, con algo de inexpresable. Es el aroma de un espíritu muy delicado y fragante, aunque lamentablemente dormido. Pero huele como si estuviese realmente despierto.

-Pero ¿y su aspecto? -pregunté-. ¿Eso no te atrae?

-Me atrae -respondió Sirio-, pero el perro común no le presta atención. Sólo el olor le importa, y, por supuesto, también el contacto. Pero el éxtasis nace del olor, un olor dulce, embriagador, penetrante. ¿El aspecto? Sí, ciertamente, a mí me interesa el aspecto. Es esbelta, lustrosa, elástica; sugiere un espíritu que hubiese podido existir si ella estuviese realmente despierta, como yo. Pero, por otra parte, la importancia que yo doy ahora al aspecto de las cosas se debe a haber vivido tanto con los humanos, seres de vista afinada. De cualquier modo, la voz me importa más que el aspecto. No sabe hablar, naturalmente. Pero el tono y el

ritmo de la voz le permiten decir las cosas más dulces y tiernas. En verdad, no quiere decirlas. Las dice como en sueños. Las diría realmente si estuviese despierta.

Pero volvamos a la adolescencia de Sirio. Elizabeth había educado a sus niños de acuerdo con la tradición moderna. Como vivían en el campo no podían ignorar la existencia del sexo. Bastaba que observaran a bestias y pájaros. Pero como la vida sexual no provocaba en ellos ningún sentimiento de culpa, como era aún común en aquel entonces, no prestaban mucha atención al fenómeno, y necesitaban de un tiempo sorprendentemente largo para entender qué ocurría. Cuando Sirio tuvo su primer lance amoroso, los dos miembros más jóvenes de la familia, que aún no iban a la escuela, nada sospecharon. Pero muy pronto Sirio empezó a hablar del asunto con evidente orgullo. Elizabeth tuvo que recurrir a todo su tacto y sentido del humor en defensa de las convenciones. Algo perfectamente correcto y adecuado para Sirio no lo era para los niños, aunque sí para los adultos; por otra parte, no se hablaba de eso fuera de la casa, y menos en Gales. Todo esto, le confesó Elizabeth a Thomas, fue bastante fastidioso, y confiaba no haber hecho más mal que bien.

Plaxy, por supuesto, había vivido ya varios amores infantiles. En su primer año escolar se había enamorado violentamente de una compañera galesa. Sirio sintió, por primera vez en su vida, que no lo querían. Plaxy salía de la escuela o terminaba sus tareas en la casa y no tenía tiempo para jugar. Gwen siempre la esperaba para algo. Sirio no podía acompañarla porque -explicaba la niña- Gwen descubriría muy pronto que el perro sabía hablar, y nadie debía saber aún que era algo más que un superovejero. Era éste un secreto que habían mantenido hasta entonces como un misterio sagrado. Nadie lo conocía, salvo los seis miembros de la familia, y Kate, aceptada desde hacía tiempo en la tribu. Las otras integrantes del servicio doméstico, Mildred la nodriza, y su ayudanta local, habían sido oportunamente despedidas. Sirio entendía por lo tanto el valor del argumento de Plaxy, pero creía advertir que la niña se alegraba realmente de poder recurrir a una excusa tan plausible. La pérdida de la confianza y compañía de Plaxy fueron un rudo golpe para el cachorro. Se pasaba las horas paseándose por la casa y el jardín esperando el regreso de su amiga. Plaxy llegaba al fin, y Sirio la recibía efusivamente, pero la niña parecía siempre algo distraída, y hasta indiferente.

Al cabo de un tiempo este amor se desvaneció, y Sirio recuperó su importancia. Pero vinieron otros amores. A los doce años, Plaxy perdió la cabeza por el hijo del herrero local, Gwilin, que tenía dieciocho. Fue una relación unilateral, y Plaxy lo veía muy poco. Hizo de Sirio su confidente, y éste la consolaba afirmando que Gwilin debía de ser muy estúpido para no enamorarse de una niña tan hermosa. En cierta ocasión dijo:

-De cualquier modo, Plaxy, yo te quiero. La niña lo abrazó.

-Sí, ya lo sé -dijo-, y yo a ti. Pero quiero también a Gwilin. Es de mi especie, y tú no. A ti te quiero de otra manera. No menos, pero de otra manera.

Mientras Plaxy languidecía por su membrudo herrero, Sirio empezó a interesarse seriamente en las hembras de su especie. Plaxy descubrió de pronto que no disponía ya de su fiel confidente, antes dispuesto siempre a escucharla y simpatizar con ella. Lo buscaba a veces, al volver de las clases, y no podía encontrarlo. Y cuando lo encontraba advertía que Sirio estaba mentalmente ausente, y que su simpatía era superficial. En cierta ocasión Plaxy le describía cómo Gwilin blandía maravillosamente el martillo sobre el hierro al rojo-blanco y la sonrisa que le dedicó después, cuando Sirio se incorporó de pronto, husmeó el aire un instante, y echó a correr. Amargamente mortificada, Plaxy pensó que Sirio no era realmente un amigo, sino una bestia ruda. (Esta expresión la había aprendido hacía muy poco tiempo, en la escuela.) Sirio nada entendía, y en nada se interesaba, concluyó. Pero la niña sabía muy bien que esto no era cierto. Su pasión intermitente, y siempre insatisfecha, se arrastró a lo largo de dieciocho meses, inspirándole muy dulces penas y haciéndola sentirse muy importante, hasta que un día tropezó con Sirio, en el acto mismo del amor con su fragante

Librodot

compañera del momento. La niña había visto ya anteriormente a dos perros que se comportaban de esa extraña manera, pero nunca a Sirio. Advirtió muy sorprendida que el descubrimiento la afectaba terriblemente. Se alejó con rapidez, sintiéndose, sin razón aparente, abandonada e insultada.

Dos o tres años después de haberse enamorado de Gwilin, Plaxy hizo su primera conquista. Conwy Pritchard, el hijo del cartero, era más activo que el siempre amistoso, pero nunca sentimental Gwilin. Ante todo Conwy se había peleado con otro chico por ella. Esto era emocionante. Plaxy permitió que Conwy la monopolizara. Sirio fue abandonado otra vez. A veces (interesado por alguna perra o la caza), no le importaba mucho, pero muy a menudo se sentía solo. Más aún, los modales de Plaxy con Sirio eran ahora de una inexplicable rudeza. En una ocasión Sirio encontró a los jóvenes, que se paseaban por el campo tomados de la mano. Cuando Plaxy vio al perro se apartó y dijo como si se dirigiera a un perro común:

-¡Vete a casa, Sirio!

-Pero ¿para qué cría tu padre estas bestias cabezonas? -preguntó Conwy.

Plaxy rió nerviosamente, y respondió con voz algo chillona:

-Oh, Sirio es bueno. Vete, Sirio, no te necesitamos. Mientras el perro esperaba, inmóvil, intentando

descubrir qué había en la voz de Plaxy, Conwy se agachó como para recoger una piedra y dijo:

Vete a casa, demonio.

La fuerte cabellera sedosa se erizó a lo largo del cuello y los hombros de Sirio, que se dirigió ominosamente hacia Conwy, la cabeza baja, las orejas echadas hacia atrás, y la sombra de un gruñido en las fauces. Plaxy gritó, asustada:

-¡Sirio, no seas loco!

El perro la miró fríamente, se volvió, y se alejó camino abajo.

Esa misma noche Plaxy intentó reanudar su amistad con Sirio, pero sin éxito.

-Lamento mucho lo de esta tarde -dijo ella al fin, y Sirio advirtió que iba a echarse a llorar-. Pero ¿qué podía hacer? Debía fingir que eras un perro común, ¿no es cierto?

La respuesta de Sirio la desconcertó.

-Desearías que lo fuese realmente, ¿verdad?

-Oh, Sirio, no es así -replicó Plaxy con los ojos llenos de lágrimas-, pero estoy creciendo y tengo que ser como las otras chicas.

-Claro -respondió él-. Yyo tengo que ser como los otros perros, aunque no lo sea en verdad, y no haya nadie como yo en el mundo.

Sirio trató de alejarse, pero Plaxy lo retuvo, abrazándolo, y dijo:

-Oh, tú y yo seremos siempre amigos. Aunque uno de nosotros se aleje y viva otra vida, volveremos a encontrarnos.

-Si así fuese -dijo él-, no me sentiría tan solo, aunque estuvieras lejos. -Plaxy sonrió y lo acarició.Plaxy, aunque eres una muchacha, y yo un perro, nadie acompaña como tú mi soledad. -Husmeó levemente el cuello de Plaxy, y añadió-: Y tu olor es en verdad más hermoso que esas enloquecedoras fragancias de las perras. -Luego, con su risita gimoteante, añadió:- ¡Hermosa perra humana!

Plaxy se ruborizó, pero lanzó una carcajada. Consideró silenciosamente la frase y dijo:

-Si Conwy me llamase perra, significaría algo horrible, y jamás volvería a hablarle. Pero cuando lo dices tú, supongo que es un cumplido.

-Pero eres una perra -protestó Sirio-, una perra de la especie Homo sapiens, que para Thomas es un animal de zoológico.

Después del incidente en el sendero, los amoríos de Plaxy y Conwy decayeron rápidamente. Ella lo veía ahora bajo una nueva luz. Conwy era un animal humano, bastante

Librodot

atrayente, pero nada más. Su figura y su seguro e irresistible modo de hacer el amor eran sus únicos atributos. El perro Sirio era mucho más humano.

Durante un tiempo Plaxy y Sirio anduvieron siempre juntos. La niña le pidió que la acompañara a la escuela por la mañana y la fuese a buscar a la tarde para mantener alejado a Conwy. Cuando Plaxy iba a las fiestas y bailes escolares, Sirio, naturalmente, se sentía solo y aburrido, pero no se molestaba. Ella volvería. Del mismo modo, cuando el perro salía con Thomas, Plaxy lo esperaba confiadamente dedicada a sus quehaceres. Ya de vuelta, Sirio le contaba lo que habían hecho. Incluso cuando lo enloquecía alguna nueva perra, Plaxy tampoco se preocupaba demasiado. Se sentía secreta e inesperadamente celosa, pero se reía de sí misma y ocultaba sus sentimientos. Los problemas amorosos de Sirio, se decía, no le concernían, y no tenían en realidad ninguna importancia.

De cualquier manera, duraban muy poco. Ella misma, por otra parte, estaba interesándose por un joven que había conocido en un baile de colegio, un estudiante que cursaba en Bangor.

En aquella época -así me contaron- Plaxy comenzó a mostrar esa curiosa gracia que fue luego tan notable. Era quizás una gracia natural, o debida a la constante compañía de una criatura no humana, o ambas cosas. La esposa del médico local comentó una vez: -Esa niña llegará a ser encantadora, pero en cierto modo no es totalmente humana.

En la escuela la llamaban frecuentemente «gatita», y había en ella, en verdad, algo de felino. Los suaves cabellos, los ojos grandes de un color azul verdoso, la cara ancha, la barbilla puntiaguda y la nariz chata recordaban evidentemente a un gato. Lo mismo su andar, deliberado y elástico. Cuando tenía algún acceso de mal humor, y parecía inaccesible, su madre la llamaba «la gatita solitaria». Sólo mucho después de haberme casado con ella le expuse mi teoría. Se trataba, por supuesto, de la influencia de Sirio, le dije. La compañía del perro había desarrollado en ella modales muy poco humanos. Pero había entre ellos, también, un antagonismo latente, y esos modales habían adquirido así características felinas. No era raro que Sirio se sintiera ante ella arrobado y exasperado a la vez; como todos sus admiradores por otra parte, desde Conwy hasta yo mismo. Esa protesta inconsciente contra Sirio se revelaba, particularmente, en la extraordinaria delicadeza y precisión con que movía las manos. Parecía a veces que éstas expresaran, mejor que sus ojos, la conciencia que tenía de sí misma. Pero en este carácter de elegante «manualidad» no había mucho de felino. Recordaba por ejemplo a las bailarinas javanesas, que mueven sus manos tan exquisitamente. Era, a la vez, algo humano y «parahumano». Más que una gata parecía un hada. Y era en verdad, y simultáneamente, una gata, un fauno, una dríada, un elfo, y una bruja.

Esta descripción concuerda por lo menos con lo que era Plaxy cuando yo la conocí; en su temprana madurez. En la infancia, ese peculiar encanto apenas se insinuaba. Pero a los quince y dieciséis años su belleza, muy poco humana, atraía notablemente a los jóvenes. En esa época (Plaxy tenía dieciséis años), Elizabeth sugirió a Thomas que la niña podía ir a algún colegio. Los otros habían ingresado a una edad mucho menor. Plaxy se había quedado hasta entonces en la casa en parte para acompañar a Sirio.

-Pero ahora -dijo Elizabeth- está demasiado tiempo con él. Hay que sacarla de esta desolación. Necesita conocer a otras gentes de su especie.

Thomas había pensado interiormente no mandarla al colegio. No se trataba sólo del beneficio de Sirio, pero los otros tres chicos habían sido aplastados, en cierto modo, por la educación.

-¡Desolación! -exclamó Thomas-. ¿Y qué me dices del maldito monasterio donde estuvo Tamsy? Elizabeth admitió que eso había salido bastante mal, y añadió:

-De cualquier modo, podríamos enviarla a un sitio más moderno, un colegio mixto, por ejemplo. No alterna bastante con muchachos.

Cosa rara, o quizá nada rara, ambos padres, aunque de ideas modernas, y amigos de sus hijos, nada sabían de sus amores.

Me permito creer que Thomas no deseaba que Plaxy se alejase por otro motivo, un motivo que él mismo no reconocía. Quizá me equivoque, pero las raras veces que los vi juntos me pareció que la unión de Thomas con su hija no era sólo objetiva y ostentosamente científica. Sospecho que la idea de pasar los fines de semana en Garth sin Plaxy no lo atraía mucho. Plaxy, por su parte, no se acercaba a Thomas. A veces se reía de él; por ejemplo de su costumbre de fruncir los labios cuando algo lo intrigaba. Thomas no logró contagiarle su pasión por la ciencia, pero si Plaxy oía que lo criticaban, lo defendía con ardor sorprendente. Por esto, y lo ocurrido más tarde, infiero que la pasión de Thomas era correspondida. Mucho después, cuando nos casamos, y yo planeé esta biografia de Sirio, Plaxy ridiculizó la idea de una unión oculta y profunda entre ella y su padre. Como muchos psicólogos aficionados, argumentó, yo siempre buscaba un «complejo paterno».

Este libro se refiere a Sirio, no a Plaxy. No hubiera mencionado el problema de las relaciones de Plaxy con Thomas, si no creyese que arroja alguna luz sobre Sirio, obra magna de Thomas, y su constante preocupación.

Thomas, en fin, no veía la necesidad de enviar a Plaxy a un colegio de internos. Cuando dio su consentimiento, y empezaron a buscar algún colegio adecuado, ninguno le gustaba. Al fin aceptó cierto establecimiento mixto, aproximadamente moderno, no muy lejos de Cambridge. Todo el asunto, como es natural, había sido discutido con Plaxy, quien se resistía a «ir a la cárcel». Un cambio tan grande debía de intimidarla, pero además se le ocurrió pensar qué haría Sirio sin ella.

Como respondiendo a esta inexpresada pregunta, Elizabeth dijo:

-Es tiempo de que Sirio se aleje también un poco. Aprenderá las tareas del ovejero.

Plaxy consintió al fin, y una vez decidida, le pareció que el día de la partida no llegaba nunca. Atribuyó esta avidez a la perspectiva de convertirse en una muchacha normal. Evidentemente, en su relación con Sirio había ya un serio conflicto.

Thomas habló al perro del cambio que Elizabeth y él habían planeado. Le dijo ante todo que era hora de que llevase una vida activa, lejos del hogar.

-Sé muy bien, naturalmente, que no puedo tratarte como un perro cualquiera, y que tú mismo debes decidir tu destino. Pero eres joven, tanto física como mentalmente; del nivel de Plaxy, los dieciséis años. El consejo de un hombre maduro podría serte útil. Por supuesto, tengo ideas propias acerca de tu futuro. Tu inteligencia no es inferior a la de un adolescente humano, y en algún aspecto me pareces superior. Podrías ser, por ejemplo, un gran especialista en psicología animal, y me gustaría que trabajaras conmigo en Cambridge. Pero no quiero que tus particularidades se divulguen. La publicidad te haría mucho daño, y por otra parte, no has completado aún tu educación. Necesitarías ahora, me parece, trabajar como ovejero durante un año por lo menos. Te presentaré como mi super superovejero. Creo que podría colocarte en la granja de Pugh, y el hombre, no cabe duda, te trataría decentemente. La vida será dura, por supuesto, pero lo necesitas. Como experiencia despertará tu interés, y te será útil en el futuro. Pero cuidado, recuerda que para los otros no sabes hablar. Aunque en esto tienes ya alguna práctica. El trabajo te aburrirá a veces, pero hay pocos trabajos realmente entretenidos. En cuanto a tus intereses intelectuales, dependerás de ti mismo.

No habrá posibilidad de leer, aunque podrás hacer interesantísimas observaciones sobre la conducta animal y humana.

Sirio escuchó con atención esta larga arenga. Caminaban con Thomas por la cresta del Moel. Al fin habló, muy lentamente, pues Thomas no estaba tan acostumbrado a su lenguaje como los otros.

-Sí -dijo-. Me parece bien. Pero ¿podré venir a casa de cuando en cuando?

Librodot

-Oh sí -respondió Thomas con voz alterada-. Quizá no sabes que Plaxy irá pupila a un colegio. Le diré a Pugh que nos gustaría verte en las fiestas. Ahora que Gelert ha muerto, eres el perro de la familia. Pugh entenderá. En un principio tú y Plaxy os echaréis de menos. Pero al fin y al cabo tendréis que separaros algún día, y será mejor que os acostumbréis desde ahora.

-Sí, por supuesto -dijo Sirio, pero bajó la cola y calló un rato. Al fin dijo-: ¿Por qué no hizo otro como yo? Me sentiré muy solo.

Thomas le dijo que había habido una camada de cuatro como él, pero que todos habían muerto.

-Lo hemos intentado muchas veces -continuó-. Obtener perros como Gelert no cuesta mucho, pero tu caso es distinto. Hay dos buenos cachorros ahora, pero son aún muy jóvenes, y no se sabe qué puede ocurrir. La superchimpancé no te sirve naturalmente de mucho. Es un problema: a veces parece idiota, y otras, demasiado inteligente.

Cada vez que uno de los hijos partía para el colegio, la casa se alborotaba. Había que adquirir libros, materiales de estudio, equipo de deportes. A medida que pasaban los días, Plaxy se dedicaba más y más a estos preparativos. Su alegría asombró a Sirio. Pensó que

Plaxy afrontaba con valor la inminente congoja. Pero su alegría «olía» frecuentemente a auténtica.

Como Sirio, aparte de llevar uno que otro mensaje, poco intervenía en estas tareas, le sobraba tiempo para meditar en el futuro. Detrás de su alegría, advirtió, Plaxy se sentía desolada ante la perspectiva de alejarse de su hogar y los seres queridos. Si hubiese sido más joven, no lo habría sentido tanto. La mañana de su partida tropezó con Sirio en el descanso de la escalera. Dejó caer su atado de ropa, se arrodilló, y abrazó al sorprendido animal. En un arranque digno de una colegiala sentimental, pero realmente sincero, Plaxy dijo:

-Pase lo que pase, siempre seré tuya. Así fue siempre, aun cuando fui mala contigo. Aunque... me enamore de alguien y me case, seré tuya. ¿Cómo no lo supe hasta hoy?

-Yo, yo seré tuyo hasta la muerte -replicó Sirio-. Lo sé desde... desde que te mordí.

Mirándolo a los ojos grises y acariciándole la espesa pelambre del cuello, Plaxy le dijo:

-Es inevitable que a veces nos hagamos daño. Somos tan distintos...

-Sí -contestó el perro-. Pero cuanto más distintos, más hermoso es el amor.

5
Aprendiz de ovejero

El día que Plaxy partió para el colegio, Thomas llevó a Sirio a la granja de Pugh, en Caer Blai. En el camino le habló al perro del futuro, y le prometió que al año siguiente lo sacarían de la zona ovejera, y se instalarían quizás en Cambridge. Sirio escuchó y aceptó, pero con la cola inexorablemente baja, triste y preocupado.

Se consolaba a ratos pensando que Pugh era un hombre decente. Sirio clasificaba entonces a los hombres de acuerdo con su actitud para con los perros, norma que siguió aplicando con éxito en años posteriores. Algunos hombres se mostraban indiferentes; carecían de imaginación, y no podía haber con ellos reciprocidad alguna. Los «amantes de los perros», por otra parte, le parecían detestables. Exageraban la inteligencia y capacidad de cariño del animal, cegando sus impulsos sexuales y agresivos, y su afición a la caza. Para estos hombres

los perros eran sólo muñecos animados, sentimentales, «patéticamente humanos». Había otros que los odiaban, o que, demasiado intelectualizados, no podían admitir la amistad de una bestia o que temían demasiado su propia naturaleza animal. Algunos, en fin, «se intere

saban en los perros». Advertían éstos, hasta cierto punto, la distancia que separaba a ambas especies, y estaban dispuestos a aceptar al perro como tal, un pariente remoto pero esencialmente entrañable. Pugh pertenecía a esta categoría.

Los dos superovejeros que trabajaban entonces con Pugh recibieron a Thomas y Sirio con un alboroto. El granjero salió a recibirlos. Era un hombre de edad mediana, tez fresca, hirsuto bigote rojizo, y ojos azules y chispeantes. A Sirio le agradó su olor, y pensó que debía de reír con frecuencia. Pasaron a la cocina y la señora Pugh trajo unas bebidas mientras los hombres hablaban. Pugh contempló largo rato a Sirio, que se había echado en el suelo, junto a Thomas.

-En verdad es demasiado grande para perro ovejero, señor Trelone -dijo Pugh con cantarina voz galesa-. Podría vigilar un rebaño de rinocerontes. No armoniza con nuestras ovejitas. ¡Pero caramba! ¡Qué cabezota! Si el cerebro es lo más importante, señor Trelone, tiene que ser un genio. Ya veo que tomará la dirección de la granja y yo tendré que correr detrás de las ovejas. ¡Lástima mi reumatismo!

Thomas admitió que como perro Sirio era bastante inteligente.

-Le será útil. Pero no espere milagros. Recuerde que es sólo un animal.

-Naturalmente -dijo Pugh, y lanzó un sorpresivo guiño a Sirio-. Conozco bastante sus perros, señor Trelone. Son todos magníficos. Allí está Idwal. Fuerte todavía, aunque ya tiene doce años, cosa rara en un ovejero. Luego esa perra que me mandó hace dos años. La llamamos Juno. ¡Caray! ¡Qué pronto aprendió el oficio! Tuvo una camada de seis con el viejo Idwal. Pero la magia no pasó a ninguno de los descendientes. Fueron seis tontitos. Aunque los vendí a muy buen precio.

-Bueno -dijo Thomas-, le dije que no esperara mucho de la segunda generación.

Pugh suspiró.

-Sí, eso me dijo, señor Trelone. Se lo repetí a los compradores, pero no me creyeron. Acepté el dinero y les dije que no sabían lo que hacían. -Luego de encender su pipa, el hombre preguntó:- ¿Y qué edad tiene éste?

Thomas titubeó, y al fin dijo: -Quince años, ¿no es así Sirio?

El perro respondió con un débil «sí», pero Pugh aparentemente no advirtió nada raro en aquel gruñido.

-¡Quince! ¡Cielo santo, señor Trelone! ¡La mayoría de los perros mueren mucho antes! ¡Y éste no es más que un cachorro!

Thomas le recordó que la longevidad había sido uno de sus objetivos.

-Bueno -dijo Pugh riendo-, si se queda conmigo puede casarse con mi hija Jane y hacerse cargo de la granja en mi ausencia. Pero ¿cómo me dijo que se llama, señor Trelone?

-Sirio -respondió Thomas. Pugh frunció el ceño.

-No es muy adecuado para llamarlo en el valle, ¿no es así? -Hizo una pausa, dio una chupada a la pipa, y agregó:- Señor Sirio, ¿me permitirá que lo llame por otro hombre? ¿Qué le parece Bran?

Sirio había inclinado la cabeza como tratando de entender la frase. Thomas dijo:

-Espléndido. Lo aprenderá en seguida.

El desaliento de Sirio aumentó al saber que también le quitarían el nombre. Pensó, sin duda, que lo transformarían totalmente. Nada le quedaría de la antigua vida, salvo el recuerdo. Aunque habían compartido casi todas las cosas, él y Plaxy habían tenido también bienes propios. Los juguetes, en su mayoría, habían sido utilizados en común. Pero cuando Plaxy fue a la escuela, adquirió cosas nuevas: libros, lápices, lapiceras y otros indescriptibles y variados tesoros. Sirio tuvo también su colección, aunque menor que la de Plaxy, pues la falta de

Librodot

manos le impedía disfrutar de muchas cosas. En un estante de su cuartito en Garth conservaba algunos pocos tesoros: un hueso de goma, un trozo de brillante cuarzo blanco, el cráneo de una oveja, varios libros de grabados. Entre los objetos adquiridos posteriormente se contaban libros, partituras musicales, tres guantes para escribir, y varios lápices y lapiceras. Ahora, en esta nueva vida, sería más pobre que san Francisco. No era más que un perro, ¿y quién había oído hablar de un perro propietario? Por fortuna, los bienes personales carecían para él de significado. Debido quizás a su gran sociabilidad canina sentía cierta inclinación al comunismo. Ha de recordarse, sin embargo, que si los perros demuestran ser mucho más desprendidos, en algunos aspectos, que los hombres, en otros parecen dominados por algún impulso posesivo. Así, por ejemplo, en el caso de los huesos, las perras, los amigos humanos y los lugares. Para Sirio, por lo menos, la pérdida de sus bienes, incluso sus preciosos guantes para escribir, significaba verse reducido a la condición de animal. Y ahora querían arrebatarle hasta el nombre. Y también el lenguaje, por supuesto, ya que en aquella granja nadie lo entendía. Y, además, él tampoco podría entenderlos a ellos, pues los Pugh hablaban en galés.

Sirio había olvidado la conversación. Thomas se ponía ahora de pie, para irse. Los tres salieron al patio. Thomas le dio la mano a Pugh, palmeó a Sirio, y dijo:

-Adiós, viejo. Quédate aquí.

Sirio fingió perplejidad, y se adelantó como para seguir a Thomas. Fue rechazado y retrocedió con un intrigado gemido.

Por la tarde Pugh llevó a Sirio e Idwal al valle alto. En una ladera pastaban unas pocas ovejas. El hombre lanzó una orden en galés. Idwal echó a correr, rodeando las ovejas. Sirio miró ansiosamente a Pugh. La orden fue repetida, con el nuevo nombre de Sirio: Bran. Sirio se precipitó hacia Idwal, que corría alrededor de las ovejas en un gran semicírculo, llevando las ovejas hacia Pugh, valle abajo. Sirio entendió inmediatamente la situación, y decidió empezar por el otro extremo del semicírculo, y encontrarse con Idwal en el centro. Cada perro se encargó así de su propio arco. Pero el de Idwal fue el más amplio, en parte porque Sirio, menos experimentado, debía buscar las ovejas que se le habían escapado a la colina, y en parte también porque el ovejero era más veloz. La operación continuó hasta que todas las ovejas se agruparon alrededor de Pugh. Éste dijo algo en galés: Idwal se sentó en seguida jadeando. Sirio lo imitó tratando ansiosamente de no olvidar aquellas palabras.

Pugh los ocupó entonces en varios trabajos: llevar las ovejas a un corral, sacarlas, guiarlas a lo largo del valle, dividirlas en grupos, unirlas, separar un animal que Pugh señalaba con el bastón. Todas las órdenes eran dadas en galés, acompañadas por diferentes silbidos. Al cabo de un rato Pugh se dirigió sólo a Idwal, manteniendo a Sirio a su lado, y le ordenó que eligiese un carnero y lo retuviera con los ojos. El perro se acercó al animal, arrastrándose, y luego, desde unos pocos metros, lo miró fijamente, inmóvil, el vientre aplastado contra el suelo, las patas encogidas y listas para el salto, el hocico entre las hierbas, la cola estirada. El carnero lo miraba, iniciaba algún movimiento que Idwal contenía en seguida, o esperaba pacientemente, un poco irritado. Se advertía que no sentía miedo. Estaba acostumbrado a la maniobra, y reconocía en la mirada de Idwal una orden inapelable.

Sirio comprendió que aquélla era la famosa triquiñuela de los ovejeros: el dominio por «el ojo». Idwal, evidentemente, había desarrollado «el ojo» casi a la perfección.

Luego Idwal hizo otras pruebas, que Sirio observó ansiosamente. Muy pronto le llegó el turno. El novicio había seguido con suma atención las actividades de Idwal, pero se encontró desconcertado. No sólo se le escapaban continuamente las ovejas, de modo que Pugh bramaba fingiendo una terrible cólera. La misma fatiga le impedía moverse con precisión, haciéndolo tropezar o caer en algún agujero. La enorme cabeza le pesaba cada vez más, y cualquier resbalón lo hacía caer como un conejo derribado de un tiro. Se añadía a esto la dificultad del lenguaje. Una y otra vez Sirio descubrió que no entendía una palabra. Mientras Pugh repetía

Librodot

algún extraño sonido galés en frenético crescendo, Idwal gimoteaba, impaciente, a su lado. ¡Si por lo menos el hombre hablara cuerdamente en inglés!, pensaba Sirio.

Pero cuando llegó la prueba del ojo, Sirio advirtió complacido que no era incompetente. El proceso podía perfeccionarse, sin duda, y en una o dos oportunidades la oveja casi se le escapó. Evidentemente, no se sentía tan dominada como bajo la mirada de Idwal, pero reconocía la autoridad de Sirio. Pugh se mostró satisfecho.

Luego Pugh hizo trabajar juntos otra vez a los dos perros, aunque lanzándoles distintas órdenes a cada uno, y empleando también un distinto tono de voz. Sirio tuvo que acostumbrarse a responder prontamente al tono más agudo, se pronunciase o no su nombre, y a no atender al tono más grave, destinado a Idwal.

La lección terminó al fin. Pugh regresó por el herboso valle, con los perros pisándole los talones. Sirio estaba más cansado que nunca, «cansado como un perro», con la cola y la cabeza bajas, el vientre sucio de barro. Tenía además las patas inflamadas y le dolía la cabeza. Pensó desesperado en el año de trabajo que se abría ante él, sin otra compañía que los perros subhumanos y el remoto Pugh. Quizás hasta se olvidaría de hablar, y cuando se encontrara otra vez con Plaxy sería una bestia hecha y derecha. Pero a pesar de su fatiga y desaliento, logró sobreponerse y se prometió no dejarse vencer por esta nueva vida. Ycuando sorprendió la mirada de Pugh, que lo observaba con amistosa sorna, le sonrió como diciéndole: «Oh, no me faltan agallas, ya lo verás». Esta reacción inconfundiblemente humana sorprendió a Pugh, que lo miró pensativo.

Ya en la granja, los dos perros comieron los restos de la cena familiar, y luego se los llevó a una dependencia, para que pasaran allí la noche. Bajo el colchón de paja había un duro suelo de piedra. Le pareció a Sirio que apenas se había quedado dormido, cuando lo despertaron los gimoteos de Idwal ante la puerta cerrada. La luz del sol entraba por las rendijas.

Esa semana trabajó constantemente con las ovejas, y pronto empezó a acostumbrarse. Corregía con mayor facilidad sus errores, y se cansaba menos. No sólo reconocía con facilidad las órdenes en galés, sino también los nombres de los campos. Un día Pugh llevó a los perros muy lejos, entre las colinas. Inspeccionaron allí las ovejas que pastaban en remotos y elevados pastizales, y Sirio aprendió los nombres de las laderas, valles y arroyos. Aquellos sitios le eran familiares, pues había caminado por allí con Thomas. Llegaron en una ocasión a un prado no muy alejado de Garth. Sirio creyó percibir en el aire un leve olor característico, pero era probablemente una ilusión.

No tardó mucho en entender alguna orden inesperada. Registrar, por ejemplo, los helechales, donde se escondían avergonzadas las ovejas enfermas, y donde podían morir por falta de atención. Sirio aprendió asimismo a liberar a los animales caídos en pantanos o grietas. Tironeaba con cuidado, ayudando así a la oveja hasta que ésta podía librarse por sus propios medios. Sabía también derribar un animal y retenerlo mientras Pugh o su ayudante lo examinaban.

El poder de su «ojo» aumentaba también día a día. Los ovejeros suelen ser excesivamente dulces o excesivamente feroces. Idwal era, en general, del tipo feroz, y ponía a las ovejas indebidamente nerviosas o inquietas. Sirio, en cambio, era demasiado suave, y para imponer su autoridad tuvo que mostrarse más firme. Idwal, animal obstinado, insistía en hacer las cosas a su modo, y si Pugh se lo impedía alzaba la cola y se alejaba trotando del campo de acción «negándose a jugar». En estos casos, hay que reconocerlo, Pugh cedía casi siempre en medio de humorísticas vituperaciones, pues sabía muy bien que Idwal, a su manera, no dejaría de hacer el trabajo. Sirio, por otra parte, pertenecía al tipo dócil. Se mostraba desesperadamente ansioso por aprender, y confiaba muy poco en su propia intuición. Los pastores suelen decir que estos perros no son muy brillantes, pues carecen de la seguridad del genio, pero Pugh advirtió muy pronto que la docilidad de Bran no se debía a una disposición servil. Una

Librodot

vez aprendida la lección introducía a menudo alguna novedad que la mejoraba notablemente. Sin embargo, incluso cuando ya era un ovejero experto, atendía siempre a cualquier sugerencia, y estudiaba el trabajo de los otros perros. Se lo podía mandar a las colinas, solo, a que trajese un grupo de ovejas, y hacía en verdad el trabajo de cualquier superovejero. Para aprovechar todavía mejor a sus inteligentes animales, Pugh había puesto en todos los portones un cerrojo especial que los perros podían manejar.

Con el otoño llegaba el tiempo de traer a la granja los corderos jóvenes y las ovejas enfermas. Pugh confió esta tarea a Idwal y Sirio. Juno los ayudaba a veces. Pero esta criatura era de naturaleza sumamente inestable, y ciertos ataques convulsivos la imposibilitaban para el trabajo. Los perros recorrían los altos páramos y elegían a los animales. Los perdían a veces en la niebla, los buscaban con el olfato, y los hacían bajar al fin por la senda de hierbas del valle. Todas las ovejas de Pugh tenían una marca roja en un cuarto trasero, pero esto naturalmente, los perros, ciegos a los colores, no lo veían. Idwal y Sirio reconocían los rebaños de Caer Blai por el olor y tres pequeñas hendiduras en la oreja izquierda, otra marca de Pugh. Cualquier oveja ajena que se metiese en Caer Blai era pronto descubierta y devuelta a su campo. Pero además del olor común del rebaño, cada oveja tenía su olor peculiar. Bastaron unas pocas semanas para que Sirio reconociese a cada uno de los animales por el olor, e incluso por la voz. Cuando los perros encontraban alguna oveja lastimada, uno de ellos corría a la granja en busca de Pugh. Cierto tipo de ladrido quería decir «oveja lastimada»; otro, menos excitado, significaba «oveja atrapada en una grieta»; otro más grave, «oveja muerta».

De cuando en cuando había que reunir a las ovejas para la venta. Luego de traer los corderos y ovejas de los páramos, se los llevaba a las ferias en tren o en camiones alquilados. Los perros los acompañaban, y Sirio disfrutaba enormemente con estas excursiones. Escuchar a gentes que hablaban en inglés, descubrir que uno podía entenderlas, era ya, en verdad, placer suficiente.

Cuando terminaban las ventas, ya avanzado el otoño, los perros debían cuidar sobre todo de que las ovejas no llegaran a los pastizales del valle. Las ovejas montañesas suelen dormir en las alturas, y bajan a la mañana en busca de pastos más suculentos. En otoño es necesario impedir esta costumbre, pues los pastos del valle serán muy necesarios al llegar el invierno. No ha de permitirse, tampoco, que los carneros pasten en lugares cenagosos, donde podría atacarlos la lombriz del hígado. Y, además, el otoño es la estación indicada para bañar el rebaño. Como el número de ovejas de Pugh llegaba a los varios centenares, los perros trabajaban desesperadamente durante muchos días, haciendo bajar a las ovejas en grupos, y empujándolas hacia el corral. Allí Pugh o algún ayudante metía a los animales -uno a uno- en el baño. Sirio se alegró al advertir que soportaba tan bien como Idwal -aunque no era tan rápido y ágil- los esfuerzos de esta tarea.

Llegó la época de otro trabajo. Había que reunir los carneros y llevarlos a una granja de las tierras bajas, evitándoles así las inclemencias del invierno en las montañas, y la escasa comida. No volverían a la granja de Pugh hasta el mes de mayo.

A pesar de este duro trabajo, los perros no tenían frecuentemente nada que hacer. Rondaban entonces por el patio, acompañaban a Pugh en sus caminatas, o llevaban mensajes a la aldea. Una tienda donde se vendían libros y periódicos atraía especialmente a Sirio. Las noticias más sensacionales aparecían en cartones, en el exterior. Sirio apoyaba las patas en el alféizar del escaparate y leía también los titulares de los periódicos o los títulos de la pequeña pila de novelas baratas.

En la aldea había otros perros, pero no le planteaban ningún problema. Por ese entonces Sirio se había desarrollado del todo, y era fuerte y «duro como el acero». Recordando las palabras de Thomas, trataba de estudiar a veces el carácter de estos animales, pero aparte de

simples diferencias de temperamento, todos eran, en el plano mental, muy parecidos. Las diferencias más notables tenían su raíz en las influencias humanas. Algunos hacían pronta amistad con los hombres, otros se mostraban fríos con la gente desconocida, pero obsesivamente cariñosos con sus dueños. Otros, en fin, adulaban abiertamente a los seres humanos, o se encogían de espanto ante ellos.

Un día, en la aldea, Sirio tropezó con una hermosa perra joven en celo, una perdiguera rojiza. La vida merecía vivirse. El olor y el contacto de la perra lo embriagaron. En sus juegos amorosos corrieron por la plaza aldeana. Pugh estaba en la taberna. Parecía creer que los perros se morirían de aburrimiento si los obligaba a entrar. La unión se consumó bajo la mirada lasciva de dos escolares y un picapedrero desocupado.

Desde entonces Sirio pensó continuamente en la aldea y la perra. A veces hasta sentía la tentación de huir de la granja, y acompañar todo lo posible a su amiga. Pero no lo hizo. Había visto a menudo cómo azotaban a un perro de la granja vecina cada vez que el animal abandonaba sus tareas. Sirio decidió que nunca caería en semejante indignidad. jamás lo habían azotado, aunque alguna vez recibía algún golpe o puntapié coléricos. Si alguna vez llegaran a azotarlo, su dignidad de persona inteligente se vería mortalmente insultada. Si Pugh lo intentaba alguna vez lo mataría en el acto, no importaba cuáles fueran las consecuencias. Pero Pugh era uno de esos dueños de ovejeros que se enorgullecen de dominar a sus animales con la bondad. jamás recurría a la violencia. Pero es probable, además, que nunca hubiera golpeado a Sirio, aunque éste lo hubiese provocado gravemente, pues tenía la firme pero vaga convicción de que el perro era algo más que un perro, incluso algo más que un superovejero.

Varios incidentes habían despertado esta sospecha. En una ocasión Sirio fue a buscar un par de zapatos a la zapatería de la aldea con una cesta y un billete de diez chelines. Regresó al cabo de un tiempo con los zapatos y el cambio. Pugh, que descansaba a la sombra de una de las dependencias de la casa, vio que Sirio entraba en el patio, sacaba los zapatos, y estudiaba el dinero que había en la cesta. Durante un rato, pareció perplejo, y al fin volvió sobre sus huellas olfateando el suelo. Pronto encontró algo, que recogió con dificultad. Evidentemente satisfecho, lo llevó a la cesta y lo dejo caer. Pugh vio entonces que era un pequeño disco pardusco, una moneda de un penique. Luego Sirio le llevó la cesta con las botas, la cuenta y el cambio: dos medias coronas, un florín, y siete peniques. Pugh no tenía tanta imaginación como para pensar que el perro había contado el cambio, comparándolo luego con la suma de la cuenta, pero opinó que Sirio advertía alguna diferencia entre seis peniques y siete.

Otro incidente sugirió a Pugh que Sirio tenía algo de «humano», como decía él. Había en la granja unas pocas vacas y un toro joven. Sirio había sido embestido una vez por una vaca, y había oído alarmantes historias de toros. De vez en cuando traían alguna vaca de las granjas vecinas para que las cubriese el toro de Pugh. En esas ocasiones los perros iban al prado, rodeaban al toro, y lo llevaban a la granja. Realizada la operación, lo devolvían al prado. Durante todo este tiempo Sirio se mostraba muy nervioso y cumplía mal su tarea. Idwal enfrentaba al toro con persistente audacia, y se alejaba cuando el animal bajaba los cuernos. Pero Sirio se mantenía a prudente distancia. El toro pensó que era un cobarde y desarrolló la costumbre de perseguirlo.

Pugh, por otra parte, observó con curiosidad que cuando el toro y una de las vacas entraban en el corral, los perros se comportaban de un modo muy distinto. Un grupito de interesados hombres y muchachos, rodeaba a los animales. Las mujeres se quedaban discretamente dentro de la casa. Idwal husmeaba por el patio o se echaba en el suelo, a descansar. Sirio, en cambio, contemplaba la escena con el mismo alegre interés que los espectadores humanos. Ese interés era sin duda sexual, pues en esos momentos Sirio parecía excitado.

Pero hubo otro incidente que impresionó aún más a Pugh. Éste sospechó desde entonces que Sirio reaccionaba con tanta rapidez como cualquier hombre. Pugh había ido a la aldea con

Librodot

Idwal. Owen, el peón, araba en un campo lejano, El toro, no se sabía cómo, había logrado salir de su corral, entró en el patio, vio a Jane con un cesto de ropa, y se lanzó bufando sobre ella. Jane, una muchacha nerviosa, lanzó un grito, dejó caer la cesta, y se escurrió en el establo. El toro se entretuvo un rato en lanzar la ropa en todas direcciones y al fin se volvió y salió al camino. Sirio apareció entonces, detrás de la señora Pugh, que se asomaba prudentemente a la puerta, y se lanzó detrás del animal. No lo alcanzó sino en la carretera. Se precipitó entonces sobre él, y le clavó los dientes en la cola. El toro giró sobre sí mismo, rugiendo; pero Sirio ya lo había soltado, y ladraba en el camino. El toro corrió detrás y Sirio lo llevó de vuelta al corral. El animal estaba muy excitado, pero Sirio lo hizo correr y correr dentro del corral. Cuando el toro parecía bastante cansado, Sirio se mostraba todavía más audaz. Al fin el toro se detuvo, y Sirio se lanzó sobre él y alcanzó a morderle una pata. El toro volvió a perseguirlo, pero se agotó muy pronto. Este proceso se repitió varias veces, hasta que Sirio advirtió que las dos mujeres habían cerrado con unos alambres una brecha en el cerco. Se alejó entonces, con la cola orgullosamente en alto, dejando un toro vencido. Desde entonces Sirio no vaciló en enfrentarse con el toro o cualquier otro animal.

Poco después de este incidente Sirio hizo algo inimaginable en un superovejero.

Muchas veces se sentía desesperadamente solo. Echaba de menos a su familia, y mucho más a Plaxy. ¡Si pudiese escribirle una carta! Pero no tenía guante de escribir, ni papel. Por otra parte, nunca había podido pegar un sello de correos. Pero si encontrara un lápiz quizá pudiera borronear unas pocas palabras, sosteniéndolo con la boca. Vio una vez que Pugh sacaba una lapicera y papel de un cajón del armario de roble, y un día, mientras la señora Pugh y Jane ordeñaban, se metió en la cocina, abrió el cajón, y encontró hojas de papel, sobres, una lapicera, un tintero y un lápiz con la punta rota. Tomó una hoja de papel y un sobre. La lapicera y la tinta parecían muy complicados, y el lápiz era por ahora inútil. Se llevó el sobre y el papel a la perrera y los escondió debajo de un poco de paja.

Sólo faltaba ahora que alguien aguzara la punta del lápiz. Siempre que le era posible se metía en la cocina y miraba en el cajón. Entretanto planeaba excitado cómo escribiría la carta, y qué pondría en ella. Practicaba un poco a veces. Sosteniendo con la boca un trozo de pizarra garrapateaba en el umbral. No era fácil; se le interponía la propia nariz y no veía lo que hacía. Y muchas veces rompía la pizarra.

Al fin, luego de muchos días, descubrió que habían aguzado el lápiz. Se lo llevó a la perrera. Pasaron varios días antes que pudiera escribir su carta. Al fin logró trazar unos caracteres temblorosos: Querida Plaxy: Espero que seas feliz. Me siento muy solo, terriblemente solo. Cariños, Sirio. Escribió cuidadosamente la dirección, esperando que no le fallara la memoria, y luego plegó el papel, con muchas dificultades, y lo metió en el sobre. Lamió el borde engomado, lo cerró, y lo apretó con la pata. Había pensado en enviar la carta sin sello, pero el pensamiento de que Plaxy tendría que pagar una multa de tres peniques lo acongojó de tal modo que decidió esperar. Al fin, luego de seis semanas, aparecieron en el cajón tres sellos de medio penique. Sacó los sellos y se dedicó a la tarea de separarlos, sosteniéndolos con las patas y tironeando con los dientes. Uno de los sellos se rompió por la mitad, y el pedazo que tenía en la boca se le pegó en los dientes. Decidió pensar un poco en la posible solución del problema. Ideó un plan. Sostuvo el sobre con la pata y lamió la esquina de la derecha. Luego tomó los sellos con mucho cuidado y los puso encima del sobre, tratando de que uno quedara en la posición correcta. Como otras veces, la nariz se le interponía entre los ojos y lo que quería ver. Se alejó y observó el resultado. El sello estaba un poco torcido, y no del todo en el sobre. Lo levantó con rapidez y volvió a colocarlo. Tras una nueva inspección, lo enderezó un poco y en seguida lo apretó con la pata. Cuando pensó que la goma ya se había secado, sostuvo los sellos con una pata y tiró con los dientes del sobre, suavemente. El sobre se desprendió, con el sello intacto y parte de otro fuera del borde. Quitó

lo que sobraba con los dientes y llevó los otros sellos al cajón. Cuando regresó y miró el sobre descubrió que había pegado el sello cabeza abajo.

Ocultó la carta bajo la paja, y esperó a que lo mandaran a la aldea. Así ocurrió, varios días después. Era muy común que echara alguna carta en el buzón del correo, pero en esta ocasión la suya fue la única. Se alejó de la granja, al trote, llevando la cesta en la boca. Antes de pasar por la tienda de comestibles fue al correo, sacó la carta, y apoyándose con dos patas en el buzón la metió en la abertura.

Esto no era un espectáculo raro en la aldea. El doctor Huw Williams, que pasaba en ese momento, apenas le prestó atención. Pero al día siguiente, cuando encontró al señor Pugh, le mencionó el incidente, felicitándolo por la inteligencia del perro. Ahora bien, el granjero no había enviado ninguna carta aquel día. Se preguntó si su esposa le habría escrito a la madre de ella, que vivía en Bala, o si Jane le habría confiado a Bran una carta de amor. Esta posibilidad lo inquietó, pues aunque era amable por naturaleza, respetuoso y confiado, no había en él nada de moderno. Cuando llegó a su casa, hizo averiguaciones. La señora Pugh y Jane negaron haberle dado una carta a Bran. Pugh abrió el cajón y vio los maltratados sellos. Estalló, indignado, y acusó a su hija de clandestinidad, robo, mentira, y torpeza. Jane se defendió vigorosamente, y como su padre preguntara de quién era entonces la carta le dijo al fin que se lo preguntara a Bran.

Este sarcasmo metió una alocada idea en la mente de Pugh. Abrió otra vez el cajón y sacó el lápiz. Se veían en él las marcas de unos dientes. ¿De Bran, o de él mismo? ¡Fantástica duda!

6
El doloroso nacimiento de una personalidad

El primer año de Plaxy en el internado le pareció interminable a Sirio. Pero las vacaciones llegaron al fin. Sirio había contado los días poniendo diariamente un guijarro en un viejo cajón. Una tarde -había reunido ya bastantes pedruscos, y sólo le quedaban unos pocos días de trabajo- regresaba del páramo, con las primeras nieves en el sombrero de Pugh, y en su lomo y el de Idwal, cuando se encontró con Thomas en el patio de la granja. Se precipitó sobre él, derribándolo casi. Luego, ambos hombres se sacudieron la nieve que les cubría la ropa, y Pugh llevó a Thomas a la cocina. Sirio sabía que no debía entrar en la casa con el cuerpo y los pies sucios, pero se sacudió con fuerza y siguió a los hombres. La señora Pugh lo miró con una sonrisa indulgente.

Thomas le preguntó a Pugh si Sirio había sido un buen ovejero, y recibió una respuesta afirmativa. Sirio se había mostrado tan resistente como Idwal, y mucho más astuto y responsable. Pero no siempre tenía «los pies en la tierra». Era un tanto soñador. A veces lo había sorprendido dormitando. Y a veces, también, se le escapaban las ovejas. Parecía como si el perro «estuviese pensando en otra cosa». Pugh terminó su informe y echó una mirada significativa a Thomas. Éste cambió rápidamente de tema.

Antes de que se fuera, Pugh insistió en entregar a Thomas diez chelines, menos cuatro peniques y medio. Dijo que esta suma era el salario de Bran, con el descuento de un pequeño gasto. Pugh miró luego a Sirio y le guiñó un ojo. El perro apartó con rapidez la mirada, pero

no pudo evitar un gruñido de sorpresa y un temblor en la cola. Thomas trató de rechazar el dinero, pero Pugh insistió.

El viaje a su casa, a través de la cellisca, fue para Sirio un viaje al paraíso. Thomas explicó que había anticipado su regreso un par de días para esperar con la casa preparada la llegada de Plaxy y Giles. Tamsy y Maurice, ya a punto de graduarse, visitaban en esos días a unos amigos.

Sirio relató algunas de sus experiencias.

-Sé que esto me ha hecho bien -concluyó-, pero no aguantaría, me parece, mucho más. La soledad me enloquecería. No se puede hablar, no hay libros, ni música. Y ahí está ese mundo enorme y desconocido que espera fuera de la granja. Plaxy me superará muy pronto.

Este discursito sorprendió al escasamente imaginativo Thomas.

-Oh, no será tan malo como dices -replicó con cautela-. De cualquier modo, volveremos sobre esto. Sirio advirtió que el doctor estaba un poco desilusionado. El asunto podía traerle algunas dificultades. Elizabeth lo recibió como a uno de sus propios hijos, besándolo y abrazándolo. Sirio no se mostró tan ruidoso como en otro tiempo, pero lanzó un trémulo gemido de dolorosa alegría.

A la mañana siguiente llegó Giles, y por la noche, Plaxy. Thomas fue en coche a la estación a recibirla, con Sirio a su lado. Una muchacha de largas piernas, que vestía chaqueta y sombrero de colegio, bajó del tren y se acercó al coche. Besó a Thomas, con ese distante afecto de siempre, y luego se arrodilló para besar a Sirio.

-Recibí tu carta -susurró-, pero no podía contestarla, ¿verdad?

Sirio, aunque la voz de Plaxy lo deleitó, sintió cierta inquietud. La muchacha parecía haber cambiado. -Por supuesto -dijo.

En el principio de sus vacaciones, le alegró sobre todo encontrarse otra vez en el hogar. No prestó atención, casi, a los dos hechos importantes que ya había adivinado: Thomas no le permitiría interrumpir su carrera de ovejero, y Plaxy no era la misma. Durante una semana se contentó con vivir la antigua rutina familiar, que aunque no del todo armoniosa, ofrecía la interesante posibilidad de disfrutar de la vida en común. Los Trelone conversaban mucho, y Sirio, después de su prolongado aislamiento, necesitaba de esas conversaciones. Se hicieron algunos largos paseos, a Moelwyn, los Rhinogs, Arenig. Pero Sirio ansiaba sobre todo la vida casera, con libros, música, charlas, y otras ocupaciones semejantes.

Luego de unos días de intensa vida social, Sirio reanudó sus aficiones privadas. Leía todo lo posible, y disfrutaba experimentando los placeres de la música y el arte del olfato. Reunía con este fin diversos materiales con olores intensos y significativos y los mezclaba en un recipiente. Otras veces, bajo la mirada divertida de la familia, disponía sus materiales en un ordenado reguero, que seguía la senda del jardín, y lo recorría luego de un extremo a otro con un raro canturreo que no era humano ni canino. Luego de estas aventuras olfatorias se mostraba a menudo silencioso y remoto. En ciertas ocasiones parecía despertar en él el instinto de cazador, pues desaparecía durante algunas horas y volvía fatigado y sucio. No pocas veces traía un conejo o una liebre, o aun un pato o una perdiz, que llevaba a la cocina. Pero muy a menudo no traía nada, y parecía que se había atiborrado a solas.

No empleaba todo su tiempo en estas ocupaciones. Las relaciones humanas, y sobre todo Plaxy, lo atraían más que antes. Comprendió poco a poco, en los paseos con su amiga, que la intimidad que en otro tiempo nacía espontáneamente entre ellos, era cada vez más rara. A veces, parecía, no sabían qué decirse. Si Plaxy hablaba de la vida del colegio, Sirio se aburría, y lo mismo la muchacha cuando el perro recordaba el pasado. Sirio había esperado que Plaxy se mostrara muy superior a él, no sólo en asuntos de colegio, sino también en la vida de la mente. Pero no era así. La joven sólo quería hablar, parecía, de sus compañeros de estudio y sus amores y odios, y de los profesores, masculinos y femeninos, que eran tan importantes en

su nueva vida. Cuando Sirio le pidió que le enseñara algunas de las maravillas que sin duda había aprendido, la joven le prometió que lo haría, más tarde, pero siempre encontró alguna excusa para nuevas postergaciones. Al fin ya no hubo excusa posible. Plaxy echada en un sillón acariciaba al gato Smut, que ronroneaba a todo vapor, cuando Sirio, con una sed de conocimientos más insistente que discriminatoria, le pidió que le hablase del parlamento de Carlos 11. Acorralada, Plaxy farfulló:

-Oh, dejemos eso. Estoy de vacaciones. Sirio no insistió.

No se querían menos. Al contrario, deseaban realmente estar juntos, pero algo los separaba, y de cuando en cuando asomaba entre ellos una abierta hostilidad. Plaxy, por ejemplo, acariciaba a veces ostentosamente a Smut, llamándolo «mi pantera negra», y diciendo de sí misma que era una bruja, aficionada a los gatos negros, y enemiga de los perros desmañados. Pero esta hostilidad era menos frecuente que ciertas demostraciones de cariño, débiles y torpes. Muy a menudo, Plaxy exhibía ante Sirio una timidez de doncella. Sirio emitía por ejemplo la familiar melodía urinaria y le sorprendía que Plaxy se resistiese a responder con la antiestrofa. Esta timidez, aunque pasajera, aumentaba cuando el perro más la atraía. Se alejaba de él como reaccionando contra su propio cariño. Pero Sirio, más consciente de este alejamiento, lo atribuía a que Plaxy lo había aventajado, no sólo en conocimientos, sino también en experiencia. Sin embargo, en alguna oportunidad Plaxy se burló de Sirio, porque sólo le interesaba el estudio, y el perro se preguntó si en verdad su amiga no habría quedado atrás. Sirio había desarrollado una verdadera pasión por el estudio. Ansiaba desvelar todos los secretos del universo, y entender el milagro de la naturaleza humana, y hasta el de su propia y singular naturaleza. El recuerdo de los áridos meses pasados en la granja de Pugh, y la idea de los que aún vendrían, le hacían desear aún más no sólo alguna compañía inteligente, sino una vida plenamente intelectual. Quizás ansiaba demostrar, con tanta urgencia, que las regiones más elevadas del espíritu no estaban fuera de su alcance.

En estas mismas vacaciones las diferencias que separaban a Sirio y Plaxy en la esfera de la visión tomaron nueva forma, con efectos más perturbadores. A Plaxy siempre le habían interesado las formas y colores, desilusionándose, y hasta exasperándose, cuando advertía que Sirio no compartía su entusiasmo. En cierta ocasión lo invitó inocentemente a que admirase la dorada elegancia de su propio brazo. La reacción de Sirio, en estos casos, era siempre superficial. El sentido de la vista no le había abierto nunca las puertas del paraíso. El brazo de Plaxy le inspiró sólo estas palabras:

-Sí, qué herramienta útil. Y huele bien.

La caja de pinturas había sido para Plaxy desde la niñez uno de sus juguetes favoritos. Yla profesora del colegio había elogiado a menudo su talento de dibujante. En estas vacaciones se pasaba las horas, de muy buena gana, mirando reproducciones de cuadros famosos y hablando de arte con Elizabeth. Pero le interesaba todavía más dibujar innumerables figuras femeninas o pintar el paisaje de los Rhinogs, tal como se veía desde la ventana de su cuarto. Tanto alboroto a propósito de la apariencia de las cosas aburría a Sirio. Había tratado de desarrollar en su mente el gusto por la pintura, pero había fracasado. El interés creciente de Plaxy agravaba el problema. Si no prestaba atención a las creaciones de la muchacha, la desilusionaba. Si las alababa, provocaba su enojo, pues Plaxy sabía muy bien que él no podía apreciar la pintura. El entusiasmo de Plaxy por este arte era en verdad, en el fondo, una protesta contra Sirio. Así se torturaban las dos criaturas, ajenas y profundamente unidas a la vez.

A medida que se acercaba el fin de las vacaciones, el futuro preocupaba cada vez más a Sirio. Abordaba cuando podía a Thomas, pero éste eludía siempre el tema. Llegó al fin para Plaxy el día de volver al colegio, y se sobreentendió que Sirio iría a Caer Blai. En el momento de la despedida, Plaxy le pidió que regresara a su trabajo sin hacer escenas, y le explicó que

Librodot

también a ella le molestaba irse. Pero Sirio advirtió, en la voz y el cosquilleante olor de su amiga, que había en ella algo de alegría y excitación. En cambio él... bueno, descubrió sorprendido que también se sentía un poco contento. Le alegraba dejar esa bruma que se había interpuesto entre él y Plaxy, y que le nublaba de algún modo toda su amada vida hogareña. ¿Qué era eso? ¿Por qué esa sensación de distancia? ¿Qué lo apartaba una y otra vez de las cosas más queridas? ¿Preferiría en verdad una estúpida y fragante compañera de su propia especie a estos pestilentes seres humanos? ¿O necesitaba algo más? Se despidió de Plaxy aparentemente apenado. Ella no pudo adivinar que en ese momento otro Sirio, un Sirio desconocido, disimulaba sus bostezos. La compañía de la joven lo aburría, y además le desagradaba su olor.

Siguió una época horrible, de duras tareas. Los perros trabajaban incesantemente para impedir que las ovejas subieran a las alturas, escapando a la nieve. Cada vez que parecía inminente una nevada, había que acompañarlas hasta el anochecer. A veces, nevaba de repente, por la noche, y entonces, al alba, perros y hombres debían subir a las cumbres y rescatar el rebaño. Hay por lo general menos nieve en Gales que en los distritos montañosos del norte, pero la crudeza de aquel invierno puso a animales y hombres en peligro. La nieve sepultaba a veces las ovejas. Sólo el olfato de un perro podía descubrirlas entonces, y para desenterrarlas había que recurrir a las palas. En ocasiones la nieve cubría todos los pastizales, altos y bajos. Si la capa blanca no se endurecía demasiado, las ovejas la removían con las patas y ramoneaban el pasto. Pero si luego de un deshielo sobrevenía una helada, la superficie de la nieve se endurecía de tal modo que era necesario recurrir al heno. De este trabajo se encargaban Pugh y su ayudante, con el carro y la vieja yegua. Pero se esperaba que los perros, como superperros que eran, informasen acerca del estado de la nieve. Si ésta se endurecía corrían a la casa, rascaban el piso, y gemían a los pies de Pugh.

Cuando Sirio se encontraba sólo en las colinas, en las albas invernales, estudiando la nieve y buscando ovejas en apuros, el paisaje se le aparecía a veces como una terrorífica imagen de la vida. La universal alfombra de nieve, la bruma de móviles copos, las ovejas desdichadas y sombrías que removían el suelo buscando algún alimento, el aire helado entre sus propias fauces, todo sugería que el mundo era realmente así, y el fuego acogedor y las amables conversaciones en Garth sólo raros accidentes, o simples sueños. «El mundo entero», repetía, «es un triste accidente, con unos pocos y agradables accidentes menores aquí y allá.» Sólo más tarde aprendería que había cosas peores en el mundo que aquellas noches de tormenta, que terminaban con una comida y un cómodo lecho, peores aún que su amarga soledad de Caer Blai, y que no había nada más horrible que algunas obras de los hombres. Era preferible, quizá, que no advirtiese aún la hondura de la insensatez e impiedad humanas, pues se hubiese vuelto en seguida contra la especie dominante. Atribuía en ese entonces todas las maldades a accidentes, o al «destino», y hasta se complacía en advertir la indiferencia del hado. Regresaba un día atravesando los campos nevados -así me lo contó mucho después- cuando en una suerte de visión interior el hombre se le apareció como un cruzado heroico, en lucha contra el destino cruel o indiferente; el mundo entero parecía querer gozar del combate antes que llegara el final. Y se vio a sí mismo como un solitario puesto de avanzada. La victoria era imposible, y no había otra recompensa que la alegría de la lucha. Pero al día siguiente su talante había cambiado, y el valiente protagonista aceptaba ahora divertido su pequeñez e impotencia.

Antes de la temporada de cría, Pugh quitó a todas las ovejas los tupidos mechones de lana que les cubrían las ubres. Esto aumentaba bastante el trabajo de hombres y perros, pero más fatigosos aún eran los días de la parición. Sin embargo, había para Idwal y Sirio muchos momentos de ocio. Pugh pronto notó que Bran se interesaba mucho más que los perros comunes, y aun que los superperros, en el proceso del parto, y pensó una vez más que era en

Librodot

verdad una especie de hombre-perro. Gradualmente, había adquirido la costumbre de darle órdenes bastante minuciosas en inglés, y Bran las seguía con exactitud. No sabía aún que el perro hablaba, y no confiaba a nadie sus ideas sobre el fenómeno, pero lo trataba cada vez más como un ayudante, un ayudante inteligente, responsable, y hábil, aunque sin manos. Las triquiñuelas de Sirio para llevar y traer cosas, verter líquidos de latas y botellas, no lograban compensar esa falta lamentable. Podía guiar a Mab, la vieja yegua, con cualquiera de los carros; pero era incapaz de roturar la tierra, cargar nabos, heno o estiércol, o uncir a Mab; las hebillas lo derrotaban.

El año escolar llegó a su fin y Elizabeth fue a buscarlo. El pensamiento de qué haría Pugh sin él -lo que aumentaba su propia importancia- debilitó un poco la alegría de Sirio.

Durante esas vacaciones se dedicó preferentemente a tareas intelectuales. Sometiéndose a un notable esfuerzo visual se sumergió en el Esquema de la historia universal y La ciencia de la vida de Wells, y convenció a los miembros de la familia de que le leyeran en voz alta poemas y pasajes bíblicos. Era muy sensible al ritmo del verso y la prosa, y, por supuesto, a la cualidad musical de las palabras; pero vastas extensiones de la literatura carecían para él de significado, salvo como música verbal, pues no despertaban ecos en su experiencia, ni en su subconsciente canino. El culto de la personalidad lo obsesionó un tiempo en Browning. Luego se interesó de modo más duradero en lo que llamaba «la poesía del yo y el universo». En cierto momento Hardy lo fascinó. Los primeros trabajos de Eliot lo embriagaron. Aquellos nuevos ritmos parecían preparar una nueva visión. El poeta enfrentaría más tarde, sin duda, los males mayores del mundo. Pero la visión no llegó nunca, y en su lugar apareció la ortodoxia. Sirio anhelaba esa visión, y esperaba recibirla de los modernos más jóvenes, pero aunque él era más joven aún, la obra de esos escritores carecía para él de significado.

La música lo satisfizo siempre más que la poesía. Pero la música humana, tan ajena a su sensibilidad, lo torturaba. Debía elegir entre dos males: o expresarse sinceramente, pero con un arte solitario, que no apreciarían ni los hombres ni los perros, o renegar de su preciada sensibilidad canina, en nombre de la hermandad que lo unía a los hombres. Para esto debería disciplinarse y adoptar las groseras técnicas humanas, expresándose así de algún modo con un lenguaje musical ajeno.

En esa época su relación con Plaxy no era muy armoniosa. A Sirio le interesaba sobre todo la vida de la mente, y Plaxy, en cambio, no pensaba en otra cosa que en las relaciones personales. Los amores y odios vividos en el colegio eran mucho más importantes para la joven que los libros. Y el ambiente del colegio era muy distinto de la dura y penosa vida en la granja. Podía haberse esperado que, en circunstancias semejantes, la muchacha y el perro encontrarían muy pocas cosas comunes. En verdad, en la superficie, eran bastante pocas. Se paseaban muchas veces en silencio, persiguiendo cada uno sus propias ideas. A veces uno u otro se ponía a hablar, y unos breves comentarios de simpatía puntuaban el soliloquio. Pero en realidad el oyente no entendía nada, o casi nada. Esta mutua incomprensión provocaba de cuando en cuando algún exasperado estallido.

Plaxy solía defenderse de estas frustraciones mostrándose a veces sutilmente cruel, aunque a menudo de modo inconsciente. Por ejemplo, cuando sentía que Sirio la dominaba, las peleas perdían de pronto todo matiz afectuoso. Plaxy le retorcía una oreja a Sirio, ciegamente, o le apretaba demasiado la boca. Luego, al comprender que lo había lastimado, se disculpaba entristecida. Pero sus zarpazos eran sobre todo mentales. En una ocasión bajaban al valle durante una brillante puesta de sol y Plaxy, profundamente emocionada ante aquel amotinamiento de rojos y dorados, azules y verdes, dijo sin detenerse a pensar que su compañero, ciego a los colores, podía sentirse herido:

-Las puestas de sol en los cuadros son muy aburridas, pero sólo los patanes y los idiotas no se emocionan con estas puestas reales.

Librodot

Pero aparte esta rara exhibición de garras, casi siempre irreflexiva, Plaxy se mostraba cariñosa con Sirio, aunque en secreto deseara alejarse de él. Se respetaban realmente y les alegraba estar juntos. A pesar de sus diferencias, estos dos seres, de raíces tan entrelazadas, se necesitaban mutuamente, y encontraban alguna vez un tema que interesaba a ambos. A los dos, por ejemplo, les intrigaba de igual modo su propia naturaleza. Los dos, aunque por motivos muy distintos, se rebelaban contra las nociones científicas que les inculcaban en el hogar, y según las cuales una persona no es más que la manifestación psíquica de un organismo muy complejo. Plaxy sentía que la persona era lo más real. Sirio comprendía, más que antes, que su cuerpo canino nunca podría ser expresión de un espíritu supercanino. La palabra «espíritu» le parecía resumir lo que la ciencia dejaba de lado. Pero no la entendían del mismo modo. En Plaxy influían las ideas de una profesora del colegio, por la que sentía una gran admiración. Esa joven, muy inteligente y sensible, enseñaba biología, pero era también una aficionada a las letras. Plaxy opinaba ahora que, sin negar importancia a la ciencia, no era posible alcanzar una vida mental plena sin el auxilio de la literatura. La joven profesora le había dicho una vez:

-Debería creer, supongo, que Shakespeare no fue más que un mamífero altamente desarrollado, pero en verdad no puedo creerlo. En algún sentido fue... bueno, un espíritu.

En esta afirmación se basaron, primero Plaxy y luego Sirio, para juguetear con la palabra «espíritu».

El futuro preocupaba cada vez más al joven perro. La cría de ovejas no carecía de interés, ahora que ayudaba a Pugh de un modo casi humano. Pero no estaba hecho para eso. ¿Para qué estaba hecho? ¿Estaba hecho para algo? Recordó su desolada impresión, en los páramos cubiertos de nieve: el mundo no era más que un accidente sin sentido. Ahora, quién sabe por qué, no podía creerlo. Sin embargo, el sabio Thomas decía que nadie era para nada, que simplemente era. Pues bien, ¿qué podía ser una criatura singular como él, un puro fenómeno? ¿Cómo podría descubrir la paz de la mente, y el espíritu? Thomas afirmaba que no había por qué preocuparse. Le había trazado un hermoso programa.

Una noche, aprovechando que los demás se habían ido a dormir, hombre y perro se quedaron en la sala, enfrascados en una de aquellas largas conversaciones que tanto contribuyeron a la educación de Sirio. Instalados ante el fuego, Thomas en una de las poltronas, y Sirio cómodamente echado en el sofá, habían estado hablando de los trabajos en el laboratorio, y de las últimas teorías sobre localizaciones cerebrales. Thomas se sintió orgulloso de la inteligencia del perro, y así se lo dijo. Luego de una pausa en que se lamió, distraído, una pata, mientras contemplaba el fuego, Sirio preguntó:

-Incluso de acuerdo con las normas humanas soy bastante inteligente, ¿verdad?

-Por cierto que sí -fue la rápida respuesta. -¿Sabe? -continuó Sirio-, me parece que no sé pensar. Las ideas se me escapan. Empiezo a pensar en algo y despierto de pronto con una sacudida, pensando en otra cosa. Y muchas veces no recuerdo cuál fue el primer tema. Es aterrador. ¿Estaré enloqueciendo?

Es como... como seguir la pista de un conejo y ser desviado por una liebre, y perseguir luego un zorro, y encontrarse de pronto a orillas de un río, sin nada. Entonces uno se pregunta: ¿Cómo demonios llegué aquí? Los seres humanos no piensan de ese modo, ¿no es cierto?

Thomas rió complacido.

-¿Lo crees? -dijo-. Yo por lo menos pienso de ese modo, y mis poderes de concentración son bastante grandes.

Sirio suspiró aliviado, pero prosiguió diciendo: -Hay otra cosa. A veces sigo un pensamiento de un lado a otro, de arriba abajo, pero sin apartar mi nariz cerebral de la pista. Y de pronto, encuentro que... bueno, que el tiempo ha cambiado, y que todo es distinto. Antes

había calor y luz, ahora frío y humedad. No, peor aún. Era un zorro, y ahora es un gato, o una vaca torpe, o un horrible tigre de circo. Aunque no, alrededor todo es igual. Yo he cambiado. Necesitaba algo con desesperación, y ahora no lo necesito más. Hay un yo enteramente distinto. Y esto es también aterrador.

Thomas lo tranquilizó.

-No te preocupes, muchacho -dijo-. Eres en verdad un poco complicado y no se te puede reducir a una fórmula.

Sirio se lamió otra vez la pata, y luego se interrumpió para decir:

-¿Entonces soy realmente una persona, no un animal de laboratorio?

-Claro -respondió Thomas- y una excelente persona, además. Y un buen compañero para esta persona... En realidad, mi mejor compañero, aparte de uno o dos colegas.

-Y Elizabeth, supongo -agregó Sirio.

-Sí, pero eso es otra cosa. Hablo de la relación de hombre a hombre.

Sirio alzó las orejas al oír la frase. Thomas se rió. -Y entonces -le dijo el perro- ¿por qué hacerme aprender un trabajo subhumano, que me deshumanizará?

-Mi querido Sirio -replicó Thomas algo acalorado-, ya hemos discutido eso, pero trataré de aclarártelo de una vez por todas. Tienes una inteligencia humana de primera clase, es indiscutible, pero no eres un hombre, sino un perro. ¿Para qué adiestrarte en un oficio humano que no podrás desempeñar? Pero es importante, a la vez, que desarrolles alguna actividad seria, hasta que vengas con nosotros a Cambridge. No tienes que imitar al hombre. Eres un superperro. La vida en la granja te hará mucho bien. Recuerda que aún no tienes diecisiete años. No hay prisa. Tu ritmo propio es el de Plaxy, no el de Idwal. Si creces demasiado rápidamente, te fosilizarás también rápidamente. Sigue con las ovejas. Ese trabajo puede enseñarte mucho, si te dedicas a él. Cuando vengas a trabajar con nosotros, en el laboratorio, queremos que hayas pasado por todas las experiencias de un perro formal.

«Maldito sea el laboratorio», se dijo Sirio interiormente, y luego añadió en voz alta:

-Me he dedicado al trabajo, realmente. No es ya, en verdad, el trabajo común de un ovejero. Pugh me encomienda muchas tareas propias de un hombre. Sabe que soy distinto de Idwal. Pero... bueno, esa clase de trabajo, aunque requiera una inteligencia humana, embota el cerebro. Y mi cerebro... soy yo. No soy un hombre, pero tampoco un can. En esencia soy como usted. Tengo una vestidura canina, es cierto, pero soy también un... -hizo una pausa y miró cautelosamente a Thomas- un espíritu, como usted.

Thomas lanzó un bufido, y Sirio advirtió que el olor del hombre se hacía muy agrio.

-¿Por qué usas esa palabra sin sentido? -dijo Thomas en el tono de un padre liberal que regaña a su hijo por haber dicho algo «grosero»-. Y otra cosa, ¿quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

Sirio no contestó a la última pregunta.

-Hay en mí algo que no es mi cuerpo -dijo-. Si usted tuviese una forma canina, me entendería mejor. Se sentiría como alguien que pretende escribir con una máquina de coser, o hacer música con una máquina de escribir. No confundiría la máquina de coser con usted, con usted mismo.

-Entiendo -dijo Thomas-, pero no hay conflicto entre tu espíritu y tu cuerpo canino, sino entre la parte canina de tu cuerpo y la supercanina.

Durante un minuto el silencio reinó en la habitación. Luego Sirio bostezó y sintió en la lengua el calor del fuego.

-La explicación parece justa -dijo-. Y sin embargo, aunque soy muy joven, y además un perro, olfateo un error. Las tonterías sobre el alma que nos endilgan los curas son algo semejante... El reverendo Davies, por ejemplo, nos visitó en una ocasión y trató de convertirlo a usted al metodismo. Usted por su parte trataba de inculcarle un poco de ciencia. ¿Recuerda?

El reverendo me sorprendió, yo lo miraba con un interés excesivo, y dijo que yo parecía más fácil de convencer que usted. Era una lástima, casi, que Dios no me hubiera dado un alma, pues entonces hubiera podido salvarme.

Thomas sonrió y se incorporó para irse a la cama. Pasó ante Sirio y le tironeó cariñosamente las orejas diciendo:

-Oh, bueno. Tu trabajo es el espíritu. -Lo dijo con suavidad y respeto, pero Sirio notó claramente un leve tono de burla. Luego de una pausa añadió, sarcástico, pero amable:- Habrá que buscarte un colegio de teología.

Sirio lanzó un indignado bufido.

-No, no quiero ese antiguo opio de la religión. Pero tampoco el nuevo opio de la ciencia. Quiero la verdad. -Y comprendiendo que había dicho algo inconveniente, le tocó la mano a Thomas.-Me parece que no es esto lo que esperan de mí, pero si soy realmente una persona parece casi inevitable. ¿Por qué me hizo sin proporcionarme a la vez un mundo apropiado? Es como si Dios hubiera creado a Adán olvidándose del Edén y de Eva. Creo que me costará ser yo mismo.

Thomas puso una mano sobre la cabeza del perro. Los dos se quedaron mirando el fuego agonizante. El hombre dijo al fin:

-Eres más que un perro, sí, y yo soy el único culpable. Mi intervención despertó en ti «el espíritu», como tú dices. Haré por ti lo que pueda, te lo prometo. Ahora, a la cama.

7
El lobo Sirio

Thomas convenció a Sirio asegurándole, con maquiavélica sutileza, que un año completo con Pugh le serviría de inestimable «adiestramiento espiritual». Y así fue. Era aquella una existencia espartana, ascética, pues Sirio se sometía a las condiciones de vida del ovejero común. Muchas veces, hombres y perros volvían del trabajo mortalmente fatigados, y sólo tenían fuerzas para comer y echarse a dormir. Pero otros días las tareas exigían casi siempre manos humanas. Sirio fingía dormir entonces, pero en verdad pensaba desesperadamente -aunque con poco éxito- en el hombre y en sí mismo, y en el espíritu que animaba a ambos.

Ahora que Pugh conocía las habilidades de Sirio, Thomas dispuso que en ese último año Sirio trabajara con un horario aproximadamente regular, como un peón humano. De ese modo podría ir todos los días a Garth y dedicarse al estudio. La palabra «estudio», naturalmente, no se mencionó, pero Pugh aceptó con un guiño de persona enterada.

Las expediciones a las altas colinas se tornaban cada vez más difíciles para el maduro galés, que empezó a descargar sus responsabilidades en Sirio. Le pidió al talabartero que hiciese dos sacos de cuero que pudieran ajustarse con unas correas a los flancos del animal, y puso en ellos lociones, medicinas, vendas... Ahora Sirio podía alejarse y cuidar a los animales enfermos sin que Pugh lo acompañara. Partía con Idwal, que ya lo aceptaba como jefe, y se pasaba el día inspeccionando el rebaño. Después de rodear a un grupo de ovejas en algún páramo remoto, Sirio buscaba heridas en las patas, o gusaneras. Todo animal que pareciese inquieto o que intentara morderse el lomo podía estar enfermo. Sirio era suficientemente humano, y le desagradaba descubrir las llagas con los dientes y limpiar la herida con la lengua, pero había que hacerlo. No descuidando la vigilancia, y atacando los primeros síntomas, logró reducir a un mínimo los casos graves. Muy pocas veces se encontraba con

animales echados en el suelo, que no rumiaban ni dormían, y con heridas que eran un hervidero de gusanos. En estos casos sólo un hombre podía salvarles la vida. Pugh, olvidé decirlo, había puesto los ungüentos y medicinas en frascos con tapa de presión que Sirio podía abrir sin dificultad.

Cuando llegó la temporada de la esquila, los perros trajeron a todo el rebaño en grupos a los corrales. Allí esperaba la media docena de esquiladores que recorría el distrito. La tarea de la esquila requería por supuesto manos humanas, o algún artificio mecánico, y Sirio observaba la tarea durante horas, fascinado y triste. Las ovejas, acurrucadas entre las rodillas de los hombres, forcejeaban a veces, cuando las tijeras les mordían la piel. Aparecían entonces unas manchitas rojas en la crema de la lana interior; pero comúnmente las tijeras quitaban la lana a los animales como si estuviesen desnudándolos. El brillante interior del vellón se desenrollaba sobre la lana sucia de la superficie como una ola de leche. Terminada la operación, el desnudo y anguloso animal se alejaba brincando y balando, desconcertado.

En los últimos meses de su año con Pugh, Sirio se dedicó casi exclusivamente a trabajar, pero sintiéndose en su interior excitado e inquieto. Le alegraba librarse de aquella esclavitud, y sin embargo, y a pesar suyo, lo lamentaba. El trabajo había llegado a interesarle, y sentía además verdadero afecto por Pugh. Abandonarlo, le parecía una maldad. Y aunque Cambridge sería para él un mundo nuevo, y la posibilidad de muchos contactos humanos, tenía bastante imaginación como para pensar que la vida ciudadana quizá no le conviniese.

Había en él otro conflicto, mucho más hondo, y cada vez más perturbador. El de sus relaciones con la especie dominante del planeta. El hombre y él, no podía olvidarlo, eran polos opuestos, y a la vez idénticos. En ese entonces el problema no le parecía tan claro. Pero si el biógrafo quiere exponer aquí aquella oscura congoja, casi siempre inarticulada, debe hacerlo con una claridad que Sirio no había alcanzado. Los hombres eran muchos, y él único. Los hombres hollaban la tierra desde hacía millones de años, y ahora la dominaban por completo. ¿Y él? Como toda la raza canina era un producto de la inteligencia humana. Sólo el lobo parecía independiente, aunque era ahora una reliquia romántica que el hombre no temería nunca. Poco a poco, a lo largo de un millón de años, la raza humana había desarrollado una cierta forma de vida. Su punto más alto era la civilización moderna. Las envidiables manos del hombre habían levantado toscos refugios en la floresta, y luego chozas, casas de piedra, ciudades. Auxiliadas por un ojo penetrante, habían fabricado microscopios, acorazados, aviones, descubriendo los secretos del electrón y las galaxias. Habían escrito millones de libros, que el hombre podía leer con la facilidad con que él seguía un rastro en la mañana húmeda. Él mismo tendría que leer algunos, pues en ellos estaba la verdad, o parte de la verdad. Pero con sus patas tan torpes y su vista imperfecta nunca podría satisfacer los anhelos de su cerebro, el cerebro que le había dado Thomas. Lo que había en él de mayor valor se lo debía a los hombres. Todo lo que sabía, ellos se lo habían enseñado. ¡Su amor al arte, la sabiduría, las «humanidades»! ¡Cielos! ¡Si esa sabiduría se encontrara en las «caninidades»! No podía concebir otro objetivo que el de ayudar, de algún modo minúsculo, a la gran empresa humana: como perro ovejero, o -como deseaba Thomas- pieza de museo e investigador de décima categoría. No había para él otra sabiduría que la del hombre, una sabiduría ajena, ni otro amor que el de esas criaturas tan infinitamente extrañas. ¿Produciría Thomas, alguna vez, otros seres como él, criaturas que él pudiera amar? Pero serían demasiado jóvenes...

El amor que conocía lo había aprendido también de los hombres; manos que protegían y acariciaban, voces tiernas y consoladoras. Su madre adoptiva, en quien había confiado, y a quien había reverenciado caninamente, lo había querido como a un hijo, o con una pequeña diferencia que él, Sirio, hubiera podido descubrir, pero no ella, ni Plaxy. No era, realmente, una diferencia de amor, sino de atracción materna animal. Y luego Thomas... Sí, Thomas

Librodot

también lo había querido, pero de otro modo, como a un compañero inteligente, «de hombre a hombre». Pero el gran amor de Thomas era la ciencia. No vacilaría quizás en someter a su criatura a cualquier tortura física o mental si así lo exigía el progreso o su propio trabajo. Pero esto era inevitable. Dios mismo, si existía, sería así. ¿Sería así? ¿Sería así, de veras? De cualquier modo él, Sirio, podía entender esa actitud. La esencia del amor, la dependencia mutua, la vida común, no las había encontrado en Elizabeth o en Thomas, sino en Plaxy. Y sin embargo, curiosamente, era Plaxy quien despertaba en él el deseo de rebelarse contra el dominio del hombre.

En aquel verano recordó muchas veces sus relaciones con Plaxy. Cuando se encontraron otra vez, advirtió que el tiempo y la diferencia de ambientes habían ahondado todavía más la vieja brecha. Aún se necesitaban y atraían, pero el curso de sus vidas continuaba separándolos. ¡Qué raras eran, en verdad, sus relaciones con la muchacha! Tan separados, y tan unidos a la vez en el tiempo y el espíritu. Divergían ahora como dos estrellas que se han encontrado en el espacio y se alejan luego hacia polos opuestos del cielo. ¡Cuánto la amaba, y cuánto la odiaba a la vez!

El olor de Plaxy lo atraía a veces, aunque no de modo natural como el olor de una perra. En la naturaleza, en el bosque, el olor humano característico le hubiera parecido desagradable, como la pestilencia del mandril. El olor de Plaxy le parecía atrayente, pero era en verdad un gusto adquirido. Aunque hacía tanto tiempo que parecía en él una segunda naturaleza. El olor embriagador e irresistible de una perra podía apartarlo en cualquier momento de Plaxy, pero siempre volvía a su amiga. Ella sería siempre el centro de su existencia, y recíprocamente. Plaxy lo sabía muy bien. Sin embargo, sus vidas se apartarían sin remedio. No había para ellos futuro común. Ya ahora, cuán aburridor era su parloteo de colegiala, ¡qué fatigosos sus romances inconclusos! ¿Por qué tendrían los hombres esa ridícula actitud hacia el sexo? ¡Qué desagradable! ¡Yesos implacables perfumes artificiales que usaba ahora, y que encubrían perversamente su olor natural, tan atrayente!

Aunque en algunos momentos ese mismo olor le era insoportable. Todos los seres humanos le parecían entonces hediondos, pero su amada Plaxy más que ninguno. A veces, echado en el patio, esperando órdenes, miraba cómo el gallo cubría a alguna integrante de su harén, o a un peón que revolvía el estiércol, o a Jane que partía endomingada rumbo a Dolgelly, o a la señora Pugh que traía baldes de leche del corral... Meditaba mientras tanto en sus sentimientos hacia la raza humana, y se preguntaba por qué fluctuarían entre la adoración y el resentimiento despectivo. Reconocía que la especie que lo había producido (divirtiéndose un poco, quizá) lo trataba bastante bien. Los ejemplares conocidos eran en general bondadosos. Sin embargo, no dejaba de sentirse esclavo. Incluso Pugh, que era indiscutiblemente un buen hombre, trataba a los perros como cosas. Si se le cruzaban en el camino los apartaba a puntapiés; con cariño, era cierto, pero aun así resultaba exasperante. Y la gente de la aldea... Siempre había alguno que le propinaba un furtivo puntapié; bastaba que Pugh no estuviese mirando. Sirio creyó al principio que eran enemigos de Pugh o Thomas; pero no, daban rienda suelta a una ira secreta golpeando algo vivo que no podía contestarles. La mayoría de los perros había aprendido a recibir dócilmente estos golpes, pero Sirio sorprendía a menudo a sus atacantes con alguna enérgica represalia.

El incipiente desprecio de Sirio hacia los seres humanos tenía también otras causas. Como pensaban que era «sólo un animal», se desnudaban ante él por completo. En presencia de algún otro hombre, seguían las normas aceptadas, y se indignaban al descubrir alguna infracción. Pero si pensaban que nadie los veía, caían en las mismas transgresiones. Por supuesto, podía esperarse que en presencia de Sirio se escarbarían la nariz -y cómo lo divertían las muecas inconscientes-, y otras cosas parecidas. Pero lo que más indignaba a Sirio era la insinceridad. La señora Pugh, por ejemplo, que lamía a veces las cucharas en lugar de

lavarlas, regañaba indignada a su hija por hacer precisamente lo mismo. El peón Rhys, asiduo concurrente a la iglesia, y severísimo en cuestiones sexuales, no vacilaba cuando se creía solo en aliviar de algún modo la tumescencia sexual. Sirio no criticaba la conducta del hombre, pero su hipocresía le repugnaba.

Esa falta de sinceridad, pensó, era quizá causa principal de aquella cólera y hasta aquella repugnancia física que a veces parecían dominarlo. Sentía entonces el olor humano como un hedor intolerable. Reconoció al fin en esa repugnancia, el despertar de su «naturaleza de lobo», como él decía. En esos momentos los olores perdían su significado habitual, y sólo sentía deleite u horror. Si estaba dentro de la casa huía de su hedor opresivo y se limpiaba la nariz, con profundas inspiraciones, en el fragante aire de los páramos. Su odio al hombre era entonces enorme. Se metía en algún torrente para librarse de la corrupción, o se revolcaba en el dulce estiércol. Luego se iba de caza, eludiendo a los seres humanos, sintiendo de modo irracional la enemiga presencia de la mano del hombre. A veces cazaba un conejo, menos a menudo una liebre montañesa. El golpe de las mandíbulas al cerrarse sobre el espinazo, la carne elástica, la sangre que le inundaba la boca... lo embriagaban como el alcohol. Sentía que la sangre de la víctima le lavaba el espíritu, lo libraba al fin de toda huella humana: el afán de riquezas, el sucio manoseo de cosas, criaturas y mentes. Al diablo con la sabiduría, el amor, y las paparruchas de la cultura. La vida era cacería, persecución, arrebato; un grito agudo, carne devorada, y huesos triturados. Luego unos sorbos de agua, y echarse al sol del páramo, a solas, en paz.

Durante su último mes con Pugh, Sirio pasó rápidamente por todos los humores. A veces sólo vivía para vigilar a las ovejas, otras añoraba la vida de la mente, y de pronto sentía la embestida de su naturaleza lobuna.

Un día, después de atender a algunos animales enfermos, sintió que el acre olor de las medicinas lo enloquecía. ¿Por qué había de ser el criado de esos tontos rumiantes? El lobo asomó nuevamente. Era una tarde libre y hubiera debido ir a Garth, a leer. Pero se internó en las colinas, y llegó a un distante pastizal, más allá de Arenig Fach, una meseta en miniatura del este. Allí olfateó el viento, y pegó la nariz a la tierra hasta encontrar el rastro buscado. No tardó mucho tiempo en tropezarse con su presa: un carnero de regia cabeza y grueso cuello musculoso. Sirio se detuvo y miró al animal, que olfateaba inmóvil el viento y removía el suelo con las patas. De pronto, Sirio sintió que lo humano primaba otra vez en él. ¿Por qué matar a aquella hermosa criatura? Pero era una criatura del hombre, y resumía toda su miserable vida de ovejero. Se precipitó contra el animal, que lo rechazó con un cabezazo. Siguió entonces una larga batalla. Sirio recibió una herida en el hombro. Insistió, y atacó una y otra vez hasta que clavó los dientes en el cuello lanudo. El animal, desesperado, trató de sacárselo de encima corriendo por entre brezos y rocas. Pero Sirio, recordando su combate con Diawl Du, no lo soltó. Los forcejeos del carnero fueron debilitándose, y cesaron al fin. Sirio dejó al animal y con la cola entre las piernas miró alrededor buscando a algún ser humano. Luego contempló el carnero. Sintió piedad, una piedad humana, horror y disgusto. Pero recordó que tenía hambre, se sobrepuso, y empezó a rasgar la piel, apoyando las patas contra el suelo. Luego tironeó de la tibia carne y comió hasta hartarse. Finalmente se alejó.

Sólo una feliz coincidencia permitió que no sospecharan de Sirio. Otro ovejero, de una granja vecina, había enloquecido y matado a varias ovejas, y se le atribuyó también la muerte del carnero. Pero Sirio, cuando perdió su humor de lobo, y comprendió qué había hecho, sintió pánico. Allí estaba la reveladora herida del hombro. Pero la causa, al fin y al cabo, podía ser el clavo de una cerca.

Desde entonces, Sirio se dedicó concienzudamente a las ovejas, mostrándose siempre solícito y tierno. Al fin, cuando Thomas llegó a buscarlo, Pugh concluyó su informe diciendo:

-Sí, realmente, señor Trelone, es un perro maravilloso. En este verano ha sido una madre para las ovejas... Y si todas gozan hoy de buena salud, se lo debo a los cuidados de Bran, que nunca abandonó a un animal enfermo. Si este perro fuese un hombre, señor Trelone, lo hubiera casado con mi hija, en beneficio de las ovejas. Pero ella se ha enamorado de un animal de dos patas, ayudante de un tendero, que no tiene ni la mitad de la inteligencia de Bran, aunque no sea un tonto en su negocio. De modo que ahora, como el señor Bran insiste en irse, tendré que asociarme con algún joven. -Miró a Sirio con una mueca afectuosa y triste, y continuó:- Pero, señor Trelone, cuando haga otro perro como éste, no olvide que las manos son tan necesarias como el cerebro. Cuando yo veía a Bran luchando por hacer con la boca las cosas que yo hago tan fácilmente con estas zarpas torpes, se me destrozaba el corazón. Sí, el próximo con manos, ¿no es así, señor Trelone?

De repente, ya en Garth el espíritu de lobo asomó otra vez con mayor insistencia. En la granja de Pugh, ocupado casi siempre en algún trabajo práctico, no meditaba mucho. Pero ahora, en vacaciones, había que pensar en el futuro y discutirlo. Yallí estaba Plaxy, con su encanto familiar, y cada vez más distante.

Desde el primer momento, cuando volvían caminando desde Caer Blai, Sirio encaró decididamente el tema del futuro.

-Bueno -dijo Thomas con voz cautelosa-, primero necesitas unas buenas vacaciones. Luego podrías recorrer, me parece, los distritos de los lagos con mijoven colega, McBane. Allí verías otros modos de criar ovejas. Luego podrías inscribirte en un concurso de ovejeros, en Cumberland, y sorprenderías un poco a la gente. Y luego irás a vivir al laboratorio donde iniciaremos contigo una serie de experimentos fisiológicos y psicológicos. Te interesarán realmente, y tu colaboración activa nos será muy útil. Aprenderás mucho. Poco a poco llegarás a ser un experto en psicología animal. Si trabajas bien, podremos publicar algunas de tus investigaciones. Entonces, por supuesto, todos los hombres de ciencia que visiten Cambridge querrán conocerte. De modo que tendrás una vida interesante, y serás blanco de todas las miradas científicas. Espero que eso no te envanezca convirtiéndote en un pedante insoportable. -Sirio guardó silencio, y Thomas continuó: Ah, sí, y cuando ya no te necesitemos podrías trabajar otra vez, de cuando en cuando, con ovejas, en la granja de Pugh o cualquier otra. Con el tiempo... bueno, quizá podamos incorporarte al laboratorio como miembro permanente.

-Entiendo -dijo Sirio, y no agregó más.

Pensó en las palabras de Thomas mientras se acercaban a Garth. Pensó en ellas más adelante, día y noche. Pensó también en otros asuntos.

Uno de esos asuntos, por supuesto, era el de sus relaciones con Plaxy. Pronto se enteró de que había ganado una beca para estudiar literatura inglesa en un colegio de Cambridge. Thomas deseaba que estudiase medicina, pero la muchacha se apartó de los senderos de la ciencia para meterse en las letras, afirmando así -de acuerdo con mi teoría- su independencia ante Thomas, a quien admiraba en secreto. Había trabajado duramente para su beca, y ahora quería olvidarse por un tiempo de la vida de la mente. Sirio, por su parte, luego de sus duros trabajos con Pugh, se había propuesto dedicarse a esa misma vida, poniendo grandes esperanzas en la posible cooperación de Plaxy. Pero la joven se mostraba silenciosa y remota. Exteriormente, parecía tan cariñosa como siempre, y a menudo lo acompañaba en algún paseo. Pero eran paseos silenciosos, y el silencio, aunque ella no lo advertía, pesaba sobre Sirio. Plaxy no parecía interesarse realmente en los problemas de su amigo, ni siquiera en el gran problema de su futuro, aunque lo instara a menudo a que le hablara de él. Y la joven, además, se refería cada vez menos a sus estudios, pues este tema le exigía demasiadas explicaciones. De este modo sólo conversaban de asuntos familiares, o locales, o de las

circunstancias de un verano galés. Esto no era difícil, pero Sirio tenía la impresión de que no iban a ningún lado.

Un día, sacudido por tormentas mentales, dijo: -Plaxy, ¿por qué me pareces muerta? ¡Seamos felices!

-Oh, ya sé que no soy buena contigo -respondió la muchacha-. Pero estoy tan preocupada que no puedo pensar en otra cosa.

-Háblame de eso -pidió Sirio.

-No puedo -dijo Plaxy-. Es demasiado complicado. No entenderías. ¿Cómo podrías? No hay en tu vida nada semejante. No, lo siento, pero no puedo decírtelo. Es algo... humano.

No lo ofendieron tanto las palabras como aquel leve tono de superioridad en la voz. La naturaleza de lobo, que estaba pugnando por asomar otra vez desde su última conversación con Thomas, brotó violentamente. El olor de aquella hembra humana que caminaba a su lado perdió de pronto todo atractivo transformándose en una repugnante pestilencia. La miró de reojo. En vez del rostro más querido del mundo, vio las toscas facciones lampiñas de una supermona, un miembro de la especie que hacía mucho tiempo había domesticado a sus antecesores, esclavizándolos en cuerpo y alma.

-Lo siento -dijo-, no quise entrometerme.

La ferocidad que resonaba en su propia voz, lo sobresaltó, y lo sorprendió, y, cosa extraña, le molestó que ella no la advirtiera. Regresaron en silencio. En el portón Plaxy le tocó la cabeza y dijo:

-Perdón.

-No es nada. Ojalá pudiese serte útil -dijo Sirio. Todavía había algo de ferocidad en su voz, oculta bajo un tono de dulzura. Unos temblores contradictorios le recorrían el cuerpo. El roce de la mano de Plaxy había sido a la vez la caricia de la amada y el contacto de la tirana simiesca.

En la puerta, el olor humano de la casa le dio náuseas. Tratando de dominarse lamió la mano de Plaxy y descubrió horrorizado que los labios se le contraían, desnudando los dientes. Plaxy entró en la casa. Sirio se retiró husmeando el aire fresco.

Correteó adrede por un macizo de flores, saltó la pared del jardín, y subió corriendo la colina, con la cola al viento.

Aquella noche no volvió a la casa. No era nada extraordinario, y nadie se preocupó. Faltó también la noche siguiente. Thomas se inquietó, pero exteriormente sólo se mostró disgustado. Había proyectado para el otro día un paseo con Sirio. Pasó la tercera noche sin que el perro apareciese. Pugh no lo había visto, ni los granjeros de alrededor, ni la gente de la aldea. Plaxy recordó su última charla con Sirio y sintió remordimientos.

Toda la familia participó de la búsqueda. Antes de salir, hicieron oler a Idwal y otro superovejero -tomados en préstamo para la ocasión- la cesta donde dormía Sirio. Luego los miembros de la partida se dispersaron en abanico. Como no había noticias de él en regiones cultivadas lo buscarían sobre todo en los páramos.

Fue Plaxy quien encontró a Sirio, ya avanzada la tarde. Dobló un contrafuerte de la colina y allí estaba, junto al cadáver de un pony. El viento soplaba hacia Sirio y éste no la vio. Tironeaba en ese momento del cuero del pescuezo del animal, separándolo de la carne, las patas hundidas en el fango, la cola caída, las mandíbulas sanguinolentas, y la pelambre embarrada. Bajo el cuello del caballito había un estanque de sangre y cieno. La lucha sin duda había sido feroz. Sirio había desgarrado los flancos de su víctima, y las hierbas y brezos estaban pisoteados.

Plaxy, horrorizada, miró la escena un segundo. En seguida exclamó:

-¡Sirio!

Librodot

El perro soltó a su víctima, y alzó la cabeza, lamiéndose el hocico manchado de rojo. Los dos se miraron. Plaxy vio los ojos de un loco; Sirio, el rostro blanco, desnudo y supersimiesco de su tirano ancestral. Se le erizó el lomo. Descubrió los dientes. Un gruñido ahogado fue su único saludo.

Plaxy sintió miedo y repugnancia, pero comprendió también que sólo algo desesperado podría salvar a su amigo de la ruina. Y en ese momento conoció por vez primera -como dijo más tarde- la fuerza de los lazos que la unían a Sirio. Se acercó.

-Sirio, querido. -Las palabras la sorprendieron tanto como a él. -¿Qué será ahora de nosotros?

Se acercó aún más, con una expresión de congoja, hundiendo los zapatos en el fango. El gruñido de Sirio se hizo más amenazador; el lobo temía que le arrebataran la presa. Echó las orejas hacia atrás y abrió la boca. Los dientes eran más rojos que blancos. Plaxy sintió que se le aflojaban las rodillas. Siguió avanzando sin embargo, y extendió la mano para tocar la salvaje cabeza. Tropezó entonces con el cadáver y de pronto vomitó. Cuando pudo dominarse dijo sollozando:

-¿Por qué, Sirio? ¿Por qué? No lo entiendo. Oh, querrán matarte.

Se sentó en una saliente del terreno y miró a Sirio, que la miraba también, fijamente. De pronto Sirio se volvió otra vez hacia el cadáver y empezó a arrancar un trozo de carne. Plaxy lanzó un grito, se incorporó y trató de apartarlo, tirando del collar. Sirio giró sobre sí mismo, con un rugido, y se echó sobre ella. Plaxy cayó al suelo fangoso, bajo el peso del enorme animal, los hombros hundidos en el agua fría de la ciénaga. Vio la cara de Sirio, muy cerca. El aliento le olía a sangre.

En los instantes de desesperación algunos hacen siempre lo más indicado.

-Querido mío -dijo Plaxy-, no eres una fiera, eres Sirio. No, no quieres hacerme daño. Me quieres, lo sé, lo sabes. Soy tu Plaxy.

Los labios de Sirio cubrieron otra vez los dientes. El sordo gruñido se apagó poco a poco, y luego, con un gemido, el perro besó delicadamente la suave mejilla. Acariciándole el cuello, Plaxy dijo:

-Oh, mi pobre querido, tienes que haber estado loco. -Se puso de pie y añadió:- Deja que te limpie. Lo llevó al borde del estanque y con un poco de musgo a modo de esponja le limpió la sangre del hocico, el cuello y los hombros, diciéndole mientras tanto:

-¿Por qué, Sirio? ¿Por qué nos dejaste? ¿Fui muy mala contigo ese día?

Sirio callaba, aceptando pasivamente las caricias de Plaxy, la cola aún entre las patas. Al fin la muchacha

le besó la frente, y se puso de pie, y se acercó al cadáver.

-Pobre caballito -dijo-. Se parece a Polly. Giles y yo lo montábamos cuando éramos pequeños. ¿Recuerdas cómo le besabas el hocico? -Sirio respondió con un gemido entrecortado. Plaxy añadió, con voz alterada-: Si lo dejamos así y lo encuentran no descansarán hasta atraparte, ¿y entonces? ¡Si pudiéramos echarlo al pantano! Será mejor que volvamos a casa y se lo digamos a Thomas.

En el largo trayecto de vuelta trató de que Sirio le contara lo que había pasado y recordó que el perro no había dicho aún una sola palabra.

-Cuéntame, por favor, Sirio -imploró-. Dime algo. ¿Qué pasó?

-No entenderías -dijo Sirio al fin-. No hay en tu vida nada semejante. Es algo... algo canino.

Este eco de sus propias palabras lastimó y sobresaltó a Plaxy.

-Oh, lo siento -dijo-. Fui una tonta.

-No importa -dijo él-. Todo empezó antes.

El resto de la familia ya había vuelto. Sirio fue acogido con entusiasmo, pero también con ansiedad. Recibió fríamente todos los saludos, rechazó la cena, y se fue a la cama. Plaxy le contó todo a Thomas, que se indignó al principio, y luego se mostró gradualmente más interesado, aunque, por supuesto, temió por la seguridad de Sirio. Buscó al día siguiente al dueño del pony y le contó lo ocurrido, atribuyendo el crimen a «un superovejero, un animal nuevo, de tipo experimental, no educado aún». Pagó el doble del valor del caballo.

La muerte del pony fue un mojón en la carrera de Sirio. Aclaró sus relaciones con Plaxy, y Thomas comprendió que la criatura, sometida a enormes tensiones, exigía especiales cuidados.

Un par de días después, Plaxy y Sirio hablaron con una libertad que no conocían desde hacía meses. Plaxy explicó ante todo el asunto «humano» que no había querido revelar. Respeto a Plaxy y no contaré la historia, que además no guarda relación con mi tema. Baste decir que Plaxy se había enredado con un joven que la atraía sexualmente, pero que no le inspiraba ningún respeto. Había rechazado a Sirio, de desvergonzada promiscuidad, como confidente posible. Pero el incidente del pony le había hecho comprender cuánto lo necesitaba, y no deseaba otra cosa que volver a la mutua confianza anterior. Sirio, por su parte, le habló de sus atormentadores conflictos, su respeto y repugnancia hacia los hombres.

-Tú, por ejemplo, eres lo que más quiero en el mundo, y, también, una horrible mona que me ha esclavizado con algún horrible hechizo.

-Y tú eres muchas veces -respondió Plaxy- el perro que ha creado mi padre, al que estoy unida de algún modo, y del que soy responsable porque él lo ha querido así. Pero otras veces eres... Sirio, una parte de ese ser, Sirio-Plaxy, que tanto quiero.

Un leve cambio en el olor de la joven fue para Sirio mejor muestra de sinceridad que todas las palabras. Thomas disertó más tarde ante Sirio sobre la locura de matar caballos, pero la conferencia se convirtió gradualmente en una discusión acerca del espíritu lobuno. En el apogeo de la discusión, Sirio exclamó: -Bien, si no me ayuda a ser yo mismo, tendré que transformarme en... un falso lobo.

-¿Y cómo llegarías a ser «tú mismo»? -preguntó Thomas.

Hubo una larga pausa, y al fin Sirio contestó:

-No lo sé aún. Si no me dan la oportunidad, no podré descubrirlo. Desearía recorrer el mundo. No podré hacerlo si paso la vida entre las ovejas y el laboratorio. Pienso a veces que podría contribuir, personalmente, a la... bueno, a la comprensión humana. No me resigno a ser sólo un sujeto de experimentación o un investigador de ínfima categoría. Necesito resolver algo, claramente, y luego comunicárselo de algún modo a la humanidad.

Thomas lanzó un suave silbido.

-¡Caramba! ¡Un mesías canino de los hombres! Sirio se removió, inquieto, y replicó:

-No, no soy tan tonto. No me creo un ser superior. Pero... bueno, mi punto de vista es distinto y a la vez parecido al del hombre. Conmigo el hombre podría verse desde fuera. -Thomas guardó silencio, pensativo, y Sirio agregó:- Hay algo más. Cuando siento que no puedo ser yo, o que me prohíben serlo, la raza humana me parece hedionda, y el lobo asoma en mí. Todo se me nubla, no sé por qué, pero así es.

Thomas comprendía ahora que su actitud hacia Sirio había sido demasiado simple. Decidió modificarla. Al día siguiente habló con Elizabeth.

-¡Qué tonto fui al no prever estas complicaciones psicológicas! Nunca pensé que si algo andaba mal, no podría lavarme las manos, como un cirujano, y aguardar el futuro. Me siento moralmente responsable, como debió haberse sentido Dios cuando Adán le salió mal. Y aunque los sentimientos morales sean enteramente subjetivos, no es posible dejarlos de lado.

Luego de una larga discusión, Thomas y Elizabeth esbozaron un nuevo programa para Sirio. Iría al laboratorio, como se había planeado, pero además Elizabeth «viajaría un poco

con él», para que «empezase a entender este loco mundo humano». La acompañaría sencillamente como un perro, conocería a sus amigos de Cambridge y otras partes, los escucharía conversar. Si era posible harían también -en las horas libres que le dejara el laboratorio- otros paseos: a barrios pobres, fábricas, muelles, museos, salas de concierto. Además, con ayuda de Thomas, podría aprovechar las ventajas de Cambridge como centro de cultura. Thomas le sugeriría algún programa de estudio y le conseguiría libros en las bibliotecas. Todo eso lo ayudaría a decidir con más claridad su posible futuro.

Más tarde Thomas le explicó el nuevo plan a Sirio y terminó recordándole que sería necesaria la mayor cautela. Si vagaba por el país en compañía de Elizabeth no debería traicionarse. Sería simplemente un perro, doméstico. Aparte de las personas del laboratorio, nadie habría de sospechar que hablaba.

-Pero ¿por qué? -protestó Sirio-. Ya es tiempo que me conozcan. No puedo fingir eternamente. Thomas insistió. El momento de la aparición pública de Sirio no había llegado aún.

-Hay que asegurar tu puesto en el mundo de la ciencia antes de que el mundo comercial se interese por ti. De otro modo algún individuo sin escrúpulos trataría de secuestrarte y exhibirte en algún país extranjero. Serías realmente un esclavo entonces, y por toda la vida.

-Que lo intenten -bufó Sirio.

Thomas señaló que con un poco de cloroformo lo pondrían fácilmente fuera de combate.

-No creas que son temores imaginarios -añadió-. Ya algunos te siguen la pista; es hora de que lo sepas.

Ayer vinieron dos de la ciudad a investigar. Querían comprar un superovejero. No me gustaron, y les dije que no había animales disponibles. Me dijeron que habían visto uno en Trawsfynydd, que echaba una carta en el buzón. Tú, sin duda. Me ofrecieron treinta libras, luego cuarenta, y así llegaron a doscientas cincuenta. Era demasiado para un superovejero, y empecé a sospechar. Bueno, esos individuos andan aún por los alrededores. Ten cuidado. Y atención al cloroformo.

Unas semanas más tarde, cuando Sirio casi había olvidado esta charla, intentaron realmente secuestrarlo. Regresaba de una cacería, y llegó al portillo de una pared, a unos cien metros de Garth, por donde pasaba habitualmente. Iba ya a meterse en el agujero, cuando husmeó algo raro. Era un olor pegajoso, dulce y penetrante. Recordó el cloroformo y se detuvo. Desgraciadamente, para sus atacantes, su humor era en ese momento bastante sombrío. Había venido meditando sobre la tiranía de la raza humana y encontraba ahora la oportunidad de desahogarse. Saltó la pared y cayó sobre los hombres. Éstos, sorprendidos, rodaron por el suelo como bajo el impacto de una bomba. Sirio clavó los dientes en el cuello de uno de los hombres, pero el otro se le echó encima con el cloroformo. Sirio, casi asfixiado, soltó su presa. El sabor, o más bien la idea de la sangre, había despertado otra vez su naturaleza de lobo. Se transformó en una fiera que luchaba contra su especie enemiga natural. El hombre del cloroformo no logró alcanzarlo; el otro estaba momentáneamente fuera de combate. Mientras, el ruido de la pelea despertó a Thomas, que dormitaba en el jardín. Se incorporó de un salto y corrió colina arriba, gritando. El herido se había puesto de pie, e iba a ayudar a su colega cuando vio a Thomas. Echó a correr. El otro había logrado al fin narcotizar a Sirio, pero huyó también detrás de su compañero. Llegaron así a la carretera donde esperaba un coche y se alejaron velozmente. Thomas no intentó seguirlos. Se acercó a Sirio y lo tomó del collar para que no corriese detrás del coche, si despertaba a tiempo.

Poco después de este incidente Thomas llevó a Sirio al distrito de los lagos. Allí se encontrarían con el joven McBane, del laboratorio, y éste iría acostumbrándose al lenguaje del perro.

Sirio tuvo entonces oportunidad de conocer a los ovejeros del norte, y hasta participó en un concurso. Había intervenido ya en algunas competiciones menores, en Gales, bajo la dirección de Pugh. Thomas sabía muy poco de ovejas. El público advirtió muy pronto que el amo del animal no era un criador, y que la inteligencia del perro era más que normal. No importaba la incompetencia de las órdenes de Thomas. Sirio no las tenía en cuenta y hacía lo indicado empleando la técnica más refinada. Al fin se descubrió que Thomas era el famoso productor de superovejeros. Muchos quisieron comprar a Sirio, pero Trelone, riendo, los rechazó. Los posibles compradores se anotaron resignadamente en la lista de los que podrían adquirir los futuros perros.

8
Sirio en Cambridge

Terminaron las vacaciones, y Sirio fue a Cambridge. En el mismo laboratorio, al lado de la habitación de Thomas, le habían preparado un dormitorio-salita. Lo presentaron a los miembros más antiguos del personal como «de hombre a hombre», entendiéndose que guardarían el secreto y se comportarían en público como si Sirio no fuese más que un superovejero inteligente.

En un principio, Sirio fue muy feliz en Cambridge. El ajetreo de la ciudad y la universidad era estimulante aunque lo desconcertaba un poco. Durante los primeros días pasó mucho tiempo en las calles observando a la gente y los perros. La abundancia de la población canina lo sorprendió, lo mismo que la extraordinaria diversidad de razas. Le pareció increíble que la especie dominante mantuviese a tantos ociosos miembros de la especie dominada, pues aquellos mimados animales sólo servían de juguete viviente a algún hombre o mujer. Físicamente, gozaban todos de muy buena salud, aparte una cierta tendencia a la gordura que en algunos casos llegaba a ser desagradable. Pero mentalmente eran enfermos. ¿Cómo hubiese podido ser de otro modo? No tenían nada que hacer, salvo esperar la comida, pasar del aburrimiento al sueño, acompañar a sus amos en lentas caminatas, olerse los unos a los otros, y celebrar un sencillo ritual en faroles y árboles. Sexualmente, todos estaban hambrientos; las perras escaseaban y estaban muy vigiladas. Sin aquella pobre inteligencia hubiesen sido todos histéricos; los salvaba la estupidez.

El propio Sirio debía representar con frecuencia el papel de criatura subhumana. Cuando Elizabeth hacía con él alguna visita, permitía que lo mimaran o se rieran de él, o elogiasen su «inteligencia maravillosa» cuando «daba la pata» o cerraba la puerta. Luego lo olvidaban, y allá quedaba Sirio, echado en el suelo, en apariencia aburrido, pero escuchándolo todo, y tratando de entender lo que se decía sobre libros o cuadros, o echando incluso alguna mirada furtiva a algún dibujo o escultura.

Elizabeth quiso que Sirio conociese el ambiente universitario, e ideó divertidos subterfugios para meterlo en reuniones y salas de concierto. Luego de la simple lucha por la vida de la región ovejera, tantas muestras de la energía creadora humana asombraban a Sirio. Las manos de los hombres habían levantado aquellos edificios, piedra sobre piedra. En los escaparates se amontonaban los artículos fabricados por los hombres, y traídos en trenes, camiones y barcos. Pero el inocente Sirio se sintió en verdad sobrecogido cuando luego de pacientes intrigas Elizabeth logró introducirlo en una biblioteca. Los miles de libros que cubrían las paredes le revelaban, de un modo nuevo, la enorme masa de la tradición

Librodot

intelectual humana. Sirio enmudeció, aterrorizado, con el rabo entre las piernas. Era aún demasiado ingenuo para ocurrírsele que la mayoría de aquellas páginas podían tener muy poca importancia. Pensó que la verdad henchía todos los volúmenes. Se sintió desesperado, pensando inocentemente que no alcanzaría la sabiduría hasta que sus pobres ojos hubiesen recorrido aquellos millones de líneas impresas.

Thomas había decidido presentar a Sirio a un grupo cuidadosamente seleccionado de hombres de ciencia y académicos: zoólogos, bioquímicos, biólogos, pero también psicólogos, filósofos, y filólogos a quienes interesaría el lenguaje del perro, y algunos cirujanos, pintores, escultores y escritores que eran muy amigos de Thomas. Éste los invitaba a almorzar en sus habitaciones, y les hablaba de los superperros. Después del almuerzo se refería a la más audaz de sus experiencias y describía la inteligencia de Sirio como similar a la de cualquier estudiante universitario. El grupo se acomodaba en las poltronas, se encendían las pipas, y Thomas miraba a su alrededor.

-Le dije que lo recibiríamos a las dos -decía-. Llegará de un momento a otro.

De pronto se abría la puerta y entraba el enorme animal. Había en él algo de majestuoso. Alto y delgado como un tigre, pero con una cabeza leonina, se quedaban mirando a los invitados. Thomas se ponía de pie y hacía solemnemente las presentaciones.

-Sirio; el profesor Stone, antropólogo; el doctor James Crawford, rector de la universidad de... -etcétera.

Los invitados, generalmente, se movían, incómodos, no sabían qué hacer, y pensaban a menudo que Thomas les tomaba el pelo. Otras veces se quedaban muy sentados, o se ponían tímidamente de pie, como si Sirio fuera un distinguido visitante humano. Sirio miraba fijamente a cada uno, a medida que lo presentaban, y saludaba con un lánguido movimiento de la larga cola. Luego, casi siempre, se echaba en la alfombra, delante de la chimenea.

-Bien -decía Thomas-, querrán saber ante todo, por supuesto, si Sirio entiende realmente el inglés. ¿Quieren pedirle algo?

Comúnmente, la rara situación paralizaba a los invitados, y antes que se les ocurriera algo adecuado pasaba por lo menos medio minuto. Al fin le pedían a Sirio que trajese un cojín o un libro, lo que hacía en seguida. Luego Thomas conversaba con Sirio, y los invitados escuchaban con atención las extrañas modulaciones caninas y no entendían una palabra. Luego Sirio decía algo sencillo, con lentitud, y Thomas traducía. Esto iniciaba una conversación general. Los invitados interrogaban al perro y recibían la respuesta a través de Thomas. Frecuentemente el mismo Sirio interrogaba a los visitantes, y sus preguntas eran muchas veces de un carácter tal que Thomas se resistía a transmitirlas. Los invitados advertían la presencia de una personalidad definida e independiente.

Poco a poco, Sirio sacó algunas conclusiones de esos distinguidos ejemplares. Había algo que lo desconcertaba sobremanera. Todos menospreciaban o subestimaban sus manos. Excepto los cirujanos, escultores, pintores e investigadores de laboratorio, las manejaban muy torpemente, y no se avergonzaban. Aun aquellos que necesitaban de la habilidad manual -cirujanos, escultores, etc.- no eran dueños de esa versatilidad que tanto había servido a la especie. Ahora parecían criaturas indefensas. Las manos eran sólo instrumentos altamente especializados, como el ala de los pájaros o la aleta de las focas, que servían para un único fin. Algunos visitantes llegaban en bicicleta, pero no podían arreglar un neumático. Casi ninguno sabía coserse los botones o remendarse los calcetines. Aún más; esos genios de la mano especializada participaban del desprecio común hacia el trabajo manual; desprecio con que la clase privilegiada excusaba su pereza. En cuanto a los escritores, abogados, políticos, su torpeza y su desprecio hacia la simple destreza manual eran asombrosos. Ni siquiera los escritores sabían escribir correctamente, y preferían el tosco recurso de oprimir las teclas de una máquina. O dictaban a veces. Sirio oyó decir que en la antigua China los eruditos se

Librodot

dejaban crecer las uñas desmesuradamente, queriendo señalar así su incapacidad para el trabajo manual. ¡Cuántos millones de inteligentes manos así derrochadas! ¡Cómo despreciaba a esos regresivos tipos humanos! Habían descuidado el más preciado de los órganos del hombre, permitiendo que el instrumento de la creación llegara a atrofiarse, y habían infestado su desprecio por la actividad manual a los propios obreros, que con su destreza práctica eran la base misma de la civilización. Los artesanos ansiaban así que sus hijos llegaran a oficinistas. ¡Ah, si a él, Sirio, se le hubieran dado siquiera las torpes manos del mono, sin contar los otros despreciados órganos humanos!

Las primeras semanas en Cambridge fueron para Sirio realmente deliciosas. Todas las mañanas se hacía algún trabajo en el laboratorio con su interesada colaboración. Un estudio por ejemplo de sus reacciones motrices o sensorias, o sus respuestas glandulares a estímulos emotivos. Se le sacaban también radiografías del cráneo o le grababan la voz. Él mismo planeó escribir una monografía, en colaboración con alguno de los investigadores, sobre su propio olfato, y su habilidad para descubrir algún cambio en los seres humanos por el olor y la voz. Psicólogos y músicos estudiaban su capacidad para el arte de la música; otros investigaron su vida sexual.

Además de esta labor estrictamente científica, en la que colaboraba con los hombres, había pensado en redactar dos libros por su propia cuenta. Uno se llamaría El farol de alumbrados: estudio de la vida social del perro doméstico. El pasaje inicial arroja alguna luz sobre el temperamento de Sirio:

En el hombre, las relaciones sociales giran en gran parte alrededor del proceso de absorber fluidos; pero en el perro doméstico, y en menor medida en todas las especies caninas salvajes, el acto de mayor significación social es la excreción. Para el hombre la taberna, el estaminet, el Biergarten, pero para el perro el tronco de árbol, el umbral de la puerta o portón, y, sobre todo, el farol de alumbrado. Éstos son los puntos focales de la vida social canina. Los aromas de las bebidas alcohólicas estimulan el instinto gregario del hombre, y los infinitos y múltiples olores de la orina, los instintos gregarios del perro.

Sirio mantuvo en secreto el otro libro: Más allá del farol de alumbrado. Sería autobiográfico, y enunciaría su filosofía de la vida. Nunca terminó estas obras. En verdad, apenas inició la primera, pero yo encontré algunas notas que me fueron muy útiles. Revelan una mente donde a una risible ingenuidad se une una notable agudeza; una mente que parece oscilar entre una pesada seriedad autoconmiserativa y un desapego y autocrítica humorísticos.

Sirio se complacía en ser el centro de tanta atención. Empezó a sentir, inevitablemente, que al fin y al cabo su misión era ser él mismo, singular y único, y permitir que la raza humana lo estudiara con respeto. La humildad total que lo había oprimido en la biblioteca se transformó en una total complacencia. Cuando salía de paseo los transeúntes lo miraban y cuchicheaban. Thomas desaprobaba que saliera solo, pues temía alguna tentativa de secuestro. El temeroso fisiólogo llegó a insinuar que si no aceptaba alguna escolta humana, habría que encerrarlo. Pero esta amenaza enfureció a Sirio, y Thomas comprendió que corría el riesgo de perder su colaboración. Decidió contratar a un detective que lo seguiría en bicicleta. Sirio desarrolló una humorística hostilidad hacia este individuo.

-Es como una lata que me hubiesen atado a la cola -comentó-, él y su destartalada bicicleta vieja. Desde entonces llamó siempre al hombre «Lata Vieja». El juego de burlar a Lata Vieja o ponerlo en situaciones embarazosas era una de las principales diversiones de Sirio.

Librodot

Contra lo que había pensado, Sirio pasó todo el otoño en Cambridge. Aunque añoraba a menudo el campo, y estaba casi siempre con dolor de cabeza, la vida en Cambridge le parecía fascinadora. Alguna vez le sugirió a Thomas que era tiempo de dejar la ciudad, pero el fisiólogo no quería interrumpir las investigaciones, y el propio Sirio se sentía demasiado cómodo y sin fuerzas para insistir.

Llegaron al fin las vacaciones de Navidad, y Sirio volvió a Gales con Thomas, Elizabeth y Plaxy. Una vez en las colinas descubrió que su estado físico era lamentable, y pasó gran parte del tiempo intentando recuperarse con largas expediciones de caza.

En la primavera se sintió menos contento. Las bellezas de Cambridge habían empezado a disiparse, y el futuro lo inquietaba cada día más. Cambridge era como una droga a la que se había habituado. Le producía ahora una satisfacción muy leve, pero se le había metido en la sangre. Había llegado transformado en una estatua huesuda y musculosa. La vida blanda, inactiva, y los manjares recibidos en casa de conocidos y admiradores lo habían envuelto en una capa de grasa, redondeándole la cintura. Una vez encontró a Plaxy en la calle y ésta exclamó:

-¡Caramba! Has prosperado. Anadeas como un pequinés.

Esta última observación lo apenó muchísimo.

La decadencia física fue acompañada por una decadencia mental menos evidente. Parecía que Sirio fuera a convertirse en una especie de superfaldero, con algo de superanimal de laboratorio. Estaba cada vez más quisquilloso y egoísta. Un día discutió seriamente con McBane. El ayudante de Thomas había preparado un aparato para estudiar minuciosamente los órganos olfativos de Sirio. El perro protestó diciendo que no se encontraba preparado para algo tan fatigoso, que tenía la nariz hipersensible, y que no podía someterla a nuevos esfuerzos. McBane señaló que si Sirio se negaba se habrían perdido varias horas de trabajo. Sirio estalló en un berrinche gimoteante, declarando que le importaba más su nariz que el tiempo de McBane.

-¡Cielos! -exclamó el hombre-. ¡Pareces una prima donna!

Thomas había asistido sorprendido y encantado a la entrada de Sirio en una nueva vida. Parecía que el perro había superado sus anhelos románticos, aceptando la idea de convertirse en bien permanente del laboratorio. Pero en aquel segundo período, aunque el trabajo le gustaba, Sirio se sentía profundamente inquieto, y rebelde. Esa vida de comodidad y holganza no era para él. La simple imposibilidad de hacer ejercicios físicos lo deprimía. Correteaba a veces un par de kilómetros por el sendero de grava, pero se aburría, y no podía olvidar que el fiel detective lo seguía en bicicleta. Añoraba cada vez más los páramos y brumas, el intenso olor de las ovejas, las labores en el campo, y sus sencillos triunfos. Recordaba a Pugh con mucho cariño, y comparándolo con los profesores y sus esposas lo encontraba extraordinariamente verdadero.

Era, además, vagamente consciente de su progresiva decadencia moral. Le costaba cada vez más imponerse algo. Se aplicaba con concienzuda minuciosidad a las tareas intelectuales, que realizaba con placer, pero no podía dominar su egoísmo cuando trataba con los seres humanos, y hasta había perdido parte del respeto que se debía a sí mismo.

Un ejemplo era sus relaciones con las perras. Las pocas que había encontrado en las calles de Cambridge eran en su mayoría demasiado menudas, y el aroma natural había sido disfrazado, en muchos casos, con jabones o perfumes. Para el olfato de Sirio eran sólo unos bichos malolientes. Le dijo a Thomas que como en Cambridge no había prácticamente posibilidades de hacer el amor, necesitaba alguna perra. No podía esperarse que un perro joven y vigoroso arrastrara esa vida y conservara a la vez su equilibrio mental. Se le proporcionaron por lo tanto algunas hembras atrayentes que le llevaban por turno, y en momentos adecuados, a sus habitaciones. Todo el asunto fue tratado como parte de aquella complicada y prolongada

Librodot

tarea científica. Como habían estudiado ya la química de los olores estimulantes, la elección de animales seductores se cumplía con notable éxito. Pero el apetito de Sirio en vez de mitigarse aumentó. Le llevaban una perra casi todos los días, pero nunca se sentía satisfecho. Al contrario, parecía cada vez más lascivo y difícil de complacer. Thomas le aconsejó que se dominara, en beneficio de su energía mental. Sirio le dijo que así lo haría, pero no cumplió su promesa. Un matiz de sadismo asomó poco después en sus amores. En una ocasión alborotó el laboratorio al clavar los dientes en el cuello de una perra.

Este incidente asustó al propio Sirio. Advirtió que unas oscuras potencias parecían querer dominarlo, y se propuso cambiar. Decidió asimismo alejarse de Cambridge por un tiempo y regresar a Gales y las ovejas. Thomas aceptó de mala gana, pero, señaló, no podría trabajar en los páramos sin someterse antes a un severo adiestramiento. Esto era demasiado exacto. Lo mejor sería, quizá, que Pugh tomara a Sirio por un mes, pero no como ovejero, sino como huésped. Sirio se resistió. La solución le parecía ignominiosa. Al fin decidió pasar en Cambridge el resto del período. Llegaron las vacaciones de Pascua, y las dedicó enteramente a los ejercicios físicos, pensando trabajar algunas semanas en Cumberland. Pero no encontraron ninguna granja satisfactoria, y como Cambridge lo tentaba demasiado, regresó con Thomas, dispuesto a pasar allí otro período lectivo.

La vieja vida resultó esta vez fatalmente cómoda. El trabajo en el laboratorio, las reuniones con hombres de ciencia o académicos amigos de Thomas, las inconstantes pero profusas lecturas de libros de biología u otros temas científicos, algunos estudios filosóficos, la redacción de monografías, las notas para El farol de alumbrado y Más allá del farol de alumbrado, las fiestas organizadas por las esposas de los profesores, la falta total de ejercicios físicos, la constante sucesión de perras... todo esto le minaba la salud y le debilitaba el carácter. Era cada vez más una prima donna, egoísta y orgullosa. Y sin embargo, se sentía también desorientado e inútil, espiritualmente esclavizado a la voluntad del hombre.

Cuando advirtió que los impulsos sádicos lo dominaban otra vez, Sirio se asustó tanto que decidió recurrir a sus últimas reservas morales. Se trazó un programa de disciplina y ascetismo. No trataría con perras. Reduciría las comidas. Ayunaría y rezaría a todos los dioses posibles. Haría ejercicios. Colaboraría concienzudamente con el personal del laboratorio. Reanudaría su labor literaria, que había abandonado recientemente, a pesar de que había sido en alguna época casi su único interés.

Llevó durante un tiempo una vida más austera, puntuada por breves períodos de autoindulgencia. Pero muy pronto empezó a flaquear, y se sorprendió cayendo en los viejos hábitos. Se sintió otra vez aterrorizado, y terriblemente solo, a pesar de su ininterrumpida actividad social. Escribió entonces una nota a Plaxy, invitándola a hacer un paseo.

Plaxy aceptó gustosamente, pero el paseo no fue lo que Sirio había esperado. La joven, como es natural, estaba entregada a su vida universitaria, y aunque Sirio pertenecía también, en cierto modo, a la universidad, las experiencias de ambos eran muy distintas. Para Plaxy no había nada más importante que las conferencias, las reuniones, los bailes y, sobre todo, las nuevas amistades. Al principio conversaron con facilidad y alegría, pero sin entenderse íntimamente. Sirio sintió varias veces la necesidad de confesar sus penas. Pero decir «Oh, Plaxy, ayúdame, estoy cayendo en un infierno», que le parecía lo más apropiado, era también ridículo. Más aún, a medida que avanzaba el día, creyó advertir en ella, por un leve cambio en su olor, una cierta hostilidad. Sirio había estado hablándole de perras. Al mismo tiempo había notado en el olor de Plaxy una aspereza leve, aunque su voz y sus modales continuaron siendo amistosos. Hacia el fin del día cayó entre ellos un lúgubre silencio. Ambos estaban a punto de separarse, y Plaxy dijo que había sido agradable estar otra vez juntos, Sirio descubrió que el olor de su amiga era un poco más dulce.

Librodot

-Sí, fue muy agradable -dijo, pero en ese mismo instante el olor humano de la joven, aunque era esencialmente el mismo, empezó a repugnarle.

Para volver al laboratorio debía cruzar la ciudad. Se alejó, sin muchos deseos de llegar a destino, ni, en verdad, de hacer ninguna otra cosa. Mientras vagaba por las calles animadas se sintió ahogado. Aquella manada de grotescos supersimios había conquistado la tierra; había modelado la especie canina, como si recortase un seto. Y había producido ese ejemplar único: él mismo. En el amargado espíritu de Sirio surgió una multitud de recuerdos pequeños y reveladores. Sintió odio. Hacía tiempo, en un campo próximo a Ffestiniog, se había topado con un chico de rostro angelical que sacaba pichones de tordo de un nido y los atravesaba uno a uno con un clavo mohoso. Y recientemente, en un jardín de Cambridge había visto a una mujer bien vestida, sentada en un banco, que acariciaba la cabeza de un perro. De pronto la

mujer había mirado alrededor. No había nadie cerca, salvo Sirio, un simple animal. Sin dejar de acariciar al perro, se inclinó, y con la otra mano le apretó el cigarrillo encendido contra la ingle. Esta veta de crueldad sexual en un ser humano horrorizó a Sirio, más aún porque él había hecho algo parecido con sus perras. Pero comprendió que su propia aberración se debía en parte a la influencia del hombre, a su condicionamiento humano. La especie canina, se dijo, no es cruel por naturaleza. Oh, no, matamos con la mayor rapidez posible. No somos como el gato, inescrutable y demoníaco, que se complace en torturar a sus víctimas.

Y la causa era el espantoso egoísmo del hombre, pensó Sirio. El Homo sapiens, especie socialmente imperfecta. Así la habían definido sus ejemplares más inteligentes, como H. G. Wells. Sí, había también egoísmo en los perros, pero sus sentimientos sociales eran más espontáneos. Reñían muchas veces, por un hueso o una perra, y se perseguían tratando de dominarse unos a otros. Pero cuando eran sociables lo eran más cordialmente. Mostraban una lealtad sincera, que descuidaba los intereses propios. Así ocurría, por ejemplo, en sus relaciones con la familia humana que les exigía fidelidad, o con algún amo adorado, o con la tarea que les encomendaban los hombres. El ovejero nada esperaba obtener de su trabajo. Sentía el puro placer de trabajar. Era un artista. Había sin duda hombres tan leales como el perro, pero la vida en Cambridge le había mostrado a Sirio que cualquier expresión de lealtad ocultaba siempre, entre los seres humanos, un sentimiento de autoestimación. Incluso el afecto de Plaxy le parecía, en ese momento, un modo de adaptarse a un esquema, que realzaba su propio yo, y no un amor abnegado y cierto. O por ejemplo McBane. ¿Lo impulsaba realmente el amor a la ciencia o el amor a Hugh McBane, hombre de ciencia en ciernes? Sirio había advertido que en el olor de McBane, cuando estaba en juego algún pequeño triunfo, había una cierta excitación y ansiedad. Y las otras personas prominentes que había conocido en los almuerzos de Thomas: biólogos, físicos, fisiólogos, médicos, cirujanos, académicos, escritores, pintores, escultores, y Dios sabía qué más. Eran todos tan distinguidos, tan aparentemente modestos y amables... Y sin embargo, todos ellos-si podía confiar en su nariz y sus sensibles oídos- corrían ansiosamente tras algún éxito personal. Algunos buscaban el aplauso del público, o -lo que era peor- conspiraban para robarle los aplausos a otro, afearlo o ridiculizarlo. Los perros podían ser tan malos como ellos, sin duda, pero no cuando los animaba algún sentimiento de lealtad. Eso era. En los perros la lealtad era absoluta y pura. En los hombres estaba siempre inficionada de egoísmo. ¡Cielos! Eran insensibles de veras. Ebrios de sí mismos no sentían otra cosa. Había algo de rastrero en ellos, algo de serpiente.

En otro tiempo había idealizado a la humanidad, impulsado por su tonta lealtad canina, sin sentido crítico. Pero ahora su fino olfato había descubierto la verdad. Los hombres eran astutos, sí, pero de un modo diabólico. Y sin embargo no eran de una inteligencia tan coherente como había creído. Caían a cada rato en una opacidad subhumana. Y no se conocían como él se conocía a sí mismo, ni siquiera como él los conocía. ¡Y cómo los conocía! Se

había criado en una familia superior, pero incluso los Trelone eran a menudo estúpidos e insensibles. La propia Plaxy sabía muy poco de sí misma. Estaba tan absorta en su personalidad que no podía verse; el bosque le impedía ver los árboles. Muy a menudo se mostraba irrazonable o presuntamente virtuosa sólo para satisfacer algún minúsculo orgullo que ella misma no veía. Pero él, Sirio, lo veía claramente. Ella era capaz, también, de una refinada crueldad. Impulsada por el resentimiento podía tratar de que Sirio se sintiera un proscrito o un abyecto gusano.

Pero lo que más encolerizaba a Sirio era cómo los hombres, y especialmente los seres superiores que había conocido en Cambridge, se engañaban a sí mismos. Todos usaban alguna máscara. McBane, por ejemplo. Estaba dedicado a la ciencia, pero hasta cierto punto. Vivía sobre todo dedicado a sí mismo. ¿Por qué no decía sencillamente «Oh, ya sé que en el fondo soy un egoísta, pero trato de no serlo»? Fingía, al contrario, tener una lealtad de perro ovejero hacia la ciencia. Pero no se sacrificaba por la ciencia. Quizá lo hiciera algún día, como Thomas. Quizás algún día estuviera dispuesto hasta a morir por la ciencia. Pero no moriría sólo por la ciencia, sino también por su propia reputación de hombre de ciencia abnegado.

¡Ah, Dios! ¡Qué especie para gobernar el planeta! ¡Y tan obtusos para todo lo que no fuese humano! ¡Tan incapaces de entender cualquier otro tipo de espíritu! (¿No había comprobado acaso el fracaso de Plaxy?) Y crueles, vengativos. (¿Acaso Plaxy no le había clavado las uñas?) Y orgullosos. (¿No lo consideraba Plaxy, acaso, en el fondo de su corazón, «nada más que un perro»?)

Pero qué mundo, de todos modos. Era inútil censurar a los hombres. Alguien tenía que torturar a alguien. Él mismo no era una excepción, por supuesto.

Nadie era responsable de su naturaleza rapaz. El perro atacaba al conejo, los microbios al hombre, y el hombre a casi todo, incluso a su propia especie. Pero nadie, aparte del hombre, era realmente cruel y vengativo. Salvo quizás el odioso gato. Todos luchaban por mantener la nariz fuera del agua, y respirar una o dos veces más antes que les faltaran las fuerzas y los otros consiguieran hundirlos. Y allá arriba los astros, estúpidos, inalcanzables, importantes, que brillaban para nada. Aquí y allá una mota de planeta dominada también por algún ser soñoliento. Y aquí y allá, en esos planetas, uno o dos minúsculos y pobres espíritus que despertaban y se preguntaban para qué demonios todo, y qué podían hacer. Y luego, trataban de expresarse y fracasaban, como él ahora. De vez en cuando se consolaban con alguna labor creadora o la dulce compañía de algún pobre espíritu semejante. De vez en cuando la unión de estos espíritus, donde se exigía el sacrificio de la propia personalidad, parecía anunciar una nueva vida. Pero ¡qué precario era todo eso, qué torturante, y qué fugaz! La vida entera de esas criaturas era apenas una chispa en la titánica extensión del tiempo. Y cuando todos los mundos hubiesen estallado o fuesen una masa congelada, aún existiría el tiempo. Oh, Dios, ¿para qué?

9
Sirio y la religión

Cuando después de haber pasado el día con Plaxy, Sirio regresaba al laboratorio meditando en los defectos del hombre, su propia soledad, y la indiferencia del universo, sintió que caía otra vez en el humor lobuno. La frustración lo afectaba siempre del mismo modo, y en aquel momento se sentía desesperadamente frustrado. Deseaba expresarse y no sabía cómo. En sus

días de cachorro había decidido que sería general: desplegaría sus tropas humanas con destreza sobrehumana, y atacaría con ellas en procura de una sobrehumana victoria. ¡Sueño ridículo, imposible! Más tarde pensó en dedicarse a explorar la tundra o las praderas siberianas (territorio que creía adecuado para sus dotes); pero ¿cómo transportaría un perro el equipo sin alborotar a los hombres de la región? Sería mejor quizá que criase ovejas en Australia, o fuese alguna especie de cazador en el norte de Canadá. No, era evidente ahora que nada le convenía. No le quedaba otro destino que el de superfaldero y superanimal de laboratorio.

Y sin embargo, siempre había «algo» extraño que le roía las entrañas, algo que le decía: «¡Adelante! ¡Eres único! El mundo espera tu obra. ¡Encuentra tu vocación! Te costará sin duda, pero o la encuentras o te condenas». A veces decía la voz: «La humanidad es la jauría. No eres como ellos, pero sí para ellos. Y puedes mostrarles un mundo que ellos, solos, nunca vislumbrarán». ¿Podría realizar su misión en la música? Se dejó llevar por fabulosas fantasías. «Sirio, el único compositor canino. No sólo ha cambiado la música humana, con el oído más delicado del perro. Además, en sus incomparables creaciones, ha expresado la fundamental identidad-en-la-diversidad de todos los espíritus, todas las especies, caninas, humanas o superhumanas.»

Pero no. No podía ser. Los hombres jamás lo escucharían. ¿Y qué le hacía suponer que llegaría con su música al profundo e incomprensible corazón del hombre?

Camino del laboratorio, Sirio escuchaba la voz familiar, y la voz le exigía que expresara su «espíritu». La saludó interiormente con una mueca. ¿Qué podía hacer? Nada. Era un espantajo. Un error. No debería haber nacido.

Sintió el deseo de dar rienda suelta a su salvajismo, en aquella misma calle. La vida era inútil. ¿Por qué no liberarse matando a aquellos monos trajeados, hasta que ellos lo destruyeran? No, no, se dijo, una y otra vez. Aunque monos, o gusanos bípedos, somos de la misma estofa. Y como escapando de sí mismo, Sirio rompió a trotar, a correr, a volar, pues necesitaba en verdad el refugio de su cuarto. Ya en él, se paseó durante horas, hasta bien entrada la noche. Como esas horas fueron un punto crucial en su vida, copiaré el relato que él mismo escribió al día siguiente, en un estilo ampuloso que refleja muy bien la sinrazón de sus pensamientos.

Di vueltas y vueltas, frotándome dolorosamente el lomo contra la pared cada vez que giraba sobre mí mismo, lanzando una dentellada a la cortina cada vez que pasaba ante ella. Todo aquello era simple afectación: yo representaba dramáticamente el papel de animal enjaulado. Las campanas de las iglesias y colegios sonaban cada cuarto de hora. El ruido de los coches se iba apagando con las sombras nocturnas. Recordé furiosamente el olor de Plaxy, amado y repulsivo; y el olor de mi última perra, dulce pero falso, promesa de un espíritu inexistente. Y luego, de pronto, el amable olor de Idwal y las ovejas envueltas en la bruma. Y el olor de Pugh, sudoroso y excitado. Los olores de la escarcha, de un día de estío, del viento marino, del viento del oeste cuando cambiaba al este. Rastros de liebres y conejos. El hedor irritante de un gato. El olor denso y suave del zorro. Los animales del circo. El cloroformo, y los bandidos. El débil olor del sufrimiento, que aprieta la garganta, y parece venir de un rincón desconocido del laboratorio.

Y bajo esta marea de olores, una corriente subterránea de sonidos: tonos de voces humanas, balidos de ovejas y corderos; el viento gimoteante o furioso; compases de música humana, y temas de mis propias canciones.

Toda mi vida fue una unión de olores y sonidos, y contactos, también. Pues sentí la mano de Plaxy en el cuello, y huesos que crujían entre mis dientes, y el lomo suave de una joven perdiguera que había conocido en Ffestiniog.

Y llegaron también las formas, pero vagas y confusas. A veces veía a Thomas, con los labios fruncidos, observándome. Y a veces a Plaxy, sonriente.

Y, mientras recordaba, los pensamientos se perseguían atropellándose. Pensamientos de terror o resentimiento, que expresaban el poder de los seres humanos, y la imposibilidad de manejar mi propio destino.

Cómo podría salvarme del derrumbe? ¿Quién podría ayudarme? Thomas no entendía a su criatura. Elizabeth me escuchaba y consolaba, pero todas mis penas eran para ella penas infantiles. Y Plaxy estaba tan lejos... Habíamos dicho que lo importante era «el espiritu». En el «espíritu» estábamos eternamente juntos. Pero ¿ y ahora? Cuando hablábamos del espíritu, ¿nos referíamos a algo real? Al fin y al cabo no éramos más que animales algo inteligentes, y animales de especies distintas, condenados a no estar de acuerdo... Y ahora, inevitablemente, nos separábamos.

¿Por qué? ¿Por qué era todo en un principio una dulce promesa y luego una amarga frustración? Pero de pronto, mientras me paseaba por la habitación, ocurrió algo extraño. Fue como si en mi desatada imaginación hubiese algo nuevo, más familiar e íntimo que el olor de Plaxy, más penetrante que el aroma de las perras, más atrayente que el rastro de un zorro.

No, no debo ponerme romántico. Éste es un informe científico. No fue en verdad algo sensible. Pero no puedo describirlo de otro modo. Fue la fragancia del amor, la sabiduría, el poder creador; en sí mismos, sin ninguna relación con anhelos de éxito o felicidad. Era una fragancia que se extendía por el mundo, cubriendo abismos e intersticios; una fragancia que era necesario perseguir.

Y la perseguí. Dejé de pasearme y me eché en el suelo, y apoyé la cabeza en las patas extendidas. Haciendo caso omiso de todos los otros olores, perseguí el nuevo rastro, lo seguí con las ágiles patas de la atención interior. Y poco a poco la fragancia se iba haciendo más intensa, más clara, más exquisita. Me eludía a veces, pero yo retrocedía y la encontraba nuevamente. A veces me faltaban las fuerzas, y las huellas parecían entonces más débiles. Pero me concentraba otra vez, y el olor se hacía más intenso y atractivo.

Al fin ocurrió algo espantoso. A medida que me acercaba, algo cambiaba en la presa celestial. El dulce olor era aún irresistible, pero ahora era también acre, asfixiante, amargo, y aterrador. La cabeza me daba vueltas, como bajo los efectos del cloroformo, y percibía cierta ferocidad, como en los olores del tigre o el león, pero con algo de torvo que no cabía en ningún olor terrestre. Pero yo no podía abandonar la cacería. Me aferré al rastro mientras el vértigo se apoderaba de mí. Yo estaba persiguiendo, sin duda, la fuente de toda la fragancia del universo, y también de todos los horrores. El hambre me consumía. Debía alcanzarlo, era preciso, aunque al fin no fuese yo el cazador, sino la presa. Mi perseguido, indudablemente, era eso que los hombres llaman Dios, el amado, el hermoso, el temible.

Por fin la presa pareció volverse, acorralada, y me abrumó. Hubo un momento de tortura y dicha -la tortura de mi yo despedazado, la dicha de mi yo liberado- que no puedo recordar con claridad. Fue como si la más codiciada de las presas no fuese al fin el enemigo más formidable, el Tigre universal, sino el Amo universal que mi naturaleza canina necesitaba desesperadamente.

Pasó el momento supremo. Yen seguida conocí una serenidad desconocida, y que nunca -me parecióvolvería a perder. Fue como si de pronto mis ojos monocromáticos fuesen capaces de percibir el color. Pero aquellos colores no eran colores sensibles, sino espirituales. Todas las cosas y personas que había visto hasta entonces con el gris de la vida cotidiana adquirieron una nueva cualidad, que llamo color. Y aun ahora, cuando sólo queda un resplandor en mi mente, todo se alza ante mí envuelto en el color de la luz espiritual.

Librodot

Había una anotación posterior.

Esto fue escrito el día siguiente de mi visión, si puede hablarse de visión. Ha pasado otro día. He vuelto a leer estos párrafos y advierto que no describen lo ocurrido. Me parecen ahora una verborrea sentimental. Aunque estoy seguro de que algo pasó. Y la prueba será mi vida. Dejaré mis vagabundeos. Seré siempre fiel a la ciencia, pero también a mi nueva luz. Mi escepticismo alcanzará todas las cosas, salvo algo que no admite escepticismo alguno, una vez que se lo ha vislumbrado: importa sobre todo ser un espíritu vivo, y luchar por la vida del espíritu. En verdad, de hoy en adelante seré el sabueso del espíritu. ¿Yo? ¿Yo, tan perezoso, tan amigo de excusas? En fin. Con todo desapego científico podría afirmar que no caeré otra vez, por lo menos en esta semana. Bueno, aunque me equivoque, la experiencia de anteanoche señalará siempre una diferencia. Y a la luz de lo ocurrido... ¡No, por Dios! ¡No más vagabundeos! Por lo menos nada grave.

Con mucho recelo, Sirio presentó este documento a Thomas. ¿Se reiría Thomas, o se disgustaría? ¿O lo recibiría con su habitual objetividad científica, como un dato psicológico más? Sirio nunca conoció en verdad la opinión de Thomas. El fisiólogo se mostró respetuoso, casi tímido, y expresó la esperanza de que Sirio no se opusiera a que copiaran por triplicado el documento «para el archivo del laboratorio y mostrárselo a algunos amigos, si no te molesta».

Esta experiencia aparentemente mística acercó a Sirio a la religión. Gracias a un invitado de Thomas conoció la literatura mística, y dedicó buena parte de su tiempo a santa Catalina de Siena, san Juan de la Cruz, Jacob Boehme, los Vedas, y similares. Thomas empezó a despedir un olor acre y desaprobatorio, aunque en palabras y hechos siguió tan amable como antes.

Sirio deseó entonces discutir con alguna persona religiosa, sincera, y ortodoxa. En el círculo de Thomas no había nadie, en apariencia, que reuniese esas condiciones. Eran todos estrictos hombres de ciencia, en el sentido más estrecho, o decían que uno siente en los huesos que algo tenía que haber en la religión, pero sólo Dios sabía qué. Todo esto ayudó muy poco a Sirio, pero aumentó sus deseos de discutir el asunto.

A veces rondaba capillas e iglesias, observaba la entrada o salida de la gente, o alzaba tensamente las orejas tratando de recoger algún eco de la música, las oraciones, el sermón. Como no podía entrar, se sentía despreciado e inferior, y creía aún más que a despecho de los críticos el hombre alcanzaba entre esas paredes la más alta cima de experiencia.

En una ocasión su hambre de verdad lo llevó a hacer una tontería. Era un caluroso día de verano. Sirio miraba entrar a los feligreses en una capilla metodista. Las puertas quedaron abiertas y dejaron oír unos rezos emocionados y unas vigorosas canciones. La música, le pareció, era tosca, y la ejecución, vulgar, pero estas imperfecciones aumentaron la creencia de que aquella música no era más que el símbolo apresurado de alguna experiencia ulterior. Un poema, aun rápidamente garrapateado, podía ser sincero. Sacudido por aquellos bárbaros sonidos, pero fascinado, Sirio se adelantó poco a poco, y entró. El sacerdote había cerrado reverentemente los ojos. Hablaba en ese momento con una voz untuosa y complaciente. Con una entonación que convenía quizá, convencionalmente, al tema de la penitencia, pero que no revelaba ninguna experiencia interior, afirmó la pecaminosidad de toda la raza humana, y con voz confiada y aduladora pidió perdón a Dios y la eterna bienaventuranza para él y su grey. En los bancos, las espaldas de la congregación inclinada parecían lomos de ovejas en un corral. Pero el olor, en aquel día caluroso, era demasiado humano.

Cuando acabó su sermón, el sacerdote abrió los ojos, y vio al perrazo de pie en una de las naves. Señalándolo dramáticamente exclamó:

-¿Quién trajo ese animal a la casa de Dios? ¡Sáquenlo!

Varias chaquetas negras y pantalones rayados avanzaron hacia Sirio. Los hombres esperaban, aparentemente, que el perro se retiraría en seguida, pero Sirio, con la cabeza y la cola erguidas, el lomo erizado, no se movió. Se oyó un leve gruñido, como un trueno distante, y los atacantes vacilaron. Sirio miró alrededor. Todos los ojos se clavaban en él. Algunos parecían ofendidos; otros, divertidos. Giró entonces sobre sí mismo y los que aspiraban a expulsarlo avanzaron con cautela.

-¡Perrito bueno, vete a casa! -dijo uno.

Pero otro empezó a hostigarlo con un paraguas y le golpeó irreflexivamente la grupa. Sirio se volvió dando un salto, y lanzó un ladrido que resonó en la capilla. Los hombres retrocedieron. Sirio los miró un rato, divertido con su fácil triunfo. El pelo del lomo volvió a descender. Moviendo la cola se volvió hacia la puerta, y de pronto se le ocurrió algo. Se volvió otra vez hacia los fieles, y con voz clara, exacta, aunque sin palabras, entonó el estribillo del himno que habían cantado poco antes que él entrase. Cuando se volvió para dejar el edificio, una mujer gritó. El sacerdote, con voz tensa, dijo:

-Hermanos, unámonos una vez más en nuestros rezos.

Otro día siguió a los tambores del Ejército de Salvación, olvidándose a veces de sí mismo hasta el punto de sumar su voz a la voz de las trompetas. En los servicios al aire libre, le dijo a Thomas, sentía irracionalmente que él también podía salvarse. Le atraía sobre todo uno de los himnos, que entonaba con inmenso placer: Lavado en la sangre del Cordero. No entendía cómo en la religión del amor cabían tales imágenes, pero la canción, de algún modo, tenía sobre él un raro poder. Quizá se unían allí su ternura y su naturaleza de lobo. Sintió otra vez el agradable olor de sus víctimas: el carnero y el pony. Y, quién sabe cómo, aquel conflicto obsesivo entre la piedad y la sed de sangre encontró aparentemente su solución. Ya no había culpa. No había motivo de culpa, y eso era todo. Él y los animales humanos descargaban sus pecados sobre el Cordero, en un tosco éxtasis colectivo. Se hundían en el espíritu del grupo. Las mentes embriagadas dejaban de pensar con claridad, de sentir con precisión, y se entregaban a la mentalidad común, que de algún modo parecía ser mentalidad universal,

cósmica; la unión de todos los espíritus, de todos los mundos. Esto sintió Sirio, mientras la bárbara melodía le atravesaba el cerebro. Pero, también, el estruendo de las trompetas, el redoble de los tambores, y el vigoroso canto humano parecían tan remotos como el aullido de una especie extraña en la selva. No de este modo -protestaba su mente-, no en el abandono de todo pensamiento y sentimiento claros, en beneficio del sencillo calor de la unidad, encontrarás el verdadero espíritu. Sólo lo encontraría, sí, en una exacta y coherente conciencia de sí mismo y los otros. En las raras veces, por ejemplo, que parecía entenderse con Plaxy, cuando por debajo de las diferencias descubrían una cierta identidad. Sí, y también de algún otro modo. Cuando subía con Thomas el empinado sendero de alguna discusión, Thomas siempre adelante, hasta que al fin llegaban a algún pináculo desde donde, en apariencia, podían contemplar, juntos, el universo.

10
Experiencias en Londres

Un día Sirio le pidió a Thomas que conviniese una cita con los más notables religiosos de Cambridge. -¡Pero no conozco a ninguno! -replicó Thomas-. No son de mi círculo.

Temía además que difundieran el secreto.

Pero Sirio insistió y al fin se dispuso que Elizabeth lo llevase a Londres, donde un primo suyo era párroco en el East End. Sirio podría conocer también la ciudad.

Al reverendo Geoffrey Adams, hombre ya maduro, le importaban más los feligreses que la propia carrera. La había iniciado al frente de una parroquia, en los barrios bajos, y aún seguía allí. Se pasaba la vida consolando a enfermos y moribundos, asegurándoles la paz en el más allá, luchando contra los poderes locales en favor de los casos más difíciles, solicitando campos de deportes, leche gratuita para madres y niños, y ayuda a los desocupados. Era conocido en todo el país como un párroco luchador, y en varias ocasiones su indiscreta defensa de los oprimidos lo había enfrentado al Estado o a sus superiores eclesiásticos. Casi todos sus feligreses lo admiraban, algunos lo querían, y muy pocos concurrían a sus servicios.

Elizabeth le escribió hablándole de Sirio, y preguntándole si podían visitarlo. El sacerdote respondió que estaba ocupadísimo, y que no se llegaba a la religión hablando de ella, pero si iban al East End les mostraría el lugar y quizá vieran el espíritu religioso en acción.

Fueron en tren hasta King's Cross. El viaje fatigó a Sirio, pues no pudo salir del furgón de equipajes. Pasaron la tarde paseando por los barrios más prósperos, para edificación de Sirio. En la calle Oxford, la calle Regent, Piccadilly y los parques, Sirio apreció otra vez el poder de la raza humana. ¡Qué especie tan sorprendente! Grandes edificios, interminables torrentes de automóviles, escaparates, un enjambre de transeúntes con piernas cubiertas por pantalones o sedas. Advirtió en algunos trajes el olor familiar de las ovejas; los abrigos de piel olían como las fieras del circo. Sirio quería hacerle muchas preguntas a Elizabeth, pero temían que la conversación despertara la curiosidad de la gente.

Al cabo de un rato Elizabeth se sintió cansada y quiso tomar su té. Era difícil encontrar un lugar donde aceptaran al perrazo, pero al fin se acomodaron ante una mesita. Sirio, por supuesto, se echó en el suelo, y cerró el paso a las camareras. Elizabeth le dio un buñuelo y una taza de té. Luego, mientras ella fumaba, Sirio observó a la concurrencia. Alguien dijo:

-Miren ese perro. Tiene una expresión casi humana.

Luego de este descanso viajaron hacia el este en el tren subterráneo, y subieron a la superficie en un mundo totalmente distinto, el mundo miserable que Plaxy le había descrito tantas veces. Las diferencias entre el Homo sapiens adinerado y el Homo sapiens pobre sorprendieron a Sirio. En las esquinas, cerca de las tabernas, grupos de jóvenes vagaban sin rumbo. Chicos de cara sucia y perros mugrientos jugaban en el arroyo. En el olor y la voz de los transeúntes había una sensación de derrota y resentimiento. Caminó al lado de Elizabeth con una mirada ansiosa y atenta, y la cola caída. Aquello parecía demasiado duro para él. Lo único familiar y consolador eran los olores, tan distintos, que los de su propia especie habían dejado al pie de los faroles. El resto lo abrumaba. El hedor de los hombres no sólo era opresivo, reflejaba también una abyecta ansiedad. La muchedumbre del West olía principalmente a cosméticos, perfumes, jabón, tejidos de lana, humo de tabaco, naftalina y pieles de animales muertos. Se percibía también, por supuesto, el olor del sudor, principalmente femenino, y otros olores corporales, e incluso de cuando en cuando una inconfundible bocanada de excitación sexual. Pero en la multitud del East el olor de los cuerpos humanos lo dominaba todo, un olor distinto del de los cuerpos del West. En los barrios prósperos el olor señalaba un físico sano, pero en el East End había un olor leve, aunque definido, de mala salud, que se elevaba a veces -para el agudo olfato de Sirio- hasta revelarse como el hedor desagradable de la enfermedad. Y había también otra diferencia. En el West se percibía a veces un olor de descontento malhumorado. Pero en el East, donde las

frustraciones eran más graves, ese mismo olor era mucho más intenso, y lo acompañaba frecuentemente la acre pestilencia de la cólera crónica aunque reprimida.

Sirio, por supuesto, conocía ya la sordidez ciudadana, pero nunca había imaginado a qué degradación había llegado el ser humano en Inglaterra. De modo que esto, se dijo, es lo que el hombre ha hecho con el hombre; éste es el estado común de la orgullosa especie tiránica. La inteligencia fundamentalmente egoísta de la especie, y su incapacidad para atender al interés común la habían llevado a esto. El East End no tenía en cuenta al West End, y los dos, aunque no del mismo modo, se sentían frustrados.

El reverendo Geoffrey Adams los recibió con evidente turbación. No sabía cómo tratar a Sirio, y hasta los perros comunes le parecían remotos e incomprensibles. Pero muy pronto descubrió que el enorme animal exigía un trato aproximadamente humano, y reconoció con rapidez en sus curiosos sonidos una tentativa de hablar inglés. Justificó su aptitud diciendo:

-En los muelles se oyen muchos raros dialectos. En seguida advirtió que la frase podía parecer descortés y echó una mirada a Sirio. El perro movió amable y levemente la cola.

Elizabeth había pensado que podían pasar allí un par de días y luego regresar a Cambridge. Pero Sirio prefería quedarse un poco más, aun solo, si Geoffrey se lo permitía. Pues había allí tipos humanos que nunca había visto y dos días eran poco tiempo para empezar a conocerlos. En un principio Geoffrey mostró escepticismo y hasta desagrado ante el interés de Sirio por la religión, pero algunas de las observaciones del perro durante la primera entrevista, traducidas por Elizabeth, despertaron su interés, especialmente la que se refería al amor como único centro de la vida religiosa. Esta verdad exigía, realmente, alguna ampliación. La capacidad de Sirio para la música interesó igualmente a Geoffrey, que tenía también un temperamento musical y gustaba del canto. Aceptó pues, calurosamente, la idea de que Sirio se quedase un tiempo en el East End.

Se convino que Sirio pasaría allí una semana, pero este plazo se alargó luego. Geoffrey lo presentaba como su perro, y siempre que era posible lo llevaba con él. No lo acompañaba, naturalmente, cuando había que ver a algún moribundo, o entrevistar a un concejal. Pero salían casi siempre juntos, y en el umbral de las casas Geoffrey preguntaba:

-¿Puedo entrar con mi perro? No molestará.

Sirio mostraba una expresión amable, meneaba la cola, y se ganaba casi siempre la bienvenida.

De ese modo logró conocer, en parte, la difícil situación de algunos hombres poco afortunados. Escuchó también muchas conversaciones sobre temas prácticos o espirituales. A veces Geoffrey divertía a sus amigos incluyendo a Sirio en esas conversaciones, y éste, ante el regocijo general, «contestaba». Nadie sospechaba, claro es, que estas escenas no fuesen fingidas; pero el curioso perro del reverendo Adams era bien recibido en todas partes, salvo en las familias de escasa imaginación. Los niños eran particularmente accesibles, pues Sirio permitía que lo cabalgaran y maltrataran comprendiendo a menudo «de un modo maravilloso» las conversaciones y juegos de los pequeños. Un chico de doce años insistió en afirmar que Sirio hablaba realmente y que él mismo lo entendía con frecuencia.

-Por supuesto que habla -dijo Geoffrey, y sonrió significativamente a los mayores.

A veces Geoffrey debía visitar alguna cantina o una casa de hospedaje en los muelles. Seguido por el observador Sirio, pasaba entonces de habitación en habitación, saludando a todos, o jugaba alguna partida de billar o dados, o miraba un asalto de boxeo. En cierta ocasión, con Sirio echado negligentemente en el suelo, dio una charla sobre «vivienda».

Sirio descubrió muy pronto que no todos recibían del mismo modo a Geoffrey. Algunos se mostraban suspicaces, o resentidos, y expresaban su malhumor persiguiendo furtivamente al perro. Para otros, que respetaban la bondad y sinceridad de Geoffrey, él y su religión eran supervivencias de un mundo prehistórico. Unos pocos buscaban su favor fingiendo una pie-

dad convencional. Uno o dos, por quienes Geoffrey mostraba un especial afecto, trataban una y otra vez de convertirlo al ateísmo. Los argumentos de ambas partes hicieron dudar a Sirio de la honestidad intelectual humana, pues su valor era a veces risiblemente pobre. Parecía como si a nadie le importara de veras la mera coherencia lógica, y lo esencial fuese mantener una posición. De todos aquellos hombres, nadie, según Sirio, parecía un «sincero cristiano», de acuerdo con el sentido que Geoffrey asignaba a estas palabras, aunque la personalidad del reverendo influía en muchos.

Sirio acompañaba a veces a Geoffrey a los muelles. Los extraños olores de las mercancías extranjeras le interesaban sobremanera. No sólo le informaban de las mercancías mismas, sino también de las tierras de origen. Le permitían «viajar con la nariz». Los olores de la gente de color lo intrigaron también. Negros, indios, chinos, todos tenían su aroma racial distintivo, muy diferente para él del olor característico del europeo.

En una ocasión, Geoffrey y Sirio asistieron a un pequeño tumulto. Los trabajadores del puerto estaban en huelga, pues habían despedido a algunos por causas políticas. Un grupo de rompehuelgas trató de meterse en los muelles, y los huelguistas atacaron a los intrusos. Geoffrey y Sirio llegaron en el peor momento. Volaban botellas y pedruscos. Un rompehuelgas cayó de bruces al barro, con la frente ensangrentada. Geoffrey corrió hacia él, con Sirio -que sentía el despertar de su naturaleza de lobo- pisándole los talones. Cuando el párroco se inclinó sobre el hombre caído, se oyeron los insultos de algunos portuarios. Sirio se interpuso entre Geoffrey y la multitud, mostrando los dientes y gruñendo con furia. La actitud hostil de los hombres no arredró a Geoffrey.

-¡Idiotas! -gritó-. Estoy de parte de ustedes, pero este hombre es tan precioso para Dios como cualquiera.

En ese momento el maltrecho tesoro de Dios recobró la conciencia y se puso de pie soltando las vituperaciones más impías.

Casi en seguida llegó la policía y blandiendo sus porras atacó a los portuarios. La mayoría huyó. Unos pocos se resistieron y fueron arrestados. Dos quedaron inconscientes.

Esa noche, antes de acostarse, Geoffrey y Sirio analizaron como de costumbre los sucesos del día. El interés de Sirio era esta vez muy grande. Había descubierto hacía tiempo que los hombres no eran muy unidos, y que las autoridades no simpatizaban mucho con el pueblo. Pero la escena observada en el muelle había sido especialmente significativa. De acuerdo con Geoffrey el objetivo de la huelga era hacer frente a una injusticia grosera. Sin embargo, la policía, actuando dentro de la mayor legalidad, había exhibido una brutalidad innecesaria.

Aquel mundo se parecía muy poco a los mundos de Gales y Cambridge. Los campesinos, intelectuales y portuarios eran más distintos entre sí que caballos, gatos y perros. Y sin embargo, la diferencia, indiscutiblemente, se debía sólo al ambiente. Pero el estudio de este tercer mundo ocupaba por ahora la atención de Sirio. Los otros dos se perdían en las sombras del sueño. Durante varias semanas el East End lo absorbió de tal modo que no miró hacia atrás, los otros mundos. Aunque al cabo de un tiempo empezó a anhelar el campo y el olor de las ovejas. Geoffrey lo dejaba solo ahora más a menudo, y Sirio mataba las horas vagando por las calles, observando las mal vestidas multitudes, escuchando sus simiescos parloteos, oliendo aquella insalubridad y frustración, y sintiéndose ajeno a todo. A la vez aquel espectáculo despertaba en él el problema de su propio futuro. En Gales no era más que un ovejero, una cosa; en Cambridge, una curiosidad. ¿Y en Londres? Bueno, en Londres era por lo menos un investigador de la especie humana. Pero ¿qué podía hacer? Estaba en su naturaleza entregarse a alguna tarea. ¿A cuál? ¿La de cuidar ovejas? ¿La ciencia? ¡El espíritu, por supuesto! Pero ¿cómo? Se sentía dominado por la melancolía, una melancolía que se debía sobre todo al estreñimiento. No encontraba allí ocasión de hacer ejercicios físicos, y no

podía dejar de comer. Y aún más, el estreñimiento alcanzaba también a su alma. Vivía absorbiendo alimentos mentales, y no hacía nada con ellos.

Un día, en una estación de ferrocarril, vio en las paredes unas grandes fotografías que anunciaban lugares de veraneo. Una de ellas mostraba un pequeño lago y unas pocas ovejas. Las olas golpeaban suavemente la costa rocosa. En el fondo se alzaba una montaña, sombría, entre nubes. En primer plano se amontonaban pastos y brezos que invitaban a correr. Se quedó mirando la foto, largo rato, dejándose invadir por la sensación del páramo. Se sorprendió tratando de captar el olor de las ovejas. ¿Serían de Pugh, o de algún vecino? Apenas podía creer que un día pudiese volver allí.

Decidió resolver firmemente, de una vez por todas, la cuestión de su futuro. Con o sin ciencia, con o sin espíritu, pasaría la vida en regiones como Gales, y no en barrios bajos, ni en ciudades universitarias. No podría vivir sino en los páramos. Pero ¿cómo expresarse en ese mundo?

Los domingos Geoffrey estaba siempre muy ocupado, y por supuesto Sirio no intervenía en las tareas sagradas. Aprovechaba entonces para hacer un poco de ejercicio, y se iba trotando hasta el bosque de Epping. Regresaba al anochecer y se encontraba con un Geoffrey viejo y desanimado. Muy pocos, había observado Sirio, iban a la iglesia. Geoffrey, aunque muy respetado y querido, no había logrado atraer a una gran congregación, y se consideraba un fracasado. No advertía -pero sí Sirio- que su influencia personal llegaba más allá de la esfera de su ministerio, y que había revelado a miles de personas la esencia de la religión, aunque éstas no aceptasen el ritual de una doctrina que -simbólicamente cierta en otra épocano concordaba ya con el espíritu de los tiempos. Algunos de los más entusiastas admiradores de Geoffrey eran gente que nunca había concurrido a una iglesia, ni se consideraba cristiana. Entre los que asistían a los servicios había unos pocos, por supuesto, que creían sinceramente en el mito cristiano, en «la verdad evangélica». Otros sólo sentían, vagamente, la necesidad de alguna suerte de vida religiosa. Reconocían en

Geoffrey un espíritu verdaderamente religioso, y éste les aseguraba que debían incorporarse al culto comunal. Pero el ejemplo vivo de su amor práctico no se esclarecía o fortificaba con los servicios. Geoffrey era incapaz de transmitir a estos servicios su ardiente pasión religiosa, y dudaba, ante este fracaso, de su propia sinceridad.

Sirio se atrevió a comunicarle a Geoffrey estas conclusiones, en las charlas que acompañaban a las comidas, o de noche, después de cenar. El anciano sacerdote las oía entristecido. No soportaba la idea de que ritos y doctrinas expresasen sólo simbólicamente la verdad. Prefería pensar que no era un buen servidor de Dios. Pero esto no impedía que el afecto y el respeto que lo unían al perro siguieran desarrollándose. Habían hablado largamente de sus propias vidas, y en particular de sus intereses religiosos. Geoffrey opinaba que los vagos anhelos de Sirio y su riguroso agnosticismo no eran terreno muy propicio para la religión. Sirio creía, por su parte, que la religión de Geoffrey era una trama incongruente de valores auténticamente intuidos y proposiciones intelectuales falsas o sin significado. Sirio había hablado de su amor por Plaxy llamándolo «un amor religioso; una manifestación, en suma, del espíritu universal». Le describió también a Geoffrey su extraña visión de Cambridge.

Veo, sé-dijo una vez- que Dios, de algún modo, es amor, y sabiduría, y acción creadora. Sí, y belleza. Pero no sé, sin embargo, quién es Dios, si el hacedor del mundo, o el aroma que exhalan todas las cosas, o, simplemente, un anhelado sueño. Ynadie lo sabe, me parece; ni usted ni yo, ni nadie de nuestra humilde estatura.

-Ojalá Dios, a su debido tiempo, te muestre la verdad que su Hijo vino a manifestar.

Otro día discutieron sobre la inmortalidad del alma. De pronto Sirio interrumpió preguntando: -Yo, por ejemplo. ¿Qué cree usted? ¿Tengo yo un alma inmortal?

-Me lo he preguntado a menudo -dijo Geoffrey en seguida-. Siento que la tienes y he rogado a Dios por tu salvación. Aunque si te salvas, no entenderé ese milagro.

Sirio había acudido a Geoffrey con la esperanza de encontrar la verdad religiosa. En Cambridge, a pesar de la abundancia de mentes libres e inconmovibles, faltaba algo, algo que él necesitaba. Había pensado que ese algo debía de ser la religión, y había ido a Londres. Yen Geoffrey, en verdad, la había encontrado. El hombre era, indudablemente, la encarnación misma de la religión en acción. Pero... pero... no se podía aceptar la religión del reverendo sin violar las enseñanzas de Cambridge, aquella constante lealtad hacia la inteligencia. Era más fácil, en cierto sentido, aferrarse a la fe y traicionar la inteligencia; aunque la activa fe de Geoffrey no era muy sencilla. No costaba mucho, por otra parte, aferrarse a la inteligencia y abandonar la fe, como McBane, por ejemplo. ¿No había conciliación posible? Sirio creía que sí, pero para expresar esa conciliación se requería una inteligencia y una sensibilidad muy superiores a las de quien recorría un solo camino. La pasión por el espíritu, un alerta modo de vida -fuera cual fuese su suerte personal-, una pasión despejada de creencias y consuelos, salvo la alegría de la pasión misma... y todo expresado en actos abnegados, como los de Geoffrey, ésa era la única y verdadera religión. Pero el pobre Sirio sentía tristemente que la religión era así, para él, inalcanzable. No tenía coraje suficiente. Carecía de la inteligencia y la pasión necesarias. Y además... no estaba preparado. ¡Si el espíritu se apoderara de él, inflamándolo para siempre! No, no era realmente inflamable. Una niebla húmeda le empapaba los tejidos.

La amistad del párroco y su perro fue muy comentada en el distrito, y llegó a decirse que el reverendo Adams hablaba a veces con el animal como si éste fuese un ser humano. El viejo, se comentó, estaba más ' raro cada día. Según algunos se había vuelto loco. Pero muy pronto se afirmó que el reverendo charlaba realmente con Sirio, y que éste era en verdad una criatura misteriosa. Los devotos hablaban de él como de un poseso o un ángel disfrazado. Los sabihondos afirmaban que la explicación era más sencilla: el perro era un experimento biológico.

Un día Sirio se presentó dramáticamente en la iglesia. Trataba, hacía tiempo, de obtener el consentimiento de Geoffrey, en parte porque quería asistir a uno de sus servicios, y, además, porque le irritaba no participar de la más solemne actividad humana como si fuese alguna criatura inferior. Geoffrey opinaba que la casa sagrada no era sitio para un animal. Sus superiores, y la congregación misma, podían ofenderse. Pero la voz de Sirio le parecía realmente soberbia, y el perro le insinuaba una y otra vez que podía entonar algún himno sin palabras desde la sacristía. Practicaba mientras tanto, en la casa, la música sacra favorita de Geoffrey.

Al fin, muy receloso, y con la impresión de que cometía si no una falta por lo menos una inadecuada travesura, Geoffrey aceptó que Sirio cantase en un servicio dominical. Llegó el gran día. Hombre y perro fueron a pie hasta la iglesia, y el sacerdote explicó al cantante el momento en que debía entonar el himno.

-Manténte detrás de la puerta -rogó-. Es una audacia, y si te descubren habrá dificultades.

Cuando la pareja llegó a la puerta de la iglesia, Sirio se detuvo un instante, miró atentamente a Geoffrey, y lanzó un chorro dorado contra el portón. Geoffrey rió nerviosamente y dijo:

-Podrías haber elegido otro lugar.

-No -replicó Sirio-. Fue un acto religioso. He derramado mis gotas en honor de su Dios, librando mi espíritu de impurezas. Me siento ahora más dispuesto a la caza, a la persecución musical de la presa divina.

Iba ya a comenzar el servicio cuando el sacristán advirtió que la puerta de la sacristía estaba abierta. Se acercó a cerrarla, pero el párroco lo detuvo con un ademán.

En un momento apropiado del servicio, Geoffrey anunció:

-Escucharán ahora un himno sin palabras entonado por un amigo mío que no nombraremos y que no aparecerá en público.

La enérgica y pura voz de Sirio, sin acompañamiento, llenó entonces la iglesia. Geoffrey escuchó con placer aquella interpretación tan expresiva y delicada. La verdad, le pareció, que había intentado manifestar toda su vida en palabras y hechos, estaba allí, en esa música. Y ahora un perro, interpretando a un gran compositor humano, Bach, la revelaba inconfundiblemente, aunque sin palabras. Muchos de los fieles se sintieron también conmovidos. Aquellos pocos con oído musical se sintieron impresionados e intrigados. La ejecución era exacta y expresaba, con severa contención, una pasión sutil y profunda. Pero lo más desconcertante era la cualidad curiosamente no humana de la voz. ¿Sería una hábil imitación instrumental de la voz de un hombre o una mujer? Los seres humanos no eran dueños de un registro tan amplio. Y si era un cantante, ¿por qué no aparecía en público?

Los rumores circularon toda la semana. Se decía que un gran artista había aceptado cantar anónimamente en la iglesia de Geoffrey. Los más piadosos se decían secretamente que el cantante no era un hombre, sino un ángel del cielo. Pero el temor al ridículo impidió -revelándose así la decadencia de la fe- que las almas sencillas proclamaran abiertamente esa creencia.

El domingo siguiente hubo más gente que de costumbre en los servicios matinales, aunque no la suficiente para llenar el templo. Era evidente que la curiosidad había atraído a muchos. Geoffrey los censuró en el sermón. No hubo himnos.

Sirio no volvió a cantar hasta el domingo próximo, el último que pasaría en el East End. Deseaba ahora, animado por el éxito, enfrentar a los fieles. La raza humana empezaría así a recibir su mensaje. Les cantaría algo compuesto por él mismo. Algo bastante inteligible para los oídos humanos, y aquella gente sencilla. Algo que les ayudara a sentir la verdad esencial de la religión, y la escasa importancia de los elementos mitológicos.

Geoffrey no se atrevía a permitir que Sirio cantara de nuevo, pues había llamado la atención de modo desmedido. Pero ansiaba también escuchar otra vez aquella voz poderosa en su iglesia. Y aun permitió, impulsado por su natural sinceridad, que el cantante apareciese a la vista de todos. Aunque tendría, indudablemente, problemas con el obispo y algunos miembros de su congregación, sentía que debía darle la bienvenida a su amigo canino en la casa de Dios. La perspectiva de escandalizar a alguno de sus superiores no dejaba por otra parte de seducirlo.

Sirio pasó varias mañanas en el bosque de Epping, ensayando sus obras. Aunque trataba de que no lo viesen, varias personas lo buscaron atraídas por su extraña voz. Cuando lo descubrían, Sirio transformaba su canción, gradualmente, en aullidos caninos normales. El intruso se alejaba pensando que la música que había creído oír había sido una ilusión.

La mañana del domingo Sirio cantó detrás de la puerta, en la sacristía, como la vez anterior. Pero la música fue muy distinta. Todos los tonos de la voz humana y todas las ululaciones caninas se fundieron en unos sonidos curiosos, pero claramente musicales, dulces, aunque también aterradores. De un gruñido horroroso pasaba a un alto y limpio gorjeo.

No entiendo bastante de música como para juzgar el valor de las interpretaciones de Sirio. Geoffrey decía que el fin supremo de este arte, como el de todas las artes, es expresar algún sentimiento religioso. Por eso había deseado que Sirio cantara en su iglesia, y que los fieles lo oyesen. Sirio sostenía, asimismo, la validez de sus creaciones, aunque a seres imperfectamente musicales pudieran parecerles ridículas. Si se quiere encontrar en la música algún significado, le oí decir a menudo, que supere el del mismo esquema sonoro, su raíz debe buscarse en alguna actitud emocional. La música no puede hablar directamente del mundo objetivo, o la totalidad del universo. Pero puede expresar, sí, sentimientos religiosos. Si se la

Librodot

quiere interpretar en palabras, éstas describirán el mundo que ha inspirado esos mismos sentimientos.

La extraña música que Sirio entonó en la iglesia de Geoffrey, hablaba del dolor y el placer físicos, y de relaciones del espíritu. Expresaba en sonidos, transformándolos en símbolos universales, los espíritus de Thomas, Elizabeth, Plaxy, y el propio Geoffrey. Hablaba de amor y muerte, del hambre espiritual, y la naturaleza de lobo de Sirio. Hablaba del East End y el West End, la huelga portuaria, y el cielo estrellado.

Por lo menos para Sirio. La mayoría de los fieles oyó una serie incoherente de música y ruidos, y, más aún, una suma de elementos familiares, cómodamente piadosos, o diabólicos.

En el sermón Geoffrey intentó transmitir a la congregación lo que había significado para él aquella rara música.

-El cantante -dijo- ha tenido sin duda una experiencia personal del amor, y lo ha reconocido como absolutamente bueno. Debe de haber sentido también la presencia del demonio, en el mundo y en sí mismo.

En el servicio nocturno, cuando Geoffrey anunció el himno agregó:

-Esta vez el artista cantará en la iglesia. No se enojen. No se crean víctimas de una broma pesada. El cantante es un amigo, y es bueno que sepan que Dios todavía puede hacer milagros.

Y de la sacristía salió el enorme animal, castaño y negro, con la cabeza y la cola orgullosamente erguidas. Los ojos grises miraban, penetrantes, a los fieles. Se oyeron claramente algunas exclamaciones de protesta y sorpresa. Siguió un silencio mortal. Era como si el poder del ojo, que el perro pastor usaba tan eficazmente con las ovejas, dominara ahora a todo un rebaño humano. Sirio había entrado en la iglesia dominado por augustos sentimientos, pero el espectáculo de las ovejas humanas extasiadas lo halagó realmente. No pudo resistir la tentación de volverse hacia Geoffrey y hacerle con el ojo que los fieles no veían, un guiño muy humano. Luego de este desliz, que escandalizó al reverendo, Sirio se dominó. Abrió la boca, exhibiendo los blancos colmillos que recientemente habían matado un carnero y un caballo y aferrado el cuello de un hombre. La música inundó la iglesia. Geoffrey creyó oír ecos de Bach y Beethoven, Holst, Vaughan Williams, Stravinsky y Bliss; pero había allí, también, algo que era Sirio puro. Para la mayor parte de los asistentes, de nivel musical -y humano- mucho más bajo que el del párroco, aquello fue sólo una novedad interesante. Algunos sintieron cierta inquietud, y hasta repugnancia. Unos pocos decidieron que se trataba de una mala imitación de la verdadera música. Uno o dos se sintieron quizá realmente conmovidos. La ejecución duró largo rato, pero el público permaneció inmóvil y atento. Sirio terminó de cantar y miró a Geoffrey, que le devolvió la interrogadora mirada con una sonrisa de admiración y afecto. Sirio se echó en el suelo, el hocico entre las patas, la cola estirada. Los servicios religiosos continuaron.

Geoffrey empezó su sermón tratando de interpretar la música, y previniendo que ésta podía tener, legítimamente, significados muy distintos para distintas personas, que quizá no coincidieran con las ideas del compositor cantante. La congregación se sobresaltó. ¿Debían admitir que el animal que había cantado la música también la había compuesto, y que el espectáculo no había sido una exhibición circense sino realmente un milagro? Equivocado o acertado, Geoffrey dijo:

-La canción me dio una visión de la humanidad desde fuera de la humanidad, desde el punto de vista de otra criatura de Dios, una criatura que nos admira y desprecia, a la vez, que hemos alimentado y que hemos lastimado. El cantante nos mostró la humanidad con ecos de los grandes compositores humanos, y temas que recuerdan el aullido del lobo y el ladrido del perro. ¡Y qué humanidad! Una humanidad donde imperan Dios y el demonio, el amor y el odio, una astucia nada animal, y una sabiduría que se confunde con la locura, un fabuloso

Librodot

poder que frecuentemente no es más que la voluntad de Satanás. -Geoffrey habló en seguida de los lujos de los ricos y la miseria de los obreros, de huelgas, revoluciones, y la amenaza de una guerra terrible.- Y sin embargo, no desconocemos el amor. En la canción, como en mi propia experiencia, me parece oír que el amor y la sabiduría triunfarán al fin, pues el amor es Dios.

Geoffrey observó a Sirio que parecía a punto de protestar y continuó:

-Mi amigo no está de acuerdo con esta parte de mi charla. Pero así me afectó en verdad su música. -Hizo una pausa y concluyó su sermón:- Envejezco con demasiada rapidez. No podré acompañarlos mucho tiempo. Pero cuando me haya ido recuérdenme por este día. Recuerden que una vez, por la gracia de Dios, pude mostrarles un hermoso milagro.

No muchos de aquellos hombres y mujeres imaginaron entonces -el verano de 1939- que unos meses más tarde, no sólo el viejo sacerdote sino también gran parte de la congregación yacerían aplastados bajo las ruinas del East End, y que la iglesia serviría de faro llameante a los aviones enemigos.

Al terminar los servicios, Sirio salió detrás de Geoffrey, y antes que la congregación hubiera ganado la calle corría ya hacia la casa del reverendo. Allí esperaba Elizabeth, de acuerdo con lo planeado, para llevarse a Cambridge la obra maestra de Thomas.

Durante las semanas siguientes Sirio recibió varias cartas de Geoffrey que describían la excitación del barrio. Los periodistas lo acosaban continuamente, pero él se había negado a hablar. El domingo que siguió a la partida de Sirio la gente llenó la iglesia, pero Geoffrey sospechaba que sólo una pequeña minoría había acudido por motivos religiosos. Muy pronto advirtió que la inocente aparición de Sirio había sido interpretada como una exhibición de propaganda. Sus superiores eclesiásticos le llamaron la atención y habrían llegado a despojarlo de su parroquia sino hubiese sido por la apasionada lealtad de sus amigos.

Cuando Sirio le relató a Thomas el incidente, éste se mostró primero disgustado, pero la situación era tan graciosa que perdonó la travesura.

11
El hombre tirano

En el verano de 1939 las nubes de la guerra se acumulaban ya sobre Europa. Todos vivían temiendo el futuro, o esperando, contra toda esperanza, que la tormenta no llegara a estallar. A Sirio la situación internacional nunca le había interesado; pero aquello era distinto. La perspectiva de la guerra molestaba también a Thomas. Quería continuar tranquilamente su trabajo, y temía que la guerra se lo impidiese. Si se producía lo peor, podían contar con él. Pero si aquellos políticos imbéciles hubiesen sido más inteligentes y honrados, no habría habido tales problemas. Ésta era también, aproximadamente, la actitud de Sirio, sólo que, además, experimentaba una creciente cólera. La especie dominante gozaba de un poder enorme; tenía tantas oportunidades, y todo lo echaba tristemente a perder.

Durante las vacaciones de verano, la familia Trelone pasó sólo unas pocas semanas en Gales. Fueron unas vacaciones sombrías, pues era imposible olvidar la situación. Thomas parecía amargado, y Elizabeth, desesperadamente triste. Tamsy, que se había casado hacía unos meses, pasó su semana en Gales leyendo los periódicos y escuchando la radio. Maurice, ahora profesor en Cambridge, discutió minuciosamente con Tamsy las posibilidades de Hitler. Giles callaba, tratando de aceptar la idea de que muy pronto tendría que combatir. Plaxy se

Librodot

desentendió por completo del asunto, y cada vez que salía a luz dejaba la habitación. Sirio se dedicó a recuperar su estado físico.

Cuando estalló la guerra, se encontraba en una granja de Cumberland, aprendiendo las costumbres de los pastores lugareños y acumulando experiencias quizás importantes, pero dolorosas. Thwaites, que no representaba dignamente a los criadores de la zona, era un amo duro y muy poco razonable. Sirio no había tenido mucho trato con gentes de este tipo. Sospechó de Thwaites desde un comienzo al advertir que su perro, Roy, un pastor de frontera, lo eludía continuamente y se encogía cuando el hombre le hablaba. En las relaciones de Thwaites con Sirio salió quizás a luz algún conflicto ajeno a la cuestión, y en parte olvidado. El hombre alimentó un odio irrefrenable hacia el perro, quizá porque sospechaba que Sirio no era un superovejero común, y que lo juzgaba, en privado, muy severamente. En fin, desde los primeros días Thwaites trató a Sirio con tosca dureza. Me resulta difícil justificar la grosera negligencia de Thomas al elegir los instructores de Sirio. A Thomas no le interesaba la faz psicológica del gran experimento. Aunque esta aparente falta de sensibilidad era sólo, quizá, falta de imaginación. Sin embargo, su descuido fue esta vez tan flagrante que me inclino a atribuirlo a algún propósito deliberado. ¿Había decidido que el perro conociese el aspecto más brutal de la raza humana? Si fue así, su propósito se cumplió satisfactoriamente.

De cualquier modo, Thwaites exhibía constantemente su odio, ordenándole a Sirio que arrastrase pesados bultos con la boca, y obligándolo a realizar tareas propias de la mano del hombre. Le encontraba siempre algún nuevo y molesto trabajo, muchas veces inútil, y se reía y se burlaba de él hablando con los vecinos.

Al principio, Sirio apreció esta oportunidad de conocer a un hombre brutal. Los seres humanos con quienes había vivido hasta entonces habían sido demasiado amables. Necesitaba conocer a la especie en sus peores momentos. Pero no se acobardaba cuando Thwaites ordenaba algo, y pronto surgieron dificultades. El hombre, exasperado, lo insultaba con cualquier pretexto, y Sirio lo observaba con una fría y ostensible sorpresa. Esto, naturalmente, empeoraba las cosas. Pasó un tiempo y la agria voz de Thwaites y todo aquel ambiente empezaron a irritar a Sirio. Olvidó gradualmente los suaves contactos humanos de Gales, Cambridge y Londres, y pronto se sorprendió pensando que Thwaites era el hombre típico. Se vio oscuramente como el defensor de su propia especie contra una raza de tiranos. Las grandes manos crueles de Thwaites simbolizaron el largo proceso con que los hombres habían ido dominando a todas las criaturas del planeta. De modo irracional, aunque como cazador también él había infligido torturas y muerte, Sirio se sintió dominado por una virtuosa indignación contra la mera crueldad del hombre. La compasión por los débiles, que le habían inculcado sus amigos humanos, se volvió contra la humanidad misma.

Thwaites había amenazado varias veces a Sirio con su bastón, pero las enormes dimensiones del perro y la peligrosa expresión de su mirada lo habían apaciguado. No obstante, su rencor no dejó de aumentar.

Aunque el incidente que provocó la catástrofe no fue un ataque a Sirio, sino a Roy. Unos días antes de la llegada de Thomas, que se llevaría a Sirio, hubo ciertas dificultades con unas ovejas que Roy había metido en el patio. Thwaites golpeó al perro en la grupa. Sirio, furioso, se lanzó contra Thwaites y lo derribó. Luego, dominándose, retrocedió y miró cómo el hombre se ponía de pie. Roy desapareció rápidamente de la escena. Thwaites se gobernaba por un principio muy sencillo: cuando los perros se mostraban rebeldes había que someterlos con azotes; es decir, había que azotarlos hasta dejarlos casi muertos. Llamó a su ayudante.

-¡Anderson! Este animal se ha rebelado. Ven, y le daremos una lección.

No hubo respuesta. Anderson estaba en el campo. Thwaites no era cobarde, pero la perspectiva de azotar sin ayuda a aquel gigantesco y astuto animal no le agradaba. Sin embargo, había que aplastar la insubordinación. Y además, un animal tan peligroso podía

hacer mucho daño. Lo mejor era acabar con él. Podía decirle a Trelone que el perro había enloquecido. Entró en la casa. Sirio pensó en seguida que saldría armado. Corrió a la puerta y se agazapó junto al muro. Cuando Thwaites pisó el umbral, Sirio dio un salto, derribándolo otra vez, y tomó la escopeta con los dientes. Los antagonistas rodaron por el suelo. Thwaites se puso trabajosamente de pie, y trató de disparar el arma. Salió un tiro, que no dio en el blanco, y luego otro. Sirio soltó la escopeta. Thwaites metió la mano en el bolsillo y sacó un par de cartuchos. Sirio saltó, derribó una vez más a Thwaites y le mordió el cuello apretando con todas sus fuerzas. El sabor de la sangre humana y el ahogado jadeo del hombre le inspiraron una furia jubilosa. En un acto simbólico mataría no sólo a Thwaites sino a toda la raza tiránica. Desde ese día los animales, todos, vivirían naturalmente, y aquellos advenedizos ya no perturbarían el orden del planeta. Mientras, perro y hombre se retorcían y forcejeaban. De pronto, el hombre cedió, soltando a Sirio. Éste se calmó, y consideró la situación con mayor serenidad. Al fin y al cabo, aquella criatura sólo expresaba la naturaleza que el universo había alimentado en él. Y lo mismo toda la raza humana. ¿Por qué ese odio? El hedor humano le recordó entonces la fragancia de Plaxy. El sabor de la sangre, el cuello que apretaba con los dientes lo horrorizaron. Soltó a Thwaites, se apartó, y como un nuevo Caín se quedó contemplando los débiles movimientos de su hermano no canino.

Había que resolver ahora ciertos problemas prácticos. La mano del hombre se volvería implacablemente contra él. La mano de dos mil millones de seres humanos; toda la raza, salvo sus propios amigos. Sintió una espantosa soledad. Un aviador que vuela sobre territorio hostil, con enemigos abajo y estrellas arriba, puede sentirse a veces desesperadamente solo, pero su soledad no es nada comparada con la que entonces oprimía a Sirio. Toda la raza humana estaba contra él; nadie en su propia especie era capaz de entenderlo, y ninguna jauría, en ninguna parte, lo consolaría y aceptaría.

Fue a la artesa del patio, bebió y se lamió el hocico. Una vez más miró a Thwaites, ahora inmóvil, con el cuello desgarrado y sangrante. Él mismo sentía el cuerpo dolorido y rígido. Imaginó el dolor del hombre y se le acercó. Ya había en él un leve olor a muerte. No era necesario, entonces, arriesgar la vida y buscar un médico. Obedeciendo a un repentino impulso, lamió levemente la frente del hermano asesinado. Se oyeron unos pasos, a lo lejos. Sirio echó a correr, saltó el portón, y se precipitó hacia los páramos distantes. Usó de las tretas del zorro, para despistar a posibles sabuesos. Volvió sobre sus huellas, se metió en arroyos, recurrió a otras varias artimañas. Aquella noche durmió entre los helechos de un valle remoto. Al día siguiente el hambre lo obligó a cazar. Atrapó un conejo y lo llevó a su madriguera. Pasó el día escondido, pero se sentía curiosamente contento. Su crimen, pues en verdad era un crimen, podía entenderse también como un acto de autoafirmación. Se había emancipado para siempre del hechizo de la raza de los amos. Se quedó allí otras dos noches y un día. Después partió al encuentro de Thomas, que debía encontrarse en la granja por la tarde. Llegó a un recodo de la carretera, donde el coche tendría que aminorar la marcha casi hasta detenerse, y se escondió en la espesura de unas malezas. De vez en cuando pasaba un caminante, o un coche. Al fin oyó el ruido inconfundible del Morris 10 de Thomas. Dejó cautelosamente su escondrijo, y miró alrededor. No había nadie. Salió al camino. Thomas detuvo el coche y descendió con un alegre -¡Hola!.

Sirio, con la cola gacha, le dijo sencillamente: -He matado a Thwaites.

-¡Cielos! -exclamó Thomas y lo miró en silencio, boquiabierto.

El aguzado oído de Sirio oyó unos pasos distantes. Se retiraron al bosque a discutir la situación. Decidieron que Thomas iría a la granja, como si nada supiese, y que Sirio esperaría escondido.

No es necesario que describa aquí minuciosamente la resolución del problema. Thomas, por supuesto, no le dijo a la policía que había encontrado a Sirio. Negó enérgicamente que sus

Librodot

superovejeros fuesen animales peligrosos, y presentó algunas pruebas. Afirmó que Thwaites debía de haber tratado muy mal a Sirio, y el hombre -parece- tenía fama de sádico. Podía asegurarse que había herido al perro con la escopeta. El animal se había defendido. ¿Y dónde estaba el perro ahora? La criatura debía de haber muerto a causa de las heridas, en alguno de los páramos.

Thomas relató a Sirio esta parte de la historia, pero el asesino no se tranquilizó hasta mucho después. En verdad, las cosas no habían salido tan bien como informó Thomas. Decidido a proteger su obra maestra canina, el fisiólogo recurrió a una triquiñuela que calmaría a los suspicaces funcionarios. Dejaría pasar un tiempo, y luego notificaría que el animal asesino había vuelto al hogar, donde había sido eliminado. Sacrificaría a cierto superovejero alsaciano y haría pasar su cadáver por el de Sirio.

Thomas recogió al perro en el recodo, pero ya en las últimas horas del día, concluida la indagación judicial. Cuando llegaron a Garth, brillaba la luna llena.

12
Sirio granjero

Elizabeth y Plaxy descubrieron a la mañana siguiente que el perro y el hombre ya habían vuelto. El lamentable estado de Sirio -abatido y silencioso, la pelambre sucia y opaca, el cuerpo muy delgado- las sorprendió.

Plaxy, que acababa de pasar un feliz y atareado año en Cambridge, había decidido aprovechar sus vacaciones, y corregir los errores de sus relaciones con Sirio. Ella misma lo lavó y lo cepilló cuidadosamente. Le quitó una espina de una pata y le curó la herida de otra. Sirio se entregó sin reservas a las firmes y suaves manos de su amiga, y a aquel olor, que era, para él, la característica más notable de Plaxy. La joven le pidió que le hablara de la vida en Cumberland, y el perro le contó todo... menos lo principal. Era fácil advertir que Sirio ocultaba algo, de modo que Plaxy insistió, sospechando además que él no deseaba callar. En verdad, Sirio ansiaba confesárselo todo. El recuerdo del crimen lo atormentaba constantemente. Había cometido un asesinato. No podía cerrar los ojos. No servía de nada disculparse diciendo que había matado a Thwaites en defensa propia. Le había apretado el cuello más tiempo del necesario. No, se trataba de un crimen, y era muy probable que tarde o temprano descubrieran la treta de Thomas. De cualquier modo, el asesinato pendería sobre él para siempre, no sólo como la amenaza de un castigo, sino también como un mortal remordimiento. Había destruido una criatura, biológicamente distinta, sí, pero hermana en el espíritu. Sirio anhelaba la simpatía de Plaxy, pero temía su horror. Y Thomas, además, le había pedido que no se lo contara a nadie.

Durante aquellas vacaciones, Sirio y Plaxy hablaron mucho de sí mismos, y de sus amistades, de arte, de la música de él sobre todo, de filosofía y religión. Hablaron, también, de las experiencias de Sirio con Geoffrey, y de la guerra, que aunque era para ambos irreal y remota, no podían dejar de lado. Algunos amigos de Plaxy ya combatían.

Pero aunque al principio había mucho que decirse, más tarde sobrevinieron largos silencios, cada vez más prolongados y frecuentes. Sirio cavilaba sobre el futuro, y Plaxy se pasaba el tiempo recordando. La joven sentía otra vez necesidad de compañía humana. De acuerdo con el olfato de Sirio estaba plenamente madura para el amor de los hombres.

Mostraba hacia él ya una clara ternura, ya una clara frialdad. A veces, cuando ella lo acariciaba, un abismo parecía abrirse de pronto entre ellos, el abismo demasiado grande que separaba al perro de la mujer. Pero otras veces la madurez sexual de Plaxy se confundía de algún modo con su amor por Sirio, y lo trataba con timidez, despertando en él sentimientos similares, de tipo cálidamente sexual. Entonces Sirio la acariciaba, si ella se lo permitía, con una nueva ternura. Pero esos momentos eran raros, y terminaban con la atemorizada frialdad de Plaxy. Le parecía a ella, así me lo dijo mucho después, que en aquellos extraños y dulces momentos empezaba a alejarse para siempre de su propia especie. Y sin embargo, no había en ellos más que inocencia y belleza.

-La música de nuestra vida -le dijo Sirio una vezes un dúo de variaciones sobre tres temas. Uno es la diferencia biológica; especie humana y especie canina. Otro, el amor que ha crecido entre nosotros, a pesar de las diferencias. En verdad se alimenta de ellas. El tercero, el sexo, que a veces nos separa biológicamente, y otras nos une en el amor. -Se miraron en silencio. Sirio añadió:- Hay un cuarto tema en nuestra música, donde se funden quizá los otros tres. Nuestro viaje por el espíritu, un viaje que hacemos juntos, aunque estemos en polos opuestos.

-Oh, Sirio -dijo Plaxy-, te quiero. No estamos en realidad en polos opuestos. Quiero decir en el espíritu. Pero todo es tan extraño y aterrador.... Me entiendes, ¿verdad? Tengo que ser realmente humana. Además... los hombres pueden ser para mí algo mucho más importante que para ti las perras.

-Naturalmente -dijo Sirio-. Tú tienes tu vida y yo la mía. A veces nos encontramos, y otras chocamos. Pero siempre, sí, estamos unidos en el espíritu.

Se preguntó si a Plaxy le importaría mucho lo de Thwaites, y dedujo que no. Se horrorizaría, por supuesto, pero no mostraría mayor repugnancia. Desde el día del crimen, advirtió de pronto, había estado condenándose en nombre de Plaxy, y alimentando un amargo resentimiento. Un resentimiento tan profundo que nunca lo había reconocido como tal. Pero comprendía ahora, por algún motivo, que ella no lo condenaría, y el resentimiento se hizo consciente y a la vez desapareció.

Avanzadas las vacaciones, Plaxy volvió a sus estudios. Estaba muy atrasada, dijo. Cuando llegó el día de la partida se mostró, como de costumbre, triste y animada al mismo tiempo. En la estación buscó una excusa y se retiró con Sirio a una parte menos concurrida de la plataforma.

-En estos últimos días hemos estado otra vez separados -dijo-, pero ocurra lo que ocurra no olvidaré que soy la parte humana de Sirio-Plaxy.

Sirio le tocó la mano con el hocico y respondió: -Nos une un tesoro, una luminosa joya común. Durante las vacaciones Sirio se había ocupado de muchas cosas, además de su tesoro. Sobre todo había discutido su futuro con Elizabeth y Thomas, interviniendo a veces Plaxy como crítico desinteresado. Sirio no quería volver al ambiente sutilmente enervante de Cambridge. Era hora, dijo, de vivir una vida independiente. Creía que podría expresarse a sí mismo, al menos por un tiempo, cuidando ovejas. Pero para esto necesitaba un puesto de responsabilidad, y no el de un simple ovejero. ¿Qué se le ocurría a Thomas?

Al fin se adoptó un plan audaz. Debido a la falta de mano de obra, Pugh, algo enfermo, tenía dificultades en la granja. Thomas decidió decirle la verdad, y proponerle que Sirio se uniera a él, ya no como ovejero, sino como socio. O, mejor aún, el laboratorio se asociaría con Pugh y contribuiría con un capital. Elizabeth representaría los intereses del laboratorio. Como Sirio era sólo un perro no firmaría contratos ni sería dueño de propiedades. Pero sería realmente el verdadero socio de Pugh, quien le enseñaría a administrar la granja y a comprar y vender la lana y las ovejas. Otro asunto lateral e importante sería el adiestramiento y venta de superovejeros.

Hubo varias prolongadas discusiones con Pugh. Éstas sirvieron, por lo menos, para que el hombre aprendiera a entender el lenguaje de Sirio, ayudado por Thomas y Elizabeth. El anciano estaba dispuesto a aceptar, pero presentó algunas cautelosas objeciones que fue necesario destruir una a una. La señora Pugh no estaba muy convencida. Temía secretamente que el hombre-perro fuese obra del mismísimo Satanás. Nunca creyó seriamente en la intervención de Thomas. La hija de Pugh, que podía haber participado también en el arreglo, se había casado y vivía ahora en Dolgelly.

No pasó mucho tiempo antes que Sirio fuese a vivir a Caer Blai. Se dispuso que dormiría comúnmente en Garth, pues podía cubrir en pocos minutos el trayecto que separaba las casas. Pero se le preparó en Caer Blai, para algún caso de urgencia, la habitación que había ocupado la hija de la casa. Thomas trasladó a la granja los libros que había reunido Sirio sobre la cría de ovejas, un guante de escribir, y otros materiales. Sirio llevó además las fajas y cestos que le permitían transportar cosas y mantener la boca libre. En los primeros días había necesitado de manos humanas para colocarse los aparatos, pero ahora, con una mayor habilidad «manual» y un cierre ingenioso, podía ponérselos o quitárselos en pocos segundos.

Pugh nada podía enseñarle a Sirio sobre el cuidado de las ovejas. El perro tenía mayor experiencia, y conocimientos mucho más científicos, y trazó rápidos planes para mejorar la calidad de los rebaños y agrandar los campos de pastoreo. Pero ignoraba toda cuestión administrativa. No sólo debía estudiar los precios y los problemas de contabilidad, sino también la faz agrícola, pequeña, pero importante. Antes de la guerra, la agricultura había estado allí subordinada a las necesidades de las ovejas. Sólo se cultivaba heno, y unos pocos granos. Pero ahora había que dedicar hasta la última hectárea a la producción de alimentos, y Pugh había sembrado avena, centeno y patatas. Sirio, por su falta de manos, no podía ayudar mucho en este aspecto, pero estaba dispuesto a entender el trabajo y aprender a dirigirlo. La necesidad de contratar mano de obra humana planteó el problema de las relaciones de Sirio con el mundo exterior. Thomas, con su fobia a la publicidad, se resistió a que la gente conociera los verdaderos poderes de Sirio, pero obviamente en aquella nueva vida no sería posible seguir fingiendo. Sin embargo, dijo Thomas, no debía revelarse la verdad sino en forma gradual. De esa manera la gente reaccionaría mejor. Pugh, en un principio, mantendría charlas sencillas con Sirio en lugares públicos. Más tarde haría saber que respetaba el juicio del perro en los problemas con las ovejas. De ese modo Sirio sería aceptado poco a poco por los vecinos.

Durante algún tiempo Sirio aprendió a adiestrar superovejeros. Los animales de la granja, el viejo Idwal, y una joven perra, Mifanwy, se comportaban ya más inteligentemente que cualquier animal normal brillante. El mejor de los superovejeros, Juno, había enfermado de una oscura dolencia cerebral, y Pugh se vio obligado a matarla.

Al cabo de un tiempo Sirio le escribió a Thomas que se encontraba preparado para la nueva empresa. Thomas le envió tres cachorros. Sirio creía que educados por un miembro de su propia especie, pero de inteligencia superior, esos animales llegarían a ser mucho más competentes que Idwal y Mifanwy, e incluso que Juno. Abrigaba también la secreta esperan

za de que en esta o en futuras camadas, apareciese una criatura de su mismo nivel mental. Aunque era muy poco probable, pues en ese caso Thomas descubriría al animal en sus primeros meses de vida. En realidad, había intentado muchas veces producir otro Sirio, pero sin éxito. En algunos casos había obtenido animales de gran cerebro y alta inteligencia, pero físicamente débiles, que no llegaron a la madurez. Casi todos, sin embargo, habían sido defectuosos mentales. Parecía que cuando los hemisferios cerebrales superaban ciertas dimensiones, la discrepancia con la organización canina común era excesiva. Incluso en el hombre, donde cuerpo y cerebro se han desarrollado armónicamente a lo largo de millones de años, un cerebro demasiado grande parece afectar todo el sistema, y como una excrecencia

morbosa conduce con frecuencia a desórdenes mentales. En el caso del perro las consecuencias eran aún peores.

No sólo tuvo que adiestrarse Sirio, sino también Elizabeth. Aunque normalmente ella pasaba más tiempo en Cambridge que en la granja, se convino que ese año viviría unos meses en Garth. Era ahora una mujer de mediana edad, pero robusta, y en la guerra anterior había trabajado en el campo. Al principio Pugh no pudo tratarla sino como una visitante, pero al fin se desarrolló entre ellos un tipo de relación que concordaba muy bien con el carácter del granjero. Elizabeth representaba el papel de la criada perezosa y gruñona, y Pugh el de amo exigente. Se complacía en criticar el trabajo de la mujer, le echaba en cara su ociosidad, y la amenazaba con denunciarla a Sirio, o con el despido, si no le hablaba más cortésmente. Ella, por su parte, exhibía un burlón servilismo y una afectuosa insolencia. La señora Pugh tardó

mucho tiempo en comprender el verdadero carácter de estas disputas. Su ansiedad aumentaba al advertir que Sirio -entrando en el juego- intervenía a veces como el perro fiel que defiende a su ama de amenazas y ataques. Un día, mientras la señora Pugh trataba ansiosamente de hacer callar a su marido, éste se interrumpió y amenazándola con el dedo, le hizo un guiño a Elizabeth y dijo:

Ah, pero no sabes, querida, cómo nos comportamos la señora Trelone y yo cuando tú no estás. Sí, de veras, parecemos entonces un par de tórtolos. ¿No es así, señora Trelone?

Sirio y Elizabeth trabajaron mucho toda la cuaresma. Thomas iba de cuando en cuando a Gales, para ver cómo marchaban las cosas, y en una ocasión llevó a dos amigos, hombres de ciencia, para que conociesen a Sirio. Otra vez, como Sirio mostrara mucho interés en mejorar los pastizales del páramo, fue con él a visitar la estación agrícola de Aberystwyth. Sirio regresó animado por audaces ideas, que expuso ante un condescendiente pero cauteloso Pugh.

En verdad, ésta fue la época más feliz en la vida de Sirio. Le parecía que sus poderes supercaninos encontraban al fin aplicación adecuada, y nunca se había sentido tan independiente. El trabajo lo preocupaba a menudo, pues, como verdadero novicio, cometía numerosos errores. Pero era también un trabajo variado, concreto, y -como él decía- espiritualmente sólido. No le quedaba mucho tiempo para especulaciones intelectuales, y menos aún para escribir; pero ahora estas tareas no lo atraían tanto. No obstante se prometió que más tarde, cuando el trabajo le resultara más fácil, retomaría el hilo de sus anteriores actividades musicales y literarias.

El único recreo que se concedía entonces era la música. De noche, mientras Elizabeth bostezaba en una poltrona, luego de haber pasado el día al aire libre, Sirio escuchaba los conciertos que transmitían por radio, o ponía algún disco en el fonógrafo. A veces, cuando recorría los páramos con sus jóvenes discípulos, entonaba algunas de sus propias canciones. Las menos humanas afectaban singularmente a los superovejeros.

Entre éstos debemos mencionar a Mifanwy, la inteligente y joven ovejera con algo de perro de caza. Era esbelta como un leopardo, y tenía una pelambre abundante y sedosa. Sirio había decidido abstenerse de relaciones sexuales con subordinados. Además consideraba a Mifanwy propiedad de Idwal. Pero éste envejecía. Como era un simple superovejero, se hundía inevitablemente en la senilidad con más rapidez que Sirio, en los umbrales de la madurez. Llegó la época de celo. Mifanwy rechazó a su antiguo amante y trató por todos los medios de seducir a Sirio. Durante un tiempo éste se hizo el desentendido, pero al fin, un día, se puso a jugar con la dulce hechicera subhumana, aunque supercanina. Idwal protestó; pero Sirio, más pesado, y biológicamente más joven, hubiera podido probarle, si fuese necesario, que toda protesta era inútil. Aunque en verdad Idwal sentía tanto respeto y admiración hacia su amo canino, que su protesta no pasó de un gimoteo y un gruñido ocasional.

A su debido tiempo Mifanwy tuvo cinco cachorros. Por supuesto, eran de cabeza normal, pero la mayoría tenía en la frente la mancha castaña que distinguía a Sirio, y que éste había

Librodot

heredado de su madre. A las pocas semanas fue evidente que les corría sangre alsaciana por las venas. Si Sirio no era el padre, tenía que ser el abuelo. Los rasgos alsacianos que caracterizaban a algunos perros vecinos provenían también de Sirio. Durante un tiempo los granjeros locales abrigaron la esperanza -sin estímulo oficial alguno- de que si el hombre-perro tenía relaciones con sus perras, éstas darían a luz cachorros supercaninos. Pero esta esperanza se frustró una y otra vez, aunque las gotas de sangre alsaciana habían vigorizado útilmente la raza local de ovejeros. Incluso cuando ambos padres eran supercaninos los hijos nacían normales. En cuanto a Sirio no mostró interés alguno en su atrasada progenie. Trató a los tres hijos y las dos hijas que había tenido con Mifanwy como simples cosas. Un representante de cada sexo fue ahogado al nacer. A los otros tres se los dejó con la madre más tiempo que el de costumbre, hasta que los sentimientos maternos de Mifanwy, supercaninos pero subhumanos, se debilitaron. Sirio vendió entonces los dos hijos y la hija que le quedaban.

Entretanto seguían llegando de Cambridge los cachorros supercaninos que Sirio debía adiestrar. La mayoría fue convertida en superovejeros, pero la guerra pareció abrir nuevas posibilidades para los brillantes animales de Thomas.

La guerra y sus economías obstaculizaban seriamente el trabajo del laboratorio. Thomas previó que muy pronto la organización se disolvería, o debería dedicarse a algún tipo de investigación bélica. En esos días, la primavera de 1940, la guerra pasó de su fase «en broma» a su fase violenta. El derrumbe de Holanda, Bélgica y luego Francia, hizo sentir a los británicos que deberían luchar por sus vidas. Para Trelone la guerra había sido siempre un enorme desatino. Las mentes dedicadas al progreso de la ciencia no podían prestarle atención. Pero al fin debió reconocer que el desatino amenazaba la posibilidad misma de la ciencia. Se hizo entonces dos preguntas. ¿Hasta qué punto, ante todo, podía ayudar su trabajo a ganar la guerra? Y además, ¿qué tareas útiles podía encarar el laboratorio? Pensó que si producía una cantidad bastante grande de superovejeros, quizás éstos pudieran desempeñar algún papel de importancia. El gobierno adiestraba ya a perros normales que actuaban como mensajeros en las zonas de combate, y evidentemente los superovejeros resultarían mucho más útiles. Se dedicó por lo tanto al estudio de la posible producción en masa de esos animales. Le dijo asimismo a Sirio que adiestrara como mensajeros a algunos de sus mejores alumnos.

Al fin Thomas se encontró preparado para exhibir a tres de sus animales, y luego de mucho importunar consiguió una entrevista. La exhibición fue brillante. Le aseguraron a Thomas que los mensajeros supercaninos serían muy útiles. Thomas esperó luego, impacientemente, varias semanas. Al fin escribió una serie de cartas respetuosas. Le respondieron que su sugerencia corría ya por los rieles de costumbre. Pero no ocurrió nada. Todos los funcionarios parecían simpatizar con él, y a veces hasta se mostraban ansiosos por ayudar al gran fisiólogo. Sin embargo, la vasta y venerable institución no reaccionó. Entretanto, todo el laboratorio estaba dedicado a producir «eslabones perdidos» para la guerra. La tarea más interesante, pero menos útil, de producir criaturas del calibre de Sirio había sido abandonada. Y el sueño más caro de Thomas, el feto humano dotado de un cerebro supernormal, pasó a ser una mera fantasía.

Sirio, no menos que Thomas, comprendió la necesidad de ganar la guerra. Si no, lo mejor de la raza tirana se perdería para siempre. Pero vivía en el interior del país, dedicado enteramente a sus nuevas tareas, con las que creía rendir -por otra parte- un servicio a la nación, o mejor a la humanidad. Además, aunque se sentía identificado en cierto sentido con la gloriosa especie humana, en otro el aprieto en que se encontraban los tiranos no dejaba de complacerlo. Sabía, racionalmente, que su futuro dependía del futuro de Gran Bretaña, pero emocionalmente la lucha era para él algo tan lejano como lo fue más tarde para millones de hindúes la amenaza del Japón.

Cuando Plaxy regresó a Gales, el ambiente de Caer Blai le pareció un tanto irreal. El éxito y la seguridad de Sirio la impresionaron. Sin embargo, su indiferencia ante los sufrimientos de la raza humana la escandalizó. El loco y desagradable embrollo de la guerra le parecía repugnante, pero sentía, a la vez, la necesidad de colaborar. En Cambridge, donde la guerra obsesionaba a muchos de sus amigos, había mostrado su acostumbrado desapego; pero en Gales se sorprendió advirtiendo que Sirio vivía en un paraíso de bobos. El perro no entendía que la marea de la invasión alemana podía quitarle en cualquier momento todos sus bienes. Le dijo a Sirio que su propio trabajo, un puesto de maestra que ocuparía al terminar el verano, no la satisfacía enteramente. Debería de haber algo más útil.

Estas conversaciones impresionaron a Sirio, pero no aumentaron su escaso entusiasmo. Podía ofrecerse como perro mensajero, pero estaba adiestrando ya a otros animales. En fin, al cuerno con la guerra. Había encontrado, por un tiempo al menos, su lugar en el mundo, y producía lana y alimentos para la especie dominante. Ésta se estaba destruyendo a sí misma, sí, pero se lo tenía merecido. No, no era así. Pero, maldición, él no tenía la culpa, no era el guardián de los hombres.

Plaxy sentía en ese entonces gran interés por los problemas políticos. Durante un tiempo había estado afiliada al comunismo, pero luego renunció.

Aunque son enérgicos y abnegados -dijo- me parecen intolerablemente dogmáticos y parciales.

No obstante, seguía aún influida por el marxismo, aunque le costaba encontrar en él un lugar para «el espíritu», que desempeñaba un papel cada vez más importante en su vida. «El espíritu», decía, «debe ser el más elevado de los planos dialécticos, la síntesis suprema». Mientras estuvo en Garth habló mucho con Sirio de «la lucha de clases», la «igualdad de oportunidades», la «dictadura del proletariado», y demás. Aunque el comunismo, insistía, no fuese al fin y al cabo toda la verdad, sólo una idea similar podía ganar la guerra y fundar un orden social tolerable. Los cambios sociales revolucionarios siempre habían atraído a Sirio, sobre todo desde los días del East End. Había aceptado entonces, cordialmente, la idea de la propiedad común de los medios de producción y la necesidad de una planificación social creadora. Pero ahora que era propietario consideraba el asunto desde otro punto de vista.

-Tu nuevo orden -le dijo a Plaxy- me inquieta un poco. ¿Piensan fusionar todas las granjas en establecimientos colectivos? Me parece poco prudente. Está bien en la teoría, pero ¿qué harán con las empresas excéntricas como la de Thomas? ¿Y qué diablos harán con criaturas como yo, si puede afirmarse que yo haya existido alguna vez? En fin, la cuestión principal es

ésta: ¿quién planificará? Está bien decir que la hará el pueblo, pero Dios nos libre del pueblo. Por otra parte la planificación no será realmente obra del pueblo, sino de una minoría. Una minoría de demagogos, o patrones. Debería dedicarse a eso la gente más despierta. La gente despierta hace al fin y al cabo todo lo que importa. Los demás no son más que ovejas.

-Pero la planificación es para el hombre común -replicó Plaxy-. Y el hombre común, por lo tanto, tendrá que establecer los objetivos de toda planificación, y fiscalizarla. La gente despierta sirve a la comunidad. Los perros ovejeros sirven a las ovejas.

-¡Tonterías! -exclamó Sirio-. ¡Pamplinas! Los perros sirven a un amo, que usa a ovejas y perros. -Pero el pueblo -protestó Plaxy-, si es libre, es su propio amo. El pueblo todo es el amo.

-¡No, no! -gritó Sirio-. Lo mismo podría decirse que las ovejas todas son los amos. Yo, por lo menos, reconozco un solo amo. No a cuarenta y cinco millones de ovejas de dos patas, o dos mil millones, sino simple y absolutamente el espíritu.

-Pero ¿quién definirá las exigencias del espíritu? -fue la rápida pregunta de Plaxy-. ¿Quién será su intérprete?

Librodot

-El espíritu mismo, por supuesto -explicó Sirio-. El espíritu que obra en la mente de sus fieles, sus perros ovejeros, la gente despierta.

-¡Pero Sirio, querido, peligroso y ridículo amado mío, ese camino te lleva directamente al fascismo! Hay un dirigente que sabe, y los demás obedecen. Y un partido de perros ovejeros guarda el orden.

-Pero en un partido fascista -dijo Sirio- no hay gente despierta. No saben realmente qué es el espíritu. No conocen su aroma, ni su voz. Serán sólo, en el mejor de los casos, perros ovejeros que han perdido la razón, o perros ovejeros salvajes. Lobos en fin, dirigidos por otro lobo.

-Pero Sirio mío, ¿no comprendes que recibiríamos ese mismo calificativo? ¿Quién juzgará?

Sirio tenía preparada ya la respuesta.

-¿Quién juzgó entre Cristo y el Sumo Sacerdote? No el pueblo. El pueblo dijo «Crucificadlo». El verdadero juez fue el amo de Cristo, el espíritu, que hablaba en su interior. Yen el interior del Sumo Sacerdote; si éste hubiese querido oír. Pero si sirves al espíritu, no puedes servir a otro amo. El espíritu exige amor, e inteligencia, y una continua labor creadora. Sólo así podrá habitar en cada una de las ovejas, que ya no serán simple ganado ovino, ni miembros de un hermoso arrecife de coral. Ese espíritu (amor, inteligencia, creación) es precisamente «el espíritu».

-Acabamos de oír uno de los sermones más profundos y útiles del reverendo Sirio -fue la burlona respuesta de Plaxy.

Estaban sentados en un prado, en Garth, y Sirio se lanzó sobre ella, jugueteando. La derribó y fingió querer morderle el cuello. Plaxy, acostumbrada desde la niñez a tales batallas, lo tomó rápidamente por las orejas y tironeó con fuerza. Sirio pidió cuartel a gritos. Se sonrieron, mirándose.

-Perrita sádica -dijo él-. Dulce perra cruel.

Plaxy tomó con una mano la mandíbula inferior de Sirio y tironeó con fuerza hacia abajo. Las sierras de marfil se cerraron suavemente sobre la mano. Perro y mujer jugaron así un tiempo hasta que ella lo soltó, agotada. Se secó la mano en la chaqueta, protestando: -¡Viejo baboso!

Se quedaron echados sobre la hierba, en silencio.

-Supongo que te diviertes mucho con Mifanwy, ¿no? -dijo Plaxy de pronto.

Sirio advirtió una leve tensión en la voz de su amiga. Hubo una pausa.

-Es encantadora-respondió Sirio al fin-. Y aunque terriblemente estúpida, tiene, en verdad, los rudimentos de un alma.

Plaxy arrancó una brizna de hierba y la mordió mirando los distantes Rhinogs.

-Yo también tengo un amante -dijo-. Quiere casarse, pero eso me ataría. Acaba de incorporarse a la R.A.F. Desea que tengamos muchos hijos, y lo antes posible. Pero es demasiado pronto. Soy muy joven aún para entregar mi vida a alguien.

Pasó un largo rato y al fin Sirio preguntó: -¿Conoce mi existencia?

-No.

-¿Cambiará en algo nuestras relaciones?

-No me siento cambiada -respondió Plaxy en seguida-. Pero quizá no lo quiera bastante. Es para mí, ante todo, un animal humano, así como Mifanwy puede ser para ti un animal canino. Aunque me siento realmente su amiga, pero no sé si eso basta para casarse. Sin embargo, tiene que haber casamiento, por los hijos, que necesitarán un padre permanente.

Hubo otra pausa prolongada. Sirio miraba a Plaxy inclinando la cabeza, las cejas fruncidas, como un terrier intrigado.

-Bueno -dijo al fin-, cásate con él y ten tu camada, si es necesario. Y es necesario, por supuesto. Pero el asunto es más serio que con las perras. Oh, Plaxy. Tú y yo estamos de algún modo casados, y para siempre. ¿Destruirá él eso? ¿Lo admitirá?

Plaxy tironeó, nerviosa, de las hierbas, y dijo:

-Sí, estamos casados en el espíritu. Pero si eso impide que ame plenamente a un hombre, y ser su mujer, y tener hijos, entonces, oh, te odiaré, odiaré tu influencia. Antes que Sirio pudiese responder, ella lo miró a los ojos y continuó:- No, no es eso. No podría odiarte. Pero... ¡oh, Dios, qué difícil es todo!

Plaxy tenía los ojos húmedos. Sirio se estiró para tocarle la mano, pero lo pensó mejor. Al cabo de un rato dijo:

-Si arruino tu vida, hubiese sido mejor que Thomas no me hubiera hecho.

Plaxy le puso una mano en el lomo.

-Si tú no hubieses sido tú -dijo-, entonces yo no habría sido yo. Y no existiría tampoco este difícil y encantador «nosotros». Sí, a veces te odio, pero también te quiero, mucho más. Incluso cuando te odio, sé (y mi yo mejor lo sabe con alegría) que no soy Plaxy, sino la parte humana de Sirio-Plaxy.

-Pero para eso -replicó Sirio- tienes que ser plenamente Plaxy, y debes vivir tu vida humana. Oh, sí, lo entiendo. Como eres un ser humano, y mujer, y vives en Inglaterra, y eres de clase media, no puedes contentarte con amantes e hijos ilegítimos. Necesitas un marido.

«Y quizá tendré que matar a algún descendiente tuyo», murmuró para sus adentros. Pero recordó en seguida a Thwaites asesinado, y la imagen, en su dichosa situación actual, le pareció intolerable. Fue como si de pronto, mientras corría alegremente por la hierba, a la luz del sol, lo hubiese devorado un pantano. Y, por alguna razón, le pareció que sólo Plaxy podía sacarlo de allí. En un repentino impulso, se lo contó todo.

13
Efectos de la guerra

En el otoño de 1940, Sirio, ya realmente establecido en Caer Blai, había iniciado la tarea de mejorar los pastizales, la calidad de las ovejas, los sembrados. Se lo conocía en los alrededores como «el hombre-perro de Pugh». Nadie podía definir exactamente el nivel de su inteligencia. Al decirles toda la verdad, Pugh los había despistado. Se sabía que el hombre-perro manejaba maravillosamente los ovejas, y las criaba de acuerdo con los últimos principios científicos. Pero se creía también, vagamente, que todo esto no era tanto cuestión de raciocinio, sino de algún superinstinto implantado en él por la ciencia. Se decía asimismo que entendía el lenguaje humano, y que hasta podía hablar con aquellos que tenían la clave de su rara pronunciación. Sirio había aprendido recientemente algo de galés, pero como lo hablaba de modo rudimentario, y éste era el único lenguaje familiar en el distrito, nadie sospechaba sus reales dotes lingüísticas y su capacidad mental.

Aun así, si no hubiera sido por la guerra, los periódicos le habrían dedicado muchas columnas, con más éxito que el logrado anteriormente por la mangosta parlante.

Sirio llegó a ser muy popular entre muchos granjeros y campesinos, pero algunos lo miraban con suspicacia. Para ciertos feligreses devotos el verdadero amo del hombre-perro no era Pugh, sino Satán, y decían algunos que el granjero había vendido su alma para solucionar el problema de la mano de obra. Según otros, obsesivos sexuales, el evidente afecto que unía a

Plaxy con el hombre-perro revelaba en cambio la culpabilidad de Thomas. El hombre de ciencia había vendido su alma al diablo para conquistar nombradía científica. Satanás, encarnado en el perro, se complacía en perversas relaciones sexuales con la hija de Thomas. Y la joven, a pesar de todos sus encantos, era poco menos que una bruja. Cualquiera podía advertir que había en ella algo raro e inhumano. Ciertos patriotas difundían otra clase de rumores. Thomas estaba pagado por los nazis, que habían encontrado en el hombre-perro al espía ideal. Eso explicaba que el animal viviese en Caer Blai, no muy lejos de un emplazamiento de artillería.

La gente en general era demasiado sensata para dar crédito a estos rumores. Pugh y Sirio eran personajes populares, y el perro, con aquel talento especial para las ovejas, enorgullecía al distrito. Thomas, aunque era inglés, se había ganado la estimación local, y su hija, a pesar de sus costumbres modernas, era una muchacha muy agradable. La hostilidad crecería luego con la prolongación de la guerra. La gente sencilla buscaría entonces una cabeza de turco.

Cuando empezaron los grandes ataques aéreos contra Londres, Elizabeth recibió una carta donde Geoffrey describía la situación de la parroquia, instándola a colocar algunos niños en adecuados bogares galeses. Geoffrey creía en la acción individual. Las organizaciones del gobierno no le inspiraban confianza, y eludía todo trato con los organismos oficiales de evacuación.

El relato que hacía Geoffrey de la devastación, el heroísmo, la confusión, la indiferencia y la bondad humanas afectaron profundamente a Sirio. Recordó vívidamente el olor de la casa de Geoffrey, la iglesia, y las pobres viviendas que había visitado. Recordó también a mucha gente que según Geoffrey había muerto, y a muchos de los niños que ahora necesitaban asilo. Sintió el impulso de correr en seguida a Londres, con sus cestos transformados en botiquines. Pero no tenía sentido. No haría más que molestar. Además, no era lo mismo complacerse en la idea de un impulso generoso que llevarlo a la práctica. Sospechaba que bajo un ataque aéreo se comportaría como un cobarde. Y de cualquier modo, la guerra no lo tocaba fundamentalmente. Si la raza humana insistía en aquella estúpida tortura, ¿qué le importaba a él? No obstante, el relato de Geoffrey no podía dejarlo indiferente. Los aprietos que pasaba Londres, fueron, para Sirio y los pobladores locales, más evidentes cuando por una de esas casualidades que no son raras en la guerra, una sola bomba, arrojada por un solitario avión enemigo, cayó sobre una choza vecina matando a casi todos sus ocupantes.

Elizabeth prometió recoger en su casa a tres niños londinenses, y la señora Pugh, con muchos recelos, ofreció refugio a otros dos. Sirio abandonó su habitación en Caer Blai. Muchas amas de casa locales habían aceptado ya a evacuados de las ciudades del noroeste; pero otras se habían negado. Elizabeth, luego de varias visitas, le comunicó a Geoffrey que había lugar para unos quince niños y dos madres. El vecindario había tenido bastante suerte hasta ahora con sus pequeños refugiados. Pero los pequeños londinenses fueron algo muy diferente. Eran mocosos sucios, indóciles, y se dijo en el distrito que ninguna mujer decente les habría permitido cruzar el umbral de su casa si los hubiera visto antes. Los niños no dejaban títere con cabeza; rompían los muebles, estropeaban los jardines, mentían, robaban, se mordían entre sí, mordían a sus anfitriones, torturaban al gato, y emitían espantosas palabrotas.

Algunas dueñas de casa, las más inteligentes, comprendieron que los chicos eran producto de las circunstancias. Era inconcebible, decían, que unos pobres niños soportaran tanta degradación. Pero otras se mostraron virtuosamente indignadas contra los niños y sus padres. Algunas llegaron a decir que los inmigrantes eran ingleses, ¿y qué podía esperarse de los ingleses? La popularidad de Elizabeth sufrió bastante. Era la única responsable de la plaga. Se recordó, en algunos sectores, no sólo que también ella era inglesa, sino además que su marido había vendido el alma al diablo. Las cosas empeoraron cuando se supo que los niños de Garth

parecían mejores. Elizabeth tenía un talento natural para tratar a los niños como seres humanos, y recibir de ellos un trato decente. Al principio tuvo muchos problemas. Pero al cabo de unas pocas semanas, la chiquilla y sus hermanitos la ayudaban orgullosamente a cuidar la casa y el jardín.

Un día Elizabeth recibió noticias de Geoffrey. La iglesia había sido destruida, pero el reverendo dedicaba aún todo su tiempo a la atención de los feligreses. Al cabo de una prolongada campaña había conseguido -anunciaba- que se mejoraran todos los albergues públicos. Pocos días después Elizabeth recibió otra carta donde se le decía que su primo Geoffrey había muerto.

Con la noticia de la muerte de Geoffrey, Sirio se sintió, de algún modo, más cerca de la guerra. Por primera vez desaparecía un ser querido. Todo era distinto ahora. Había creído comprender el sentido de la guerra, pero se había equivocado. Geoffrey se había apagado como la llama de un fósforo. ¡Tan sencillo y sin embargo tan increíble! Ahora, de un modo raro, Geoffrey parecía más real que antes, y más próximo. Durante varios días se sorprendió hablando mentalmente con el párroco y recibiendo sus respuestas. Una treta de la imaginación sin duda. Pero en lo más hondo, no podía creer que Geoffrey ya no existiera. O, mejor, una parte de él lo creía, y la otra no podía entenderlo. Tuvo un sueño fantástico. Geoffrey buscaba a Thwaites en los infiernos y lo encontraba con el alma de Sirio en el bolsillo. Quién sabe cómo se llevó a Thwaites al cielo, y Sirio alcanzó así la liberación.

La guerra pronto se acercaría aún más a Sirio. En mayo fue con Thomas en auto a visitar una granja de Shap, donde varios superovejeros cuidaban con éxito los rebaños. El camino de regreso pasaba por Liverpool. La región había soportado varios ataques aéreos, y Thomas quiso cruzar el río antes que oscureciese. Pero se retrasaron, y llegaron a Liverpool al atardecer. En las afueras de la ciudad el motor se detuvo, y cuando un fatigado mecánico terminó de arreglarlo era casi de noche. Emprendieron otra vez la marcha, pero el estado de la ciudad los demoró todavía más. Había habido un ataque aéreo la noche anterior, y en las calles se amontonaban aún los escombros. Antes que llegaran a la entrada del famoso túnel que corría bajo el Mersey, comenzó otro ataque. Como no estaban muy lejos, Thomas decidió seguir. Sirio se sintió aterrado. Quizás el ruido afectaba más sus sensibles oídos que el tosco órgano de los hombres. De cualquier manera, y salvo cuando lo dominaba su naturaleza de lobo, siempre había sido un cobarde. El aullido de los aviones, el estruendo de los cañones antiaéreos, la ululante caída de las bombas (como un susurro ronco y enormemente amplificado), seguida por un estallido inimaginable, y luego el ruido de los derrumbes, el rugido y chisporroteo de los incendios, el repiqueteo de las corridas humanas, los gritos de los heridos que pedían socorro cuando el coche pasaba ante un destrozado refugio... todo eso lo aplastaba, lo hundía en el asiento trasero del coche. Yluego los olores, el olor penetrante de los explosivos, el olor polvoriento de las casas derruidas, el olor punzante de la madera en llamas, y de vez en cuando, el hedor de los cuerpos mutilados.

Parecía una locura seguir adelante. Thomas detuvo el coche y se precipitaron al refugio más cercano. En ese momento estalló una bomba, y el costado de una casa se precipitó sobre ellos, atrapando al fisiólogo. Sirio, aunque magullado y herido, estaba libre. Trozos de mampostería cubrían la parte inferior del cuerpo de Thomas. Éste articuló dificultosamente:

-Sálvate. Por el túnel. Calle abajo. Y luego a Gales. Sálvate, por mí. Por favor, vete, ¡por favor!

Sirio trató frenéticamente de mover los escombros con dientes y patas.

-Iré a buscar ayuda -dijo al fin.

-No, sálvate -murmuró Thomas-. Yo... estoy terminado. Buena suerte.

Pero Sirio echó a correr y muy pronto tironeaba de la chaqueta de un hombre, gimoteando. Era evidente que pedía ayuda, y varias personas fueron con él. Pero cuando llegaron al sitio

donde había estado Thomas, sólo encontraron un nuevo cráter. Los hombres volvieron a sus tareas, y Sirio se quedó allí un rato, llorando tristemente. En seguida se sintió otra vez dominado por el terror. Pero no perdió la cabeza. Debía encontrar la entrada del túnel. No estaba muy lejos, según Thomas. Se lanzó a la carrera, a la luz de los incendios reflejados por las nubes. En un punto los escombros cubrían la calle y tuvo que pasar por encima. Al fin llegó al túnel y se metió en él sin llamar la atención. Trotó a lo largo de la acera, y aunque había un torrente de coches que corría hacia Birkenhead, produciendo un espantoso ruido en aquel espacio cerrado, nadie se fijó aparentemente en él. Llegó a la entrada de Birkenhead, se precipitó hacia la libertad, y se encontró otra vez bajo un cielo iluminado por los incendios, en medio del estruendo de la guerra. Pero las bombas caían ahora sobre el lado de Liverpool.

Sirio me relató todo su largo viaje desde Birkenhead a Trawsfynydd, pero no es necesario recoger aquí todos sus detalles. Cansado, y mentalmente destrozado, cruzó la ciudad hacia el oeste, y luego el Wirral hacia Thurstastone Common. Mientras trotaba en la noche, sus pensamientos volvían a la total desaparición de Thomas, el ser que lo había hecho, a quien había adorado en un principio con canina devoción, sin ningún sentido crítico, y a quien había censurado últimamente con energía, aunque siempre con cariño y profundo respeto. Thomas había muerto, era indudable, pero le costaba creerlo, como en el caso de Geoffrey. Mientras avanzaba por la carretera se sorprendió en un momento discutiendo con Thomas. El muerto afirmaba que nada había ya en el universo que pudiera llamarse Thomas Trelone, nadie que continuara los pensamientos, deseos y sentimientos de aquella mente.

-Bueno, usted tiene que saberlo -dijo Sirio, y se interrumpió bruscamente, preguntándose si estaría volviéndose loco.

Luego de Thurstastone siguió la costa del estuario del Dee, cruzó las salinas rumbo a Queensferry, y continuó por carreteras, campos y páramos hacia el suroeste. Se preguntaba con frecuencia si lo guiaría el proverbial instinto de orientación de los mamíferos subhumanos, o el recuerdo de los mapas de Thomas. Los largos tramos de carretera lo fatigaban. Los automóviles lo preocupaban constantemente, pues los conductores no trataban de evitarlo. Se imaginaba a la especie de los tiranos como una unión de hombre y máquina. ¡Cómo odiaba sus ásperas voces y su brutalidad! Y sin embargo, el día anterior, sentado en el coche abierto de Thomas, cruzando la llanura de Lancashire, él mismo se había sentido embriagado por la velocidad y el viento. Su actual situación le revelaba con mayor claridad que nunca el desprecio y la perversidad que mostraban los hombres con los «torpes animales» ajenos.

Cada vez que atravesaba alguna zona poblada, trataba de pasar inadvertido. Aminoraba la marcha e iba de un lado a otro, husmeando los postes, como cualquier perro local. Si alguien se le acercaba, lo que ocurría con frecuencia, pues era un animal notable, respondía meneando negligentemente la cola, pero sin detenerse. Después de atravesar las montañas y el ancho valle de Clywd, se encaminó hacia los amplios páramos y se perdió en la bruma. Descendió a las regiones más bajas, cerca de Pentrevoelas, y se acercó a las altas colinas Mignient. Cuando subía trabajosamente una empinada ladera, empezó a llover. A pesar de la fatiga, disfrutó realmente del viento húmedo, los aromas del pantano, la turba y las ovejas. En algún momento percibió el inconfundible olor del zorro, el raro y embriagador aroma de la pieza más esquiva. Aquel mundo parecía insinuar secretos exquisitos, siempre perseguidos y nunca alcanzados. La bruma, las formas de los peñascos, que aparecían y desaparecían, los pequeños plumeros de los pastos, adornados de gotas de niebla. Sintió una punzada en el corazón... Todo aquello era tan dulcemente familiar, y de un atractivo nunca bien entendido... Podía reducírselo, sin duda, a electrones y ondas, y a un cosquilleo de los filetes nerviosos. Pero aun así, ¡cuán dulce, misterioso, y aterrador, y cuán incomprensiblemente cierto! Los horrores que había presenciado recientemente parecían intensificar hasta la tortura aquella belleza.

Siguió subiendo. De pronto la neblina se disipó un instante y se vio en la cima de una elevada montaña que reconoció en seguida como Carnedd Filast. Hacía mucho tiempo, antes que se dedicara a las ovejas, solía cazar en esos páramos, pero nunca había llegado tan lejos.

Ahora, en aquellas alturas, se sentía transformado. ¿Por qué debía vivir otra vez con la especie tiránica? ¿Por qué soportar el dolor de contarle a Elizabeth que su marido no regresaría? ¿Por qué no vivir como un salvaje en los páramos, enteramente libre, despreciando a la humanidad, alimentándose de conejos, y quizá de una que otra oveja, hasta que un hombre lo matara? ¿Por qué no? Había vivido así un tiempo, después de asesinar a Thwaites; pero el arrepentimiento lo había devuelto al mundo. Esta vez sería distinto. Era evidente ahora que la vida tenía muy poco que ofrecerle. Había encontrado donde refugiarse, era cierto, pero sólo gracias a la ayuda y tolerancia del hombre. Y era un refugio muy estrecho. No permitía que se expresara totalmente. Pero esta vez no fue el recuerdo de Thomas lo que apartó a Sirio de estas lúgubres meditaciones, sino el de sus ovejas, que no tendrían pastor.

La bruma cayó pesadamente sobre las montañas. Era la hora del ocaso. Sirio bajó a tientas hasta un valle pantanoso, y luego dobló el Árenig Fach. Llegó al pequeño Carnedd lago, bajó al camino trastabillando en la oscuridad, y lo cruzó cerca de la cabecera del Cwm Prysor. Dejando a la izquierda el valle salvaje, llegó a los prados de su hogar. Ahora, aun en la noche, todas las grietas, todos los oteros, todos los estanques, casi todas las matas de brezo o pasto le eran familiares. Allí había encontrado una oveja muerta y un cordero a medio nacer. Allí había estado sentado con Thomas, comiendo sándwiches, en el descanso de una de las largas caminatas que nunca volverían a repetirse. Allí había matado una liebre. Pero la oscuridad y la bruma espesa lo demoraban. Era casi medianoche cuando llegó a Garth. Desde que había salido de Thurstastone, a la mañana, debía de haber cubierto, incluyendo sus prolongados extravíos, unos ciento veinte kilómetros. Había hecho gran parte del trayecto por duras carreteras, o a través de campos atravesados de vallas.

A la puerta de la casa, que estaba a oscuras, Sirio lanzó un ladrido especial. Elizabeth lo hizo entrar en seguida bajo la enceguecedora luz, en los aromas familiares de la casa. Antes que el perro hablase, cerró la puerta, se arrodilló, y lo abrazó, diciendo:

-Gracias a Dios. Uno de vosotros está a salvo.

-Sólo yo -dijo Sirio.

Elizabeth lanzó un pequeño gemido, y se aferró a él en silencio. En una posición incómoda, cansado después de la tensión de aquellos últimos días, y oprimido por el ambiente de la casa, Sirio se desmayó de pronto, derrumbándose en brazos de Elizabeth. La mujer le apoyó la cabeza en el suelo y fue a buscar coñac. Pero Sirio se recobró en seguida. Se incorporó débilmente, se limpió las patas en el felpudo, y entró con pasos inciertos en la sala. Advirtió entonces que el barro negro y húmedo de la ciénaga le cubría el vientre. Cuando Elizabeth regresó, Sirio, con las patas temblorosas y la cabeza gacha, se preguntaba qué debía hacer.

-Acuéstate, querido -dijo la mujer-. No importa la suciedad.

Le hizo beber un poco de té, y luego le dio pan con leche.

14
Tan-y-voel

La muerte de Thomas afectó profundamente a las mujeres de la familia. Los dos hijos estaban en la guerra, pero Tamsy y Plaxy fueron a pasar una semana con la madre. Sirio comentó luego que Tamsy parecía más acongojada que Plaxy. Lloró mucho, agravando así la tensión emocional de Elizabeth. Plaxy, por su parte, se mostró muy fría y torpe. Pálido el rostro, la expresión casi tétrica, se dedicó a las tareas de la casa, dejando a su madre y su hermana la recordación del pasado. Un día, Tamsy descubrió en la cómoda de Thomas una maltrecha caja de pañuelos, obra infantil de Plaxy, que se la había regalado a su padre en un cumpleaños. Con ojos llorosos, la joven llevó la reliquia a su hermana. Era evidente que esperaba estimular un dulce dolor.

-Oh, por amor de Dios, no me traigas eso -masculló Plaxy apartándola.

Luego, inexplicablemente, como animada por la furia, se precipitó sobre Sirio y lo abrazó del tal modo que éste se preguntó si se trataría de una caricia o el comienzo de una riña. El incidente sugiere, creo, la complejidad de las relaciones de Plaxy y Thomas.

En cuanto a Sirio, su pena, muy real, se confundía con una nueva y profunda sensación de independencia. El perro lamentaba la pérdida del amo, y añoraba su dirección. Pero su inteligencia, humana, respiraba más libremente. Sería ahora su propio amo, el dueño de su destino, el capitán de su alma. Aunque a veces se sentía aterrado. Había vivido en una tal dependencia, siempre bajo la autoridad de Thomas. Incluso cuando había impuesto su criterio, había esperado convencer al fisiólogo, sin resistirse realmente a la voluntad del reverenciado creador. Yasí, ahora que Thomas no existía, ora desconfiaba de sí mismo, ora le parecía poseer extraños y nuevos poderes.

Pero libre de la tutela de Thomas, Sirio se sentiría más atado que nunca a su madre adoptiva.

La muerte de Thomas fue un pesado golpe para Elizabeth, pero no permitió que la aplastara. Continuó normalmente su vida, cuidando de los pequeños evacuados, cavando y plantando en el jardín, y ayudando a Sirio, pues el reumático Pugh ya no llegaba a los pastizales. Plaxy había sugerido que podía abandonar la enseñanza, y establecerse en Garth, pero Elizabeth se opuso rotundamente.

-Una joven tiene que vivir su propia vida -dijo. Inevitablemente, Elizabeth se sintió más unida aún a Sirio: obra suprema del poder creador de Thomas, e hijo de ella por adopción. Se sentía en verdad más cerca de Sirio que de sus propios hijos, que ya no la necesitaban. Sirio en cambio la necesitaba más que nunca. Una vez lo encontró tratando de reparar una cerca de alambre con los dientes.

Ah, si tuviese manos -dijo Sirio-. De noche sueño con manos.

-Cuenta con mis manos hasta que me muera -dijo Elizabeth.

Entre el perro y la mujer, de mediana edad, se desarrollaron relaciones muy afectuosas, pero no del todo felices. Elizabeth había mostrado siempre hacia sus hijos un amistoso desapego, que éstos aceptaban fácilmente. Había tratado a Sirio del mismo modo; pero ahora el amor que había sentido por Thomas se confundió con su instinto maternal. Se dedicó obsesivamente al perro. Buscaba de modo constante cómo ayudarlo. Como Pugh apenas podía moverse, y no había mano de obra especializada, la colaboración de Elizabeth era inapreciable. Pero Sirio llegó a encontrarla fatigosa. La mujer estaba demasiado dispuesta a ayudar, y sugería demasiado. Tanto que Sirio se acostumbró a rechazarla, cada vez que encontraba alguna excusa verosímil. Era extraño, trágico, y totalmente inesperado, que una mujer antes tan tranquila se mostrara ahora tan posesiva. No puedo explicar el cambio. Es fácil señalar algunos hechos que pudieron haber provocado la neurosis. Pero ¿por qué ésta había aparecido ahora, y con manifestaciones tan extravagantes? Sólo la fragilidad del espíritu humano puede explicarlo.

Elizabeth exhibió además una molesta inclinación a administrar la granja, y, sobre todo, a servir de enlace con el mundo exterior. Todo esto desagradó a Sirio, no sólo porque la mujer tenía muy poca experiencia, y muchas veces cometía gruesos errores. Sirio deseaba también que los vecinos trataran con él directamente. Acariciaba la esperanza de llegar a desempeñar un activo papel en la vida común del distrito, y ya había conquistado el respeto de todos. No sólo los periódicos locales, sino también los brillantes cotidianos nacionales se referían a él a menudo como «el brillante hombre-perro del norte de Gales». Sólo la escasez de papel y el dominante interés de la guerra impidieron que hiciesen de él el centro de una campaña periodística. Por este motivo pudo hacerse conocer en el vecindario sin atraer demasiado la atención del país. Intelectuales de uno u otro tipo iban de cuando en cuando a visitarlo, con cartas de presentación del laboratorio. Estas visitas, que le permitían mantenerse en contacto con la marcha de la vida cultural contemporánea, le resultaban muy agradables. No había abandonado aún la intención de participar de esa vida, y sólo esperaba a que la granja alcanzara su pleno desarrollo.

Pero volvamos a Elizabeth. Quizá por lealtad a Thomas, que tanto había temido la publicidad, trataba por todos los medios de que Sirio no hablara con nadie. Al fin se desprendió de los tres pequeños evacuados, para dedicar todo su tiempo a las tareas de la granja. Sirio se alegró al pensar que contaría con mayor ayuda, pero era también evidente que Elizabeth se entrometería todavía más. ¿Cómo una mujer que había sido siempre tan discreta se comportaba ahora de ese modo? Sirio lo atribuyó al exceso de trabajo y a la pérdida de Thomas. Yquizá también intervenían aquí los años. Cuando alguno de los hijos volvía a la casa todo parecía sin embargo más normal. Sirio no se sentía ya la niña de los ojos de Elizabeth, y podía dedicarse con mayor libertad a sus propios asuntos.

Elizabeth enfermó en el otoño de 1941. Tenía el corazón débil, pero según el doctor Huw Williams no era nada serio. Lo había hecho trabajar demasiado, y ahora debía descansar un par de semanas. Sirio salió con el médico y le preguntó si había dicho la verdad o había tratado de calmar a la enferma. Repitió la pregunta varias veces. Al fin el médico entendió y asegu

ró haber dicho la verdad. Una semana mas tarde Elizabeth se negó a guardar cama e insistió en volver al trabajo. Esto provocó una recaída, y el ciclo se repitió así varias veces, a pesar de las enérgicas protestas de Sirio. Era evidente que Elizabeth se mataría trabajando. Parecía dominada por una oscura pasión: destruirse a sí misma sirviendo a Sirio. El perplejo animal no podía vigilarla constantemente, a menos que abandonara las ovejas. Desesperado, escribió a Tamsy, pero ésta acababa de tener su segundo hijo. Sirio y la señora Pugh se turnaron para cuidar a Elizabeth. Pero la enfermedad pronto se hizo más grave, y el optimismo del médico cedió paso a la exasperación y el desaliento. Se sugirió entonces a Elizabeth que se internara en un sanatorio. La mujer rechazó desdeñosamente la idea. De muy mala gana, Sirio llamó a Plaxy.

Durante varias semanas, Sirio, Plaxy y la señora Pugh vigilaron de cerca a Elizabeth. La tarea común unió aún más al perro y la muchacha. Estaban frecuentemente juntos, pero muy pocas veces a solas. Este contacto diario, y la falta de intimidad, les inspiró el deseo de hablar sin restricciones, y los hizo muy sensibles a cualquier cambio de humor. Ambos vivían muy preocupados, como es natural, por la salud de la enferma. Era inevitable que Elizabeth los exasperara a veces, aunque el cariño los hiciese callar. Ambos vivían también en una tensión constante, ya que debían sacrificar las propias y urgentes tareas quizá por largo tiempo. Esta tensión común era también un lazo de unión.

Bajo los firmes y cariñosos cuidados de Plaxy, Elizabeth hizo grandes progresos. Pero parecía cada día más inquieta. Un día insistió en vestirse y bajar. Sobre la mesa de la sala había un periódico plegado. Lo tomó y lo abrió. CRUCERO BRITÁNICO HUNDIDO decía

el titular principal. Era el barco en que servía Maurice. Como los alemanes ya habían anunciado el hundimiento, el Almirantazgo había tenido que violar sus reglas, publicando la información antes que los parientes de las víctimas conociesen las bajas. La noticia mató a Elizabeth, que no llegó a saber que su hijo se había salvado.

Aunque «apenas humana», felina, con algo de duende, Plaxy había querido mucho a su madre. Elizabeth había tenido con ella relaciones más felices y libres que con los hijos mayores. Su muerte la afectó duramente. Sirio se sintió también muy apenado, no sólo por sí mismo sino también por Elizabeth. La muerta seguía hablándole. Y no la Elizabeth que acababa de morir, la tensa y difícil Elizabeth, sino la anterior. Una y otra vez, de un modo siempre nuevo, parecía animar inteligentemente la inteligencia de Sirio.

-No te devanes los sesos -decía-. Las mentes como la tuya no han despertado del todo, y no pueden entender. Decidas lo que decidas, siempre te equivocarás. No creas que aún existo, eso sería falso. Pero no te ciegues y rechaces la sensación de mi presencia en el mundo.

Plaxy y Sirio, unidos en la pena y la responsabilidad, se sometieron a una mutua dependencia. Tenían mucho trabajo. Ayudados por el abogado de la familia y un representante del laboratorio trataron de ordenar los asuntos de los Trelone. La casa, evidentemente, había que venderla. Pero la decisión de abandonar el hogar donde habían crecido significaba cortar un último vínculo tangible. Pasaron muchas horas, durante muchos días, catalogando objetos. Tenían que desprenderse de los muebles, menos los pocos que quería Tamsy, y los menos que se llevaría Sirio, que volvería a Caer Blai. Libros, vajilla, utensilios de cocina, todo lo que había pertenecido a los padres muertos fue separado y ordenado. Hubo que embalar y despachar las propiedades de los hijos ausentes. Las cosas de Plaxy y Sirio fueron puestas aparte. Todas las mañanas se hacía una hoguera donde ardían objetos sin destino. El perro y la joven, echados en el piso de la sala, revisaron las fotografías del matrimonio, los parientes, los cuatro hijos, Sirio en todas las edades, y los distintos superovejeros. Se discutió, rió, suspiró ante todas las cosas antes de destinarlas a la pila de desperdicios o sumarlas a la colección de recuerdos.

Cuando concluyó esta tarea, se despacharon los muebles, y sólo quedaron en la casa unos pocos cajones, y los platos y cubiertos que Sirio y Plaxy habían usado en sus comidas. Al fin los suelos fueron sólo tablas desnudas, y la casa entera la cáscara de un hogar. La joven preparó un almuerzo final para dos. Ella partiría en tren a la tarde, y él empezaría a recuperar el tiempo perdido. Se sentaron en el piso de la sala vacía y comieron casi en silencio. Se habían instalado, siguiendo la costumbre, junto a la chimenea, en el lugar donde habían pasado tantas horas durante las dos últimas décadas. Plaxy se recostó en un cajón. El sofá ya no existía. El solemne y pequeño refrigerio terminó muy pronto. Sirio había lamido hasta la última gota de té. Plaxy había apagado su cigarrillo en el plato. Siguió un silencio.

-He estado pensando -dijo Plaxy al fin.

-Así parece, oh sabia mujer -comentó Sirio.

-He estado pensando en nosotros -continuó ella-. Mamá era muy útil en la granja, ¿no es cierto?

Sirio asintió con un movimiento de cabeza y se preguntó cómo se las arreglarían ahora.

-La nueva auxiliar -dijo en voz alta- no puede compararse con la anterior. No quiere que se le arruinen las manos.

-Bueno... -dijo Plaxy mirándose atentamente los pies-. ¿Y si yo me quedara a ayudarte?

Sirio se lamía una pata. Se interrumpió y dijo:

-Me gustaría muchísimo. Pero es imposible.

-Pero ¿por qué no habría de hacerlo si quisiera? -dijo Plaxy-. Y he decidido que quiero. No deseo irme. Me quedaré, si me dejas.

Sirio dejó de lamerse la pata y la miró.

-Pero no puedes quedarte. Ya está todo arreglado. Y en realidad no quieres quedarte. Aunque me alegra que se te haya ocurrido.

-Oh, Sirio querido. Quiero quedarme, de veras. No para siempre, por supuesto. Pero sí un tiempo. Lo he pensado todo. Alquilaremos Tan-y-voel. -Era la choza del peón de Pugh donde yo los encontraría más tarde.- ¡Sería magnífico! -exclamó Plaxy animadamente. Vio que Sirio la miraba con tristeza y añadió-: ¿O no te gustaría?

Sirio le acarició el cuello con el hocico.

-No necesitas preguntármelo, pero tú tienes tu propia vida. No puedes dejarlo todo por un perro. -¡Pero estoy realmente cansada de ser una maestra! O de intentar serlo. Quizá los chicos no me interesan de veras. O me intereso demasiado en mí. Quiero vivir, de cualquier modo.

-¿Y Robert? -preguntó Sirio-. ¿Y los hijos, y lo demás?

Plaxy apartó los ojos y calló un rato. Al fin suspiró. -Es encantador. Pero... oh, no sé. En fin, quiero ser yo misma, y eso significa en este momento quedarme contigo.

Plaxy hizo su voluntad. Fueron a proponerle el cambio a Pugh y a decirle que ocuparían la choza vacía. Pugh, por supuesto, se mostró muy contento, y dijo con inocente regocijo:

-Lo felicito, señor Sirio, por su esposa. -Plaxy se ruborizó y pareció molesta. Pugh suavizó la broma añadiendo:- Chiste de viejo granjero, señorita Plaxy. No quise ofenderla, se lo aseguro.

-¡Qué vergüenza, Llewelyn! Eres un viejo horrible, y con un cerebro sucio como un pantano -dijo la señora Pugh.

Todos rieron.

Antes que llegara el camión a llevarse la última carga de Garth, Plaxy abrió un cajón y sacó ropa de cama, toallas y cosas similares. Lo que quedaba de la vajilla fue a parar a un cajón vacío. Había que traer además algunos muebles del depósito y llevarlos a Tan-y-voel. Estos cambios, y la confusión consiguiente, molestaron a la gente del camión; pero Plaxy desplegó sus encantos y los hombres aceptaron llevar la carga a la choza.

Aun una choza de dos habitaciones exige un poco de trabajo. Plaxy le dedicó el día siguiente. Limpió las paredes y la chimenea, frotó los suelos de piedra, improvisó unas cortinas de oscurecimiento, y compró las provisiones que era posible encontrar en aquel entonces. A la noche, cuando Sirio regresó del trabajo encontró una casa resplandeciente y una Plaxy alegre aunque cansada. La mesa estaba puesta para la cena de ella, y en la alfombra, junto a su silla, estaba el acostumbrado «mantel» y el tazón de Sirio. Éste comía de dos modos. A campo abierto se alimentaba como un animal, de conejos, liebres, y sus semejantes. En la casa comía potaje, pan con leche, huesos, costras de pan, bizcochos y mucho té. En un tiempo costó alimentarlo adecuadamente, a causa del racionamiento; pero Thomas movió algunas influencias y obtuvo para Sirio -como valioso animal de laboratorio- una ración especial.

Luego de la cena, Plaxy lavó los platos, y se sentaron en el rescatado sofá. Habían comido alegremente, pero ahora una sombra de tristeza pesaba sobre ellos.

-Esto no es real -dijo Sirio-. Es un sueño, maravilloso. Pronto despertaré.

-Quizá no dure -dijo Plaxy-, pero mientras tanto, será real. Y es justo. Tenía que ser así. Seremos ahora un solo espíritu, y para siempre. Seremos felices, no temas.

Sirio la besó en la mejilla.

Ambos estaban muy cansados, y pronto empezaron a bostezar. Plaxy encendió una vela y apagó la lámpara. En la habitación vecina la esperaba su viejo lecho, y en el piso estaba la cesta de dormir de Sirio, con su colchón circular. ¡Cosa rara! Habían crecido juntos, niña y cachorro, compartiendo la misma habitación, y aun ya mujer, Plaxy estaba acostumbrada a

Librodot

desnudarse delante de Sirio sin ningún recato. Pero ahora sintió, de pronto, una curiosa timidez.

No puedo resistir aquí la tentación de hacer una pregunta. La importante decisión de Plaxy -abandonar su carrera y vivir con Sirio-, ¿puede quedar sin explicación? He aquí una joven encantadora, con numerosos admiradores, y con un amante. Había ocupado un puesto de maestra, donde se desempeñaba hábilmente, y donde podía expresarse a sí misma. Y de pronto abandonaba sus tareas, y rompía prácticamente con su enamorado, para unirse a un ser que era la más brillante creación de su padre. ¿No habría identificado a Sirio con Thomas? La propia Plaxy, ahora mi mujer, se burla de la explicación, y sostiene que no hace justicia al valor de la personalidad de Sirio. Bueno, ésa es sin embargo mi teoría.

A la mañana siguiente, Plaxy empezó a iniciarse en los trabajos de la granja. Limpió un chiquero, ensilló un caballo, cargó y descargó estiércol, y curó con Sirio una oveja enferma. A la tarde, trabajó intensamente en el erial que sería jardín de la choza. De este modo, con algunas variantes, pasaron los días. El rostro de Plaxy adquirió un admirable color. Con orgullo y angustia se miraba las manos que se le ampollaban, y cubrían de suciedad, rasguños, tajos y callos. La señora Pugh le enseñó a ordeñar. El propio Pugh le mostró cómo se sembraba al voleo cuando el instrumento que ella insistía en llamar «máquina de sembrar» estaba descompuesto. Las tareas de la granja eran en fin inmensurables. Lo más urgente, decía ella, era ahorrar trabajo a los dientes de Sirio, ya un poco gastados de tanto aferrar hierros y maderas. Sirio trataba de dedicarse principalmente a las ovejas y los superovejeros, pero las tareas que exigían la ayuda del hombre, aunque también pudieran hacerse con unas torpes mandíbulas, eran muchas. En la granja, y a pesar de la habilidad penosamente adquirida en el uso de los incómodos instrumentos, Sirio sentía siempre la falta de manos.

Plaxy disfrutaba sobre todo de las expediciones a las colinas, con Sirio y sus discípulos. Saltando por entre los helechos el perro parecía un barco zarandeado por la tormenta, pero muy marinero. Ycuando trotaba alrededor, dando órdenes a sus alumnos caninos, era a la vez un general y su corcel. Cuando una oveja se alejaba, se lanzaba detrás con el vientre pegado a tierra, como un torpedo.

En esta nueva vida no había casi tiempo para escribir, leer o hacer música. El contacto con el mundo de más allá de las colinas era mínimo. En las expediciones a las ferias, Sirio y Plaxy acompañaban al granjero, ella como ayudante extraoficial. El ajetreo, la confusión de voces galesas, el balido de los animales, la variedad de tipos humanos y caninos, el ambiente social de las tabernas, y, por supuesto, la franca admiración de los jóvenes... Plaxy disfrutaba con todo esto, un verdadero cambio luego del encierro de la granja.

Aparte de estas infrecuentes excursiones, no había más ocasión de contactos sociales que las expediciones a la aldea o a alguna granja vecina cuando se necesitaba una herramienta. Entonces Plaxy se arreglaba y volvía a ser, todo lo posible, la alegre damita. Atravesaba los campos, acompañada por el enorme animal, envuelta en paz. Con negligencia y confianza, aceptaba la inevitable admiración de los jóvenes granjeros y pastores e intuía el desconcierto de los hombres ante su indefinible singularidad.

Pero al cabo de algunos meses ocurrió algo que destruyó en parte esas alegrías. Se le sugirió que aunque era muy popular entre algunos vecinos, otros calificaban de escándalo el hecho de que viviera sola con el hombre-perro. Desde entonces Plaxy no pudo mostrarse despreocupadamente en público con Sirio. Y su timidez fomentó aún más estos salaces rumores. Los problemas comenzaron con la visita de un sacerdote disidente local. El joven deseaba sinceramente salvar a Plaxy de las amenazas del infierno. Era bastante simple como para creer que Sirio podía ser un enviado del demonio, y prestaba oídos a los rumores que hablaban de perversas relaciones entre el perro y la muchacha. Como la choza se encontraba dentro de su esfera, pensó que debía intervenir. Eligió muy bien la hora de visita. Plaxy había

vuelto de la granja para preparar la cena, y Sirio estaba aún trabajando. Plaxy previó que la cena iba a atrasarse, pero recibió amablemente al reverendo Owen Lloyd-Thomas. Sabía muy bien que su opinión era importante. Después de andarse un rato por las ramas, el sacerdote dijo:

-Señorita Trelone, mis difíciles deberes de ministro del Señor me obligan a hablarle de un delicado asunto. La gente sencilla de la región cree que su perro, o el perro del señor Pugh, no es sólo un animal extraordinario, sino un espíritu disfrazado de perro. Y la gente sencilla, señorita, acierta más a menudo con la verdad que la gente inteligente. A pesar de todas las maravillas de la ciencia, puede en verdad ser menos falso decir que el perro es un poseso, y no obra de un hombre. Y si es un poseso, el espíritu que mora en él puede ser, sí, el espíritu de Dios, pero también el de Satán. Por sus frutos los conoceréis. -Guardó silencio, miró tímidamente a Plaxy, y empezó a torturar el ala de su sombrero negro. Al fin continuó:- Los vecinos opinan, señorita Trelone, que no es decoroso que viva sola con ese animal. Se dice que Satán ya la ha empujado a usted al pecado, valiéndose de este hombre-perro. No conozco la verdad. Pero pienso que está usted en peligro. Y como ministro del Señor le ofrezco mi consejo. Cambie de vida, aunque sólo sea para no ofender al vecindario.

De acuerdo con las lecturas del joven reverendo, Plaxy hubiera debido ruborizarse, ya fuera con inocente modestia o con culpable vergüenza. Si era en verdad culpable, lloraría lágrimas de amargo arrepentimiento, o negaría con inconvincente y virtuosa indignación. Pero la conducta de la joven lo desconcertó. Plaxy lo miró un rato. Al fin se puso de pie, y fue en silencio hasta la minúscula despensa. Volvió con algunas patatas, se sentó, y empezó a pelarlas mientras decía:

-Perdóneme, por favor, pero tengo que preparar la cena. Podemos hablar mientras tanto. Escúcheme, yo quiero mucho a Sirio. Y dejarlo ahora sería una maldad. Parecería una huida. Señor Lloyd-Thomas, su religión es amor. Comprenderá que no puedo abandonarlo.

En ese momento apareció Sirio, y se quedó en el umbral olfateando el aire. Plaxy le tendió los brazos y dijo:

-El señor Lloyd-Thomas cree que no deberíamos vivir juntos. Podrías ser Satán vestido de perro, y quizá me has inducido a pecar.

Plaxy se rió. No era un comienzo muy prudente, pero el tacto no había sido nunca su mayor virtud. Es posible que sin esas palabras el futuro de ambos hubiera sido muy distinto. Lloyd-Thomas se ruborizó y dijo:

-No se bromea con el pecado. No sé si han hecho eso, pero sé por lo menos, señorita, que es usted un ser frívolo.

Sirio se acercó a Plaxy, que le puso una mano en el lomo, y siguió analizando el olor del visitante. Plaxy sintió de pronto que al perro se le erizaba la piel. Se oyó un leve gruñido. Sirio avanzó un paso hacia el sacerdote, pero la joven lo tomó del cuello con ambas manos.

-Sirio -dijo-, no seas tonto.

Lloyd-Thomas se puso de pie con cuidada dignidad, diciendo:

-Éste no es momento para conversar. Piense en lo que dije.

Ya en el jardín se volvió y vio, a través de la puerta abierta, que Plaxy retenía aún a Sirio. Ambos lo miraban. Plaxy se inclinó y apoyó la cabeza en la mejilla del perro.

El sacerdote se alejó y Sirio le dijo a Plaxy:

-Huele como si estuviese enamorado de ti. Huele, en verdad, como si fuera un hombre decente, pero quizá preferiría verte muerta a que vivieses en pecado conmigo. Como McBane, sospecho, preferiría verme muerto antes que dejar de sacarme toda la información posible, del cuerpo y el cerebro. Moralidad y verdad. Las implacables divinidades de nuestra época. Temo que tarde o temprano tengamos problemas con Lloyd-Thomas.

Los sermones del sacerdote empezaron a abundar en referencias a Plaxy y Sirio. Rezaba por los que habían caído en vicios antinaturales. Algunos miembros de la congregación aceptaron con entusiasmo las sugerencias del reverendo. Poco a poco, sobre todo aquellos que no habían tratado directamente con Plaxy, expresaron una creciente censura e indignación, y también una cierta ansiedad. ¿No castigaría el Señor a toda la región por albergar a la pecadora pareja? Todos los días brotaban nuevos rumores. Algunos decían que habían visto a Plaxy mientras nadaba, desnuda, en un lago solitario acompañada del hombre-perro. Esta inocente historia se desarrolló a su debido tiempo y se transformó en impublicables relatos de retozos en el prado, mientras se revolcaban al sol antes de bañarse. Un chico contó que había visto a Plaxy, a través del seto de Tan-y-voel, desnuda y echada en la hierba, quemada por el sol, «negra como el carbón», mientras Sirio la lamía de la cabeza a los pies. Los patriotas y cazadores de espías se pusieron también en movimiento. Se afirmó que en las cestas de Sirio había un transmisor de radio que informaba a los aviones enemigos.

Los amigos de Sirio ridiculizaron estos relatos o reprocharon indignados a sus difusores. Plaxy era recibida aún amablemente en las tiendas. Pero hubo algunos incidentes desagradables. Una mujer prohibió a su hija, que ayudaba a la señora Pugh, que entrase en Tan-y-voel, y al cabo de un tiempo la muchacha dejó de ir a Caer Blai. A veces, cuando Plaxy entraba en una tienda, la conversación entre el dueño y los parroquianos se interrumpía de pronto. Algunos bribones, buscando quizá pruebas del escándalo, rondaban por el páramo, frente a la choza. Una noche, poco antes de la hora del oscurecimiento, un audaz se acercó a la choza y atisbó por la ventana. El feroz ladrido de Sirio lo hizo correr hasta el camino.

Estos pequeños incidentes no eran muy importantes, pero señalaban una indudable y creciente hostilidad. Plaxy se resistía a ir a la aldea. Tanto ella como Sirio empezaron a mirar a las visitas con suspicacia, y nació entre ellos una cierta tensión donde se alternaban la reserva y la ternura.

Hasta entonces habían vivido dichosamente. Se pasaban los días trabajando en la granja, o en los páramos, colaborando a menudo en una misma tarea. Plaxy cuidaba además la choza; limpiaba, cocinaba, y cultivaba el huerto. Después de cenar iban a veces a casa de los Pugh, o alguna otra granja vecina donde hubiese gente aficionada a la música. Estas personas no gustaron en un principio de las poco convencionales creaciones de Sirio, pero su ejecución vocal de la música humana conquistó el aplauso de todos. Yen unas pocas casas los moradores más sensibles empezaban a interesarse en sus modulaciones claramente caninas. Pero el escándalo fue reduciendo el número de estas reuniones. Más frecuentemente, Sirio y Plaxy dedicaban la noche a ocupaciones caseras, o cantaban los dúos y solos que él componía de cuando en cuando. A veces pasaban estas horas leyendo. Sirio gustaba aún de escuchar prosa o poesía, leídas por una buena voz humana. Plaxy lo complacía a menudo, y Sirio sugería, no pocas veces, sutiles modificaciones de tono o énfasis. Aunque él mismo leía de modo inevitablemente grotesco, su sensible oído descubría en seguida la posibilidad de cadencias y cambios de timbre que comúnmente los seres humanos no advertían.

Las relaciones entre Sirio y Plaxy empezaron a cambiar. La hostilidad ambiente era ya notable. Nació entre ellos una mayor intimidad, no siempre, para muchos, muy comprensible. La propia Plaxy, a pesar del cariño que sentía por Sirio, se sentía cada vez más turbada, pensando que podía perder irrevocablemente todo contacto con su propia especie, y aun llegaba a temer que en aquella extraña simbiosis pudiera perder la humanidad misma. A veces, así me lo ha dicho, se miraba la cara en el espejito del tocador y creía sentir que no era aquél su propio rostro, sino el de un miembro de la especie de los tiranos a quien ella había ultrajado. Odiaba entonces su inalterable fisonomía humana, y agradecía a la vez no haber sufrido un cambio canino.

Ese temor engendraba también en ella, de cuando en cuando, un sordo antagonismo hacia Sirio. Plaxy creía realmente que su propia vida era entonces símbolo adecuado de una profunda unión espiritual. Sus accesos de mal humor nacían del temor a alejarse de los seres humanos normales. La llamada de su especie seguía reclamándola; los solemnes tabúes de la humanidad la dominaban aún, aunque había declarado hacía tiempo su total independencia. Un día le dijo a Sirio:

-Quizá soy ahora una perra con cuerpo de mujer, y la humanidad se ha vuelto contra mí.

-No, no -protestó Sirio-. Eres siempre muy humana; pero como eres también algo más que humana, y yo soy algo más que perro, podemos elevarnos por encima de nuestras diferencias, franquear el abismo, y vivir esta unión de opuestos.

Y así, con ese lenguaje algo ingenuo que usaba en los momentos de mayor sinceridad, Sirio trató de consolarla. Interiormente, no había en él ningún conflicto. Amaba a Plaxy con la devoción de un perro y a la vez como a una igual, uniendo así su instinto de lobo y su respeto por el espíritu.

Posteriormente, Plaxy y Sirio me hablaron mucho de su vida en ese entonces. Plaxy misma me instó, ya casada conmigo, a publicar otros hechos, por la luz que pudieran arrojar sobre Sirio. Pero las convenciones de la sociedad actual, y la consideración que merecen los sentimientos de Plaxy, me obligan a ser reticente.

En los momentos más sombríos, Plaxy me enviaba aquellas cartas torturadas que echaba luego muy lejos de Tan-y-voel, para que yo no la encontrase. Durante un tiempo ansió cada vez más la intimidad humana y el amor humano, y mientras anhelaba retomar los hilos de su vida de normal muchacha inglesa, se aferraba apasionadamente a aquella extraña vida y a aquel extraño amor. Era evidente en sus cartas que quería que la sacaran de allí, y que temía a la vez interrumpir su vida con Sirio.

15
Raro triángulo

Ya he contado cómo encontré a Plaxy en Tan-y-voel, y cómo entendí en seguida que si intentaba separarla de Sirio la alejaría de mí. Sólo algunos días después, y luego de muchas conversaciones con Plaxy, comprendí qué complejas eran sus relaciones con el perro. Hice lo posible por ocultar mi desagrado, sobre todo porque Plaxy confió enteramente en mí contándome toda la historia. Volvió muchas veces sobre el tema, y yo sorprendentemente dejé de lado los sentimientos convencionales del enamorado ofendido. La pasión que unía a las dos criaturas, reconocí, era profunda y generosa. Pero temí a la vez, por esta misma razón, no poder reconquistar a mi amada. Era indudable que por ella misma, más aún que por mí, Plaxy debía retomar los hábitos humanos.

Los pocos días que me quedaban de licencia los pasé en Tan y-voel, a veces a solas con Plaxy, otras con los dos. Sirio estaba muy ocupado, pero Plaxy robaba tiempo a sus obligaciones para acompañarme. Trabajábamos juntos en el jardín. En la casa yo la ayudaba en la limpieza y la cocina. Le preparé una buena cantidad de adminículos que le ahorrarían esfuerzos. Me he distinguido siempre por mi habilidad manual y me complací en instalar anaqueles y barras para cortinas, y mejorar las instalaciones del lavado. La cesta de dormir de Sirio exigía algunos arreglos, pero me pareció mejor postergarlos para cuando nos uniese una cierta amistad. Mientras me ocupaba en estas pequeñas tareas conversaba con Plaxy, a veces

Librodot

en serio, a veces en el viejo y familiar tono de broma. En ocasiones osé reírme de su «esposo canino», pero un día -ella lavaba los platos y yo los secaba- se echó a llorar. Desde entonces mostré más tacto.

Mi propósito en ese entonces era que Plaxy dejara aquella vida, pero no apartarla del perro. No le pedí que viniese conmigo. Parte importante de mi plan era hacerles ver que yo había aceptado la situación. Las mejoras que yo había introducido en la casa tenían ese objeto. Servían de paso para otro fin. Me permitían aventajar mezquinamente a Sirio, que no podía competir conmigo en ese orden. Comprendí muy pronto que mi habilidad manual lo irritaba, y me sentí avergonzado. Pero cuando se me ofrecía una oportunidad no podía resistir a la tentación. Al fin y al cabo, me decía, todo está permitido en el amor y la guerra. Mi vergüenza crecía cuando Sirio, con inhumana generosidad, me animaba a que yo ayudara a Plaxy. De todos modos, esa magnanimidad me reveló la delicadeza de su espíritu, y me impulsó a tratarlo con cálido respeto. Quise a Sirio no sólo por Plaxy sino también por él mismo.

Mis relaciones con el perro fueron en un comienzo muy torpes, y temí no poder permanecer en la casa. Sirio no intentó en ningún momento deshacerse de mí. Me trató cortésmente. Pero era evidente que le molestaba dejarme solo con Plaxy. Temía que la joven desapareciera en cualquier momento. El hecho de que yo entendiera difícilmente su lenguaje hacía la situación más incómoda. Aunque con el tiempo llegué a seguir con relativa facilidad su tosco inglés, en aquella mi primera visita a Gales me quedaba muchas veces sin entender una palabra, incluso cuando Sirio hablaba muy lentamente, y repitiéndose. Pero antes que nos separáramos conseguí, por lo menos, borrar la frialdad inicial, y demostrarle que no interpretaría el papel de rival celoso. Llegué a asegurarle que no deseaba interponerme entre ellos.

-Pero sí, quiere interponerse -dijo Sirio aproximadamente, en un discursito que yo entendía a medias-. Y no lo acuso. Usted quiere vivir con ella. Y ella, evidentemente, tiene que vivir con algún hombre, usted u otro. Yo no puedo darle todo lo que necesita. Esta vida no durará mucho.

Había dignidad y cordura en esas palabras, y yo me sentí apabullado por mi falta de sinceridad.

Por medio de hábiles maniobras logré ampliar mi licencia, y pasar así diez días más con Plaxy y Sirio. Pero concienzudamente regresaba a mi hotel todas las noches. Sirio sugirió que yo durmiese en la choza, pero le señalé que el escándalo sería aún más grande. Era raro, y tentador, besar a Plaxy en la puerta del jardín todas las noches, al despedirme (pues yo había sido y en cierto modo era aún su novio), mientras Sirio se quedaba diplomáticamente en la casa. A veces, al pensar que Plaxy pasaría la noche con un extraño ser no humano, yo sentía una repugnancia que no me detenía a analizar. En una de esas ocasiones debo de haberle contagiado mi propia congoja, pues ella me abrazó apasionadamente. Me sentí arrebatado por una ola de alegría, y perdí de repente mi presencia de ánimo:

-Querida, vente conmigo -le dije-. Esta vida te hace daño.

-No, querido Robert, no entiendes. Como ser humano te quiero mucho, pero... en un plano que me atrevería a llamar sobrehumano, en el espíritu, amo a esta rara y extraña criatura. Nunca habrá nadie para él como yo.

-Pero él no puede darte lo que tú realmente necesitas -protesté-. Él mismo lo dijo.

-Ya lo sé -respondió Plaxy-. No puede darme lo que necesito como mujer. Pero no soy sólo una mujer. Soy algo distinto. Soy Plaxy. Y Plaxy es la mitad de Plaxy-Sirio, y necesita la otra mitad. Y la otra mitad me necesita a mí. -Hizo una pausa, y antes de que se me hubiese ocurrido una respuesta, continuó:- Debo irme. Sirio estará pensando que no volveré.

Me besó, apresurada, y corrió hacia la choza.

El día siguiente era domingo, día que los galeses observan con terrible estrictez. No podía hacerse trabajo alguno en la granja, salvo alimentar a los animales, de modo que Sirio estaba libre. Fui a Tan-y-voel, después del almuerzo, y encontré a Plaxy en el jardín, con un aire más bien tímido. Dijo que Sirio había salido y que no volvería hasta la noche. Me sorprendí, y Plaxy explicó:

-Dijo que estaba de humor salvaje. No le durará mucho, pero ha ido del otro lado de los Rhinogs, por la Escalinata Romana, a una granja próxima a Dyffryn. Allí vive Gwen, una hermosa superovejera. -Yo me mostré disgustado y satisfecho a la vez, pero Plaxy añadió en seguida:- No me molesta. Hay que entenderlo. Es correcto y natural. Además...

Le pedí que continuara, pero Plaxy se hundió en un largo silencio. Le hice dejar sus trabajos de jardinería, y ella me miró riendo, pero sin hablar. Le besé la tibia mejilla.

Ese día hubo amores humanos en la choza, y mucha conversación. Pero aunque ella respondía apasionadamente a mis caricias, sentí que me velaba su intimidad. A veces yo imaginaba con horror que un animal podía haber maltratado torpemente aquella dulce forma humana que ahora descansaba en mis brazos, y otras que al fin y al cabo aquella criatura no era realmente humana, sino un animal exquisito, un zorro o un gato delicado que había tomado por un tiempo forma de mujer. Incluso la forma humana no era del todo humana.

-Oh, qué hermoso ser otra vez un ser humano, aunque sea por unas horas -me dijo Plaxy.

-Ésta es tu vida, querida Plaxy -comenté.

-Ésta es la vida de mi cuerpo -dijo ella-. Pero en el espíritu nunca seré totalmente tuya.

¡Cómo odié en ese momento a la bestia Sirio! Plaxy sintió mi odio, se echó a llorar, forcejeó entre mis brazos, como un animal cautivo, y se libró de mí. Pero la pelea terminó en seguida. Pasamos el resto del día como dos verdaderos amantes, paseando por las colinas, sentados en el jardín, cocinando y comiendo.

Cuando el sol bajaba en el oeste me preparé a partir, pero Plaxy observó:

-Espéralo, quiero que seáis amigos.

Avanzada la noche oímos la puerta del jardín. Estábamos en la cocina. Sirio abrió la puerta y se quedó un momento en el umbral, parpadeando a la luz, olfateándonos. Plaxy le tendió los brazos y el perro se acercó y apoyó la enorme cabeza contra la mejilla de Plaxy.

-Amigos -dijo Plaxy tomándome de la mano.

Sirio me clavó los ojos y yo sonreí. Él me respondió meneando lentamente la cola.

En mis últimos días de Gales vi al perro con más frecuencia. Ya no nos evitábamos, y ahora podía entender un poco mejor su lenguaje. Una mañana, mientras Plaxy ayudaba a la señora Pugh en el establo, acompañé a Sirio y sus discípulos a los pastizales. Era maravilloso verlo dominar -con ladridos y gritos para mí incomprensibles- a aquellas criaturas inteligentes, pero subhumanas. Era también maravilloso ver cómo los perros, a una orden de Sirio, capturaban una oveja y la retenían mientras él le examinaba las patas o la boca. Sirio trataba a veces a los animales con medicinas que sacaba de unas cestas. Entretanto hablábamos de Plaxy y su futuro, de la guerra y las perspectivas de la raza humana. La conversación era lenta y difícil, pues muy a menudo él tenía que repetir sus frases. Sin embargo, poco a poco nació entre nosotros una auténtica amistad. En el camino de vuelta Sirio me dijo:

-Venga a vernos a menudo, mientras Plaxy está aquí. A ella le hará mucho bien. Y también a mí. Quizá algún día me toque a mí visitarlos a ustedes, si me lo permiten.

Me sentí realmente emocionado y dije:

-Si ella y yo tenemos alguna vez un hogar, será también tu hogar, Sirio.

Librodot

16
Plaxy en el ejército

Durante los meses siguientes pasé varios fines de semana en Tan-y-voel. Cuanto más veía a Sirio, más me atraía. Plaxy, por supuesto, era centro constante de posibles conflictos. Pero habíamos decidido, los tres, mostrar una mutua tolerancia, y el auténtico afecto que me unía a Sirio bastaba para aliviar muchas tensiones. A veces, naturalmente, el conflicto estallaba, y se necesitaba entonces un tacto y un autodominio realmente heroicos. Pero poco a poco, el espíritu -idéntico en cada uno de nosotros, según Siriotriunfó sobre las distintas naturalezas y los intereses personales. Si yo no hubiera vivido esa estrecha relación triple no la habría creído posible. Y quizá no la habría soportado si mi amor por Plaxy no hubiera sido desde un comienzo -por el hecho de que yo, como Sirio a su modo, había amado a otras criaturastan poco posesivo.

La hostilidad de un reducido pero activo grupo local nos unió más todavía. El reverendo Owen LloydThomas había lanzado ya algunas veladas advertencias desde su púlpito. Otros sacerdotes, al comprender, quizá de modo subconsciente, que el tema del «vicio antinatural» podía atraer a gente nueva, no se resistieron a la tentación de utilizarlo. Como resultado, algunas pocas personas -sentimentalmente frustradas- se sirvieron de Sirio y Plaxy como los nazis se servían de los judíos. Entre los vecinos amigos la enfermedad del odio virtuoso no hacía muchas víctimas; pero en el interior de la región, en casi todo el norte de Gales, los vicios y las actividades antipatrióticas de la solitaria pareja de Merioneth eran tema de conversación común. Plaxy recibió algunos anónimos que la acongojaron. Por la noche clavaban en la puerta mensajes para el «sabueso de Satanás», donde le decían al perro que si no dejaba en paz a la muchacha lo matarían a tiros. Algunas ovejas de Pugh aparecieron mutiladas. Una vez les dejaron en la puerta un animal muerto. Alguien manchó las paredes con obscenos dibujos de un perro y una mujer. El periódico de la aldea publicó un editorial que invitaba a actuar a los pobladores. En los páramos se libró una vez una verdadera batalla entre los habitantes caninos de Caer Blai y un grupo de jóvenes y perros que habían ido a matar a Sirio. Los hombres no contaban por fortuna con armas de fuego y terminaron derrotados.

Entretanto, acontecimientos de otro tipo amenazaban con cambiar nuestra suerte. Yo esperaba que me enviasen a ultramar, y Plaxy me trató, por este motivo, con mayor ternura. Pero había algo peor. Una orden oficial indicaba a Plaxy que eligiese algún modo de servir a la nación. Habíamos pensado que la dejarían en paz, como granjera; pero su situación era anómala. Las autoridades no entendían que una joven universitaria, que vivía sola con un perro en el corazón del país, pudiera eludir sus obligaciones sólo porque ayudaba a un granjero. Al principio los funcionarios se mostraron amables, y dispuestos a interpretar humanamente los reglamentos. Pero cuando todo parecía arreglado, hubo un cambio brusco e inexplicable. Sospecho que algún enemigo de Sirio se encargó de difundir los actos escandalosos, y posiblemente antipatrióticos, a que se dedicaba -según los vecinos- la rara pareja. En fin, le dijeron a Plaxy que debía incorporarse. Pugh ofreció emplearla y pagarle un jornal. Esto era, evidentemente, una solución amañada. Las autoridades mostraron una suspicacia e inflexibilidad todavía mayores. Plaxy debía entrar en el ejército o en los servicios civiles. Eligió esto último, con la esperanza de que la destinaran a una de las oficinas del gobierno que ahora funcionaban en Lancashire o el norte de Gales.

-Ésta es mi vida -le dijo a Sirio-. Tú eres mi vida, al menos por ahora. Sí, la guerra es muy importante, pero no puedo sentir esa importancia. Me parece algo ajeno, y el hecho de que me vaya o me quede en nada cambiará su curso. Hago aquí un trabajo más útil. La mano del hombre, sin duda, se vuelve otra vez contra nosotros. Ay, querido Sirio, ¿cómo harás, cuando yo no esté para cepillarte y lavarte, y sacarte las espinas de los pies? ¿Cómo harás con las ovejas?

-Me las arreglaré -respondió Sirio-. Y aunque una parte de ti lamente irse, la otra se alegrará. Serás otra vez enteramente humana. Y te librarás de esta tonta persecución.

-Oh, sí, una parte de mí quiere irse -dijo Plaxy-. Pero no soy realmente esa parte. Mi yo verdadero, la Plaxy real y total, quiere seguir aquí. La parte que quiere irse es un yo de sueños. Aunque me consuela pensar que quizá nuestros perseguidores te dejarán tranquilo.

Llegó al fin el día de la partida. Sirio viviría en adelante con los Pugh, pero volvería a Tan-y-voel cuando a Plaxy le concedieran licencia. A la mañana Sirio la ayudó en los últimos preparativos, con la cola -cuando se acordaba- valientemente en alto. Antes que el coche de la aldea la llevara a la estación, Plaxy hizo té para dos. Se sentaron juntos en la alfombra, frente a la chimenea, y bebieron en silencio.

-¡Cuánto me alegra -dijo luego Plaxy- haber decidido venir aquí!

-Yo también me alegraría -dijo Sirio- si no te hubieses alejado tanto de tu especie.

Se oyó la bocina del taxi, que subía rugiendo por la carretera. Plaxy suspiró profundamente y dijo:

-Mi especie, que viene a separarnos.

En seguida, de repente, se abrazó al perro y hundió la cabeza en la revuelta pelambre del cuello. Sirio se volvió y apoyó el hocico en el pecho de la joven.

-Pase lo que pase -dijo-, hemos vivido estos meses. Nadie podrá quitárnoslos.

El taxi se detuvo ante la puerta del jardín, y se oyó otra vez la bocina. Plaxy besó a Sirio, se puso de pie, se echó el cabello hacia atrás, tomó las maletas y salió. Sentada en el auto, se asomó por la ventanilla, y dijo solamente:

-¡Adiós, y buena suerte!

Habían convenido que ése sería el saludo de despedida. Sirio no la acompañaría a la estación.

17
Proscrito

Plaxy esperaba que la destinaran al norte de Gales, pero la enviaron a una remota región. Sólo podría visitar a Sirio un par de semanas por año. Entretanto Sirio pasaba momentos difíciles. Pugh había tomado otra auxiliar, Mary Griffith. La muchacha llevaba poco tiempo en la granja cuando empezó a temer a Sirio. No podía acostumbrarse a la idea de que el perro hablara y tuviese autoridad sobre ella. Pronto se enteró del escándalo. Se sintió aterrorizada y fascinada. Escasamente atractiva, no había gustado nunca al macho de su propia especie, y no había recibido el homenaje de una persecución. Aunque su moral no podía aceptar la posibilidad de que el gigantesco animal la enamorase, algo en ella susurraba que era mejor tener un amante perro que ninguno. Arrobada, esperaba ser perseguida. Sirio no parecía interesado. Mary hacía lo posible por entender su lenguaje, esperando oír entre aquellas voces de mando alguna palabra de cariño. Pero la conducta del perro era siempre fríamente correcta.

La joven auxiliar trató, torpemente, de seducirlo. Como Sirio no dio muestras de entender, un perverso apetito despertó en Mary. El pensamiento de que incluso el perro la despreciaba, le resultó entonces demasiado intolerable, y se protegió contra él diciéndose que en verdad era Sirio quien le había hecho indecorosas proposiciones que ella había rechazado. Empezó a inventar incidentes, que se transformaron poco a poco en falsos recuerdos. Luego habló de esos recuerdos a sus amigos de la aldea, granjeándose una bien recibida notoriedad. Una vez, luego de haber intentado por todos los medios de atraer a Sirio, se quedó en medio del campo la mitad de la noche. Al día siguiente declaró que el animal la había llevado a la choza, gruñendo y mordiendo, con la intención de violarla. Los rasgones de las ropas y las marcas en los brazos habrían sido producidos por los dientes del perro.

Los enemigos de Sirio acogieron con entusiasmo esta improbable historia. No preguntaron por qué la muchacha no se había quejado a las autoridades o no había buscado otro puesto. Redoblaron simplemente sus actividades contra Sirio. Una delegación visitó a Pugh y lo conminó a que eliminara a aquella bestia lasciva. Pugh se rió y los despidió con una broma.

-Podrían pedirme también que me cortara la nariz porque no les gusta como gotea. Peor aún, pues mi pobre y vieja nariz gotea realmente, pero el hombreperro no hace esas porquerías que ustedes imaginan. Si intentan hacerle daño, los denunciaré. Y si lo lastiman irán a la cárcel, y tendrán que pagar miles y miles de libras por daños y perjuicios al gran laboratorio de Cambridge.

Pugh despidió a la muchacha, pero descubrió que no tenía con quién sustituirla. Los rumores se habían extendido demasiado, y ninguna muchacha se atrevía a arriesgar su reputación trabajando en Caer Blai.

Los enemigos de Sirio no se intimidaron. Cada vez que iba a la aldea le arrojaban una piedra, y cuando el perro se volvía para lanzarse sobre el culpable, todos aparentaban una gran inocencia. En una oportunidad Sirio descubrió a su atacante, un joven campesino. Sirio se le aproximó con aire amenazador, pero en seguida cayó sobre él una nube de perros y hombres. Por fortuna dos de sus amigos, el médico y el policía de la aldea, pudieron impedir la riña.

Entretanto Pugh y su esposa compartían la impopularidad de Sirio. Les dañaban ovejas y vacas, les pisoteaban las cosechas. La policía, raleada por la guerra, descubría pocas veces a los culpables.

Todo esto culminó con un serio incidente. Recogí el relato de labios de Pugh, a quien se lo contó el propio Sirio. El hombre-perro se encontraba en las colinas con uno de sus discípulos caninos. De pronto sonó un disparo. El compañero de Sirio saltó en el aire, y cayó, gimiendo. Habían errado, indudablemente, el tiro. Sirio se transformó en el viejo lobo. Husmeó el aire, y se precipitó hacia el hombre. Éste disparó el segundo caño de la escopeta, pero había perdido la serenidad. Erró otra vez, dejó caer el arma, y corrió hacia unas rocas empinadas. Antes que pudiese trepar y ponerse fuera de alcance, Sirio le aferró un tobillo. Siguió un enérgico forcejeo. El perro no había mordido bien y los dientes le resbalaron por el hueso y al fin se cerraron en el aire, aunque con un trozo de carne entre ellos. Sirio cayó rodando ladera abajo, y el hombre, aunque muy dolorido, trepó por las rocas y huyó. La cólera de Sirio se enfrió un poco. Prudentemente buscó la escopeta y la hundió en un pantano. El otro perro había regresado cojeando a la casa.

Cuando el hombre herido -Owen Parry de nombre- llegó arrastrándose a la aldea, dijo que Sirio lo había atacado. Lo había encontrado, contó, agazapado en una colina, cerca del campamento, contando las cajas de municiones que descargaban de un camión. Cuando el animal lo vio, se lanzó sobre él. Los aldeanos más crédulos aceptaron el relato. Instaron a Parry a que enjuiciara a Sirio por daños y perjuicios, y que informara a los militares sobre el espía canino. Parry, por supuesto, no hizo nada.

Unas semanas más tarde, Plaxy recibió un telegrama de Pugh que decía: S.O.S. SIRIO LOCO. Uno de los superiores de Plaxy, que la estimaba particularmente, le consiguió una licencia. Un par de días después, la joven llegó a Caer Blai, cansada y consumida por la ansiedad.

Pugh le contó una historia inquietante. Luego del incidente con Parry, algo cambió en Sirio. Trabajaba como de costumbre, pero después del trabajo evitaba todo contacto con los hombres, se retiraba a los páramos y se quedaba allí, a menudo hasta el día siguiente. Se mostraba torvo y quisquilloso con todos los seres humanos, excepto los Pugh. Al fin un día le dijo a Pugh que había decidido abandonar la granja. Nadie dañaría así los rebaños y cosechas.

-Me lo dijo muy serenamente -contó el granjero-, pero con un brillo salvaje en los ojos. Tenía el pelo arruinado, muy distinto de cuando usted estaba aquí y lo cuidaba, señorita. Y una herida en el vientre, además, sucia de barro. Temí por su vida. Parecía tan dulce con nosotros, en medio de su salvajismo que los ojos me gotearon como la nariz. Le dije que debía quedarse, y no sentirse derrotado por una pandilla de sucios ganapanes. Entre los dos les daríamos una buena lección. Pero no quiso quedarse. Cuando le pregunté qué haría, se mostró muy raro. Sentí un escalofrío, se lo juro, señorita Plaxy. Era como si yo hablara con un animal, sin sensatez ni bondad humanas. De pronto pareció hacer un esfuerzo y me lamió la mano muy suavemente. Pero cuando le puse la otra mano en la cabeza brincó como si hubiera recibido un tiro y se apartó de mí, mirándome de costado con una expresión de cariño y temor al mismo tiempo. No supe qué hacer. «Bran», le dije, «Sirio, viejo amigo. No te vayas hasta que haga venir a la señorita Plaxy». Sirio meneó la cola entre las patas y gimoteó. Le tendí otra vez la mano, pero volvió a saltar y se fue corriendo por el camino. Cuando pasó frente a Tan-y-voel se detuvo un momento, pero en seguida se alejó, trotando.

Después de la desaparición de Sirio hubo varios días sin novedades. Nadie vio al fugitivo. Pugh estaba tan ocupado con los trabajos de la granja, tratando de encontrar alguna ayuda, que no pudo decidir si le escribiría o no a Plaxy. Pero un día encontró al perro cerca de Tan-y-voel. Lo llamó, aunque en vano. Telegrafió entonces a Plaxy. Casi en seguida un granjero de Ffestiniog encontró una oveja muerta y devorada a medias. Más cerca de Caer Blai apareció el cadáver de un perro que había sido enemigo de Sirio, con la garganta destrozada. La policía organizó entonces un grupo armado, con perros, que buscaría en los páramos al peligroso animal. Pugh le dijo a Plaxy que el grupo acababa de volver. Habían recorrido casi todo el distrito, alrededor de la oveja muerta, pues habían supuesto que Sirio iría otra vez allí a alimentarse. Pero no lo habían encontrado. Al día siguiente un grupo más grande registraría la región entre Ffestiniog, Bala y Dolgelly.

Plaxy escuchó la historia en silencio.

-Me miraba -me dijo Pugh más tarde- como una liebre que se encuentra con un armiño.

Cuando Pugh dejó de hablar, Plaxy insistió en que iría a dormir a Tan-y-voel.

-Lo buscaré mañana -dijo-. Sé que lo encontraré. -La señora Pugh la invitó a que se quedara en Caer Blai, pero Plaxy, meneando la cabeza, fue hacia la puerta. De pronto se detuvo y comentó acongojada:Pero si lo traigo a casa me lo quitarán. ¿Qué puedo hacer?

Los Pugh no pudieron darle una buena respuesta. Plaxy llegó en la oscuridad, a tientas, hasta Tan-yvoel, encendió el fuego en la cocina y se puso sus viejas ropas de trabajo. Preparó té, comió unos bizcochos y removió el fuego. Así a la mañana se vería el humo. Luego salió. Se encaminó hacia los páramos por una senda familiar, y varias horas más tarde llegó al sitio donde en otro tiempo había encontrado a Sirio con el pony. El cielo empezaba a aclararse en el este. Plaxy llamó, canturreando el nombre de Sirio con la acostumbrada nota musical que usaba desde la infancia. Llamó una y otra vez, pero no hubo respuesta. Nada, aparte unos tristes balidos y un lejano y ondulante gorjeo. Siguió caminando hasta que el sol salió por Arenig Fawr. Entonces registró cuidadosamente el páramo, volvió al sitio del pony, y al fin

Librodot

encontró unas huellas de perro. Se inclinó, las estudió ansiosamente, y encontró otras. En una, una pata trasera izquierda, descubrió lo que buscaba. La marca del dedo exterior era levemente irregular, y mostraba una pequeña herida que Sirio tenía desde cachorro. Plaxy se sorprendió llorando. Se quedó allí un rato, enjugándose las lágrimas, y luego se desabotonó el abrigo y sacó una punta de la vieja blusa de cuadros azules y blancos. Con la navaja que en otro tiempo había usado para recortar las pezuñas de las ovejas descosió el dobladillo y arrancó un cuadradito que dejó junto a la huella. La visión monocromática de Sirio no percibiría el color, pero podría distinguir desde lejos el claro dibujo de los cuadros. Además, la tela retendría el olor del cuerpo humano, y Sirio lo reconocería en seguida.

Plaxy erró otra vez por el páramo, recurriendo con frecuencia a unos binóculos de campaña que yo le había regalado, para que la ayudara a buscar las ovejas. (Al elegir el regalo subrayé quizás, inconscientemente, el poder de la visión humana, más precisa que la de cualquier perro.) Al fin la fatiga y el hambre la hicieron volver a Tan-y-voel. Preparó té nuevamente, comió el resto de los bizcochos, se puso unas ropas más elegantes, y fue a la aldea. La gente la miraba. Algunos la saludaron cordialmente. Otros apartaron la vista. La elegancia de sus ropas bastó para que algunos enemigos la trataran respetuosamente, pero unos jóvenes le gritaron algo en galés y se rieron.

Fue a la comisaría, donde se reunían ya los que irían en busca de Sirio. Su viejo amigo, el policía de la aldea, la llevó a una habitación apartada y la escuchó con pena.

-Lo encontraré -le dijo Plaxy- y lo sacaré de Gales. Curará de su locura.

El policía meneó la cabeza y respondió:

-Si ellos lo encuentran, lo matarán, señorita. Exigen sangre.

-¡Pero sería un asesinato! -protestó Plaxy-. No es sólo un animal.

-No, es más que un animal, señorita Plaxy, ya lo sé. Pero a los ojos de la ley es sólo eso. Y de acuerdo con la ley hay que eliminar a los animales peligrosos. He demorado esto todo lo posible, pero nada más puedo hacer.

Desesperada, Plaxy sugirió:

-Dígales que vale miles de libras, y que debe capturárselo vivo. Telefonee al laboratorio de Cambridge. Le enviarán una confirmación escrita.

El policía llamó al inspector que había venido a dirigir la búsqueda. Luego de una larga discusión, el inspector permitió que Plaxy telefoneara. Plaxy llamó a McBane y le dijo de paso que viniera con su coche lo antes posible para llevarse a Sirio, si ella lo encontraba. El inspector habló luego con McBane y decidió, impresionado, cambiar los planes. La partida trataría de traer a Sirio con vida. De mala gana aceptó además demorar un día la búsqueda permitiendo así que la señorita Trelone capturara al perro.

Cuando Plaxy salió de la comisaría se sentía casi alegre. La frialdad con que fue recibida en la tienda de comestibles la molestó un poco, pero el panadero se mostró muy amable, y el cojo vendedor de tabaco, que había vendido toda su magra mercancía, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y se lo entregó en nombre de los buenos tiempos pasados. Plaxy subió hasta Tan-y-voel. La cabeza le daba vueltas. Se preparó una buena comida, se puso otra vez la ropa de trabajo, pasó por la casa de los Pugh para comunicarles las novedades, y se dirigió a los páramos. Buscó inútilmente toda la mañana. Después de almorzar se echó al sol y la dominó el sueño. Despertó unas horas más tarde. Se puso en pie de un salto, y reanudó la búsqueda. El trozo de camisa estaba aún junto a la huella. Caminó a la luz del atardecer hacia un barranco rocoso, era la parte más salvaje del páramo, que en otro tiempo habían usado como escondrijo. Una vez más dejó un trozo de camisa como pista. Luego, con las piernas cansadas y un peso en el corazón, regresó a tientas -era ya de noche- al pantano del pony. Decidió esperar hasta el alba. Encontró una especie de refugio entre las rocas y brezos que dominaban el pantano y se echó allí. A pesar del frío se quedó profundamente dormida.

Despertó cuando ya había salido el sol. Se incorporó -le dolía todo el cuerpo- y luego de algunas búsquedas y llamadas, volvió a la casa.

Se preparó el desayuno, se cambió de ropa, se arregló la cara, y fue otra vez a la comisaría. Allí se enteró de una historia horrorosa: habían encontrado el cadáver de un hombre, devorado en parte. Era un criador de ovejas de Filast, lejos de Arenig, que al saber que habían visto a Sirio en las cercanías, anunció que buscaría al animal y no descansaría hasta darle muerte, cualquiera fuese su valor para los impíos hombres de ciencia. Salió con un viejo rifle del ejército y un perro. El perro volvió a la noche, solo, y muy agitado. Una partida encontró el cadáver, y al lado el rifle, con un cartucho vacío.

Después de este grave incidente la policía decidió eliminar a Sirio rápidamente. Grupos de guardias nacionales registrarían todos los páramos del norte de Gales.

Acongojada, Plaxy corrió también a los páramos. En el pantano del pony faltaba el trozo de camisa, y había otras huellas de perro, recientes. Pero Plaxy no pudo decidir si eran o no de Sirio. Dejó otro trocito de tela y fue al barranco, examinando con sus anteojos de campaña las colinas y valles. Alcanzó a ver en una ladera a dos hombres armados de rifles. Brillaba el sol, el viento soplaba del noroeste, y era difícil pasar inadvertido. Pero los páramos eran muy extensos, y los que buscaban, pocos.

Cuando se acercaba al barranco, Plaxy vio de pronto a Sirio. Tenía el rabo entre las piernas, la cabeza gacha. Parecía un caballo fatigado. Plaxy caminaba contra el viento, y Sirio no advirtió su presencia hasta que ella lo llamó. Se volvió entonces, dando un salto, y gruñendo. Sostenía entre los dientes el trocito de camisa. Plaxy avanzó, repitiendo su nombre. Sirio esperó inmóvil, inclinada la cabeza, la frente arrugada. Pero cuando ella se encontraba a unos pocos pasos, retrocedió con un gruñido. Desconcertada, Plaxy se detuvo, y extendió la mano.

-Sirio, querido -dijo-, soy Plaxy.

El perro movió la cola entre las piernas, pero mostrando siempre los dientes. Plaxy avanzó otra vez, y Sirio retrocedió todavía más. Al fin Plaxy se desmoronó. Cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer, llorando. Pero aquella pena impotente obró el milagro. Sirio se acercó, arrastrándose, no pudiendo decidir entre el cariño y el miedo, hasta que al fin llegó junto a ella y le besó la mejilla. El olor de Plaxy lo despertó. Mientras ella seguía inmóvil, echada en el suelo, temiendo que cualquier movimiento lo ahuyentase, Sirio le metió el hocico bajo la cara. Plaxy se volvió y dejó que la tibia lengua del perro le acariciara la mejilla. Aunque el aliento de Sirio tenía la fetidez de un animal salvaje, y el recuerdo de sus recientes crímenes le repugnaba, Plaxy no se movió. Sirio dijo al fin:

-¡Plaxy!¡Plaxy!

Metió el hocico en el cuello de la camisa. Plaxy lo abrazó.

-Escondámonos -dijo-. Hasta que llegue la noche. Luego iremos a Tan-y-voel y esperaremos a McBane que vendrá a buscarte.

Se metieron en el viejo escondrijo. Al pie del risco había unos brezos y peñascos. Una enorme losa, desprendida de la pared de piedra, dejaba una especie de hueco, invisible desde la cima. En el suelo había aún unos restos de brezos que Plaxy había reunido en otra época para que sirvieran de alfombra. Pusieron unos pocos más. Se echaron juntos, y poco a poco, conversando sobre el pasado común, Sirio pareció olvidar su locura. Siguieron así durante algunas horas. Plaxy hablaba a menudo del futuro, pero en esos momentos parecía como si una nube cayera sobre el espíritu de Sirio.

-Nos iremos de aquí -dijo Plaxy en un momento-, y criaremos ovejas en Escocia.

-No hay sitio para mí en el mundo del hombre -replicó Sirio-, y no tengo tampoco ningún otro mundo. No hay sitio para mí en todo el universo.

-Pero donde yo esté -dijo Plaxy rápidamente- habrá siempre un sitio para ti. Soy tu hogar, tu asidero. Y.. tu compañera.

Sirio le acarició la mano y dijo:

-En los últimos días, cuando no me enfurecía pensar en tu especie, te extrañaba de veras. Pero tú... no debes atarte a mí. Serás siempre, es cierto, y en cualquier mundo en que viva, mi más encantador aroma, la presa más codiciada. Pero no puedes hacer un mundo para mí. En verdad, no es posible que tenga un mundo, pues mi misma naturaleza carece de sentido. El espíritu que mora en mí necesita el mundo de los hombres, y el lobo que también mora en mí necesita la vida salvaje. Yo sólo podría vivir en el país de las maravillas de Alicia, donde pudiera comer la tarta y conservarla a la vez.

Los interrumpió una voz distante. Se estremecieron. Plaxy se abrazó a Sirio, y esperaron, confiando en la profunda sombra de la madriguera. Oscurecía. Oyeron el ruido de unas botas en la piedra. Sirio se movió y gruñó.

-Idiota, cállate -susurró Plaxy.

Le cerró la boca con una mano, mientras lo retenía con la otra. Los pasos resonaron ante la madriguera, y luego se alejaron. Al cabo de un rato, Plaxy soltó a Sirio y le dijo:

-Y ahora silencio, por amor de Dios.

Esperaron un tiempo, hablando de vez en cuando. Las sombras eran más densas, y Plaxy pensó que había pasado lo peor.

-Pronto oscurecerá del todo, y podremos ir a casa -dijo-, a Tan-y-voel, perro mío, a comer una enorme comida. Tengo un hambre del demonio. ¿Y tú?

Sirio guardó silencio un momento. Al fin dijo: -Ayer comí parte de un hombre. -Plaxy se estremeció.- Oh, sí, fui un salvaje. Yvolvería a serlo si no me retuviese tu cariño.

Plaxy lo abrazó y rió suavemente. Imaginó complacida el viaje hacia Cambridge.

Al fin se incorporó y salió con cuidado a mirar. El ocaso había perdido casi todo su color. No había señales del enemigo. Después de caminar unos pasos, escudriñando el paisaje, sintió necesidad de orinar. Se acuclilló en el brezal y entonó suavemente la melodía que ambos habían unido desde la infancia a esa operación. Pensó que Sirio respondería con las antiestrofas adecuadas, pero el perro guardó silencio. Plaxy lo llamó entonces varias veces. No hubo respuesta. Repentinamente alarmada, corrió y vio a Sirio fuera de la madriguera, husmeando el viento. Tenía la cola erguida y el lomo erizado. En ese momento apareció otro perro, y Sirio, con un rugido que resonó entre las colinas, se precipitó contra el intruso. Éste volvió grupas, perseguido por Sirio. Ambos desaparecieron detrás de una colina. Se oyó el salvaje ruido de una pelea, luego voces humanas, un disparo, y un aullido canino. El horror inmovilizó a Plaxy.

-¡Maldición! -dijo una voz de hombre-. Herí al otro. El demonio se me escapó.

Sonaron dos disparos. Otra voz dijo: -Es inútil. Está demasiado oscuro.

Oculta tras una roca, Plaxy atisbó a los dos hombres. Éstos se acercaron a examinar el perro muerto y luego siguieron valle abajo. Cuando se perdieron de vista, Plaxy buscó a Sirio por los alrededores. Al cabo de un rato regresó a la madriguera, con la esperanza de que hubiese vuelto. No estaba allí. Vagó entonces entre las sombras, llamándolo a veces suavemente. Oyó a lo lejos el gemido de las sirenas. Los reflectores horadaron las nubes con dedos luminosos. Un instante después un avión pasó zumbando hacia el norte, y en seguida otro, y muchos más. Se oyeron unos disparos distantes, y luego un estruendo. Agotada, Plaxy se internó aún más en el páramo, llamando de cuando en cuando a Sirio.

Al fin, casi a sus pies, oyó un leve ruido. Se apartó y vio a Sirio tendido en la hierba. El extremo de la cola azotaba débilmente el suelo, saludándola. Plaxy se arrodilló. Le acarició el cuerpo y advirtió que tenía el flanco húmedo y pegajoso. Uno de los últimos tiros había dado en el blanco, aunque el hombre sólo había notado que el perro no se detenía. El animal, mal

herido, había corrido tambaleándose hacia las montañas, pero el dolor y la pérdida de sangre lo habían derribado. Plaxy recurrió al equipo de primeros auxilios que había llevado siempre en sus búsquedas, le puso una gasa en la herida, y le envolvió el cuerpo con una venda.

Voy a pedir ayuda y una camilla -dijo.

Sirio protestó, y cuando Plaxy se puso de pie la llamó con tono quejumbroso, pidiéndole que no lo dejara. Desesperada, la muchacha se dejó caer y apoyó la cabeza en la mejilla del perro.

-Pero, querido -dijo Plaxy-, tenemos que llegar a casa antes que amanezca.

Sirio gimió otra vez débilmente, y pareció decir: -Muriendo... quédate... querida... Plaxy. -Y luego con más claridad:- Morir... es muy... frío.

Plaxy se quitó el abrigo, cubrió al perro, y se acurrucó a su lado para calentarlo. Sirio habló otra vez. -Yo... no te sirvo... Robert, sí.

-Pero querido -dijo Plaxy conmovida-. Somos uno en el espíritu.

-Plaxy-Sirio... valió la pena -dijo el perro.

Fueron sus últimas palabras. Minutos después se le abrió un poco la boca, se le vieron los dientes a la débil luz del alba, y le asomó la lengua. Plaxy hundió el rostro en el cuello del animal y lloró en silencio.

Durante largo rato, permaneció inmóvil. Al fin se puso de pie. Se estremeció y suspiró. Era un suspiro de pena, pero también de agotamiento; de amor y compasión, pero también de alivio. Advirtió de pronto que tenía frío, y temblaba. Se frotó los brazos desnudos. Sacó con cuidado el abrigo que cubría a Sirio y se lo puso. Le pareció una muestra de insensibilidad y lloró otra vez. Luego se inclinó para besar una vez más la enorme cabeza. Durante un rato se quedó sentada junto al perro, con la mano en el bolsillo del abrigo. Descubrió que los dedos apretaban los binóculos que yo le había regalado. Sintió un instante que eso podía ser una deslealtad para con el muerto, pero recordó que Sirio me había aceptado.

De pronto sonaron las sirenas, con un ulular firme, penoso y agradecido. Baló tristemente una oveja. Muy lejos ladró un perro. Detrás de Arenig Fawr el alba era como el resplandor de un incendio enorme.

-¿Qué haré ahora? -se preguntó Plaxy.

Recordó que unas horas antes, con una apresurada felicidad, había cantado para Sirio, y que él había callado. El recuerdo la abrumó. Sirio, que había estado tan cerca, parecía ahora tan remoto como un común antepasado mamífero. Jamás volvería a cantarle.

Y entonces se le ocurrió algo. Le cantaría un réquiem. Volvió al lado del muerto, y miró la aurora. Luego, con voz firme y plena, empezó a entonar una de las raras canciones de Sirio. Las frases musicales fueron entonces para Plaxy símbolos de lo canino y lo humano, las fuerzas que habían luchado en él toda una vida. El aullido del sabueso se confundía de pronto con la voz humana. Había un tema cálido y brillante, Plaxy, y otro desconcertante que se iniciaba alegremente y adquiría de pronto un tono trágico, Sirio. Plaxy comprendía ahora que la tragedia de Sirio era inevitable. Aquella música revelaba que el perro, a pesar de su singularidad, resumía, en su vida y su muerte, la suerte común de todos los espíritus que despiertan en la tierra o las más lejanas galaxias. La oscuridad misma de la música estaba iluminada por eso que Sirio llamaba «color», la gloria que él nunca había alcanzado. Pero que ningún espíritu sin duda, ni canino ni humano, había visto alguna vez claramente. La luz que nunca brilló sobre la tierra o el mar, y que sin embargo algunas mentes vislumbran.

Y mientras Plaxy cantaba, una aurora roja cubrió el cielo del este, y muy pronto el sol envolvió en sus llamas a Sirio.

Librodot